

CIVILIZACIONES PERDIDAS

RAMSES II
FARAON DE EGIPTO
I



TIME
LIFE
folio

RAMSÉS II

FARAÓN DE EGIPTO

PRIMERA PARTE

TIME
LIFE
folio

SUMARIO

Capítulo primero
RAMSÉS, GRANDE EN VICTORIAS

7

Una mansión para los dioses

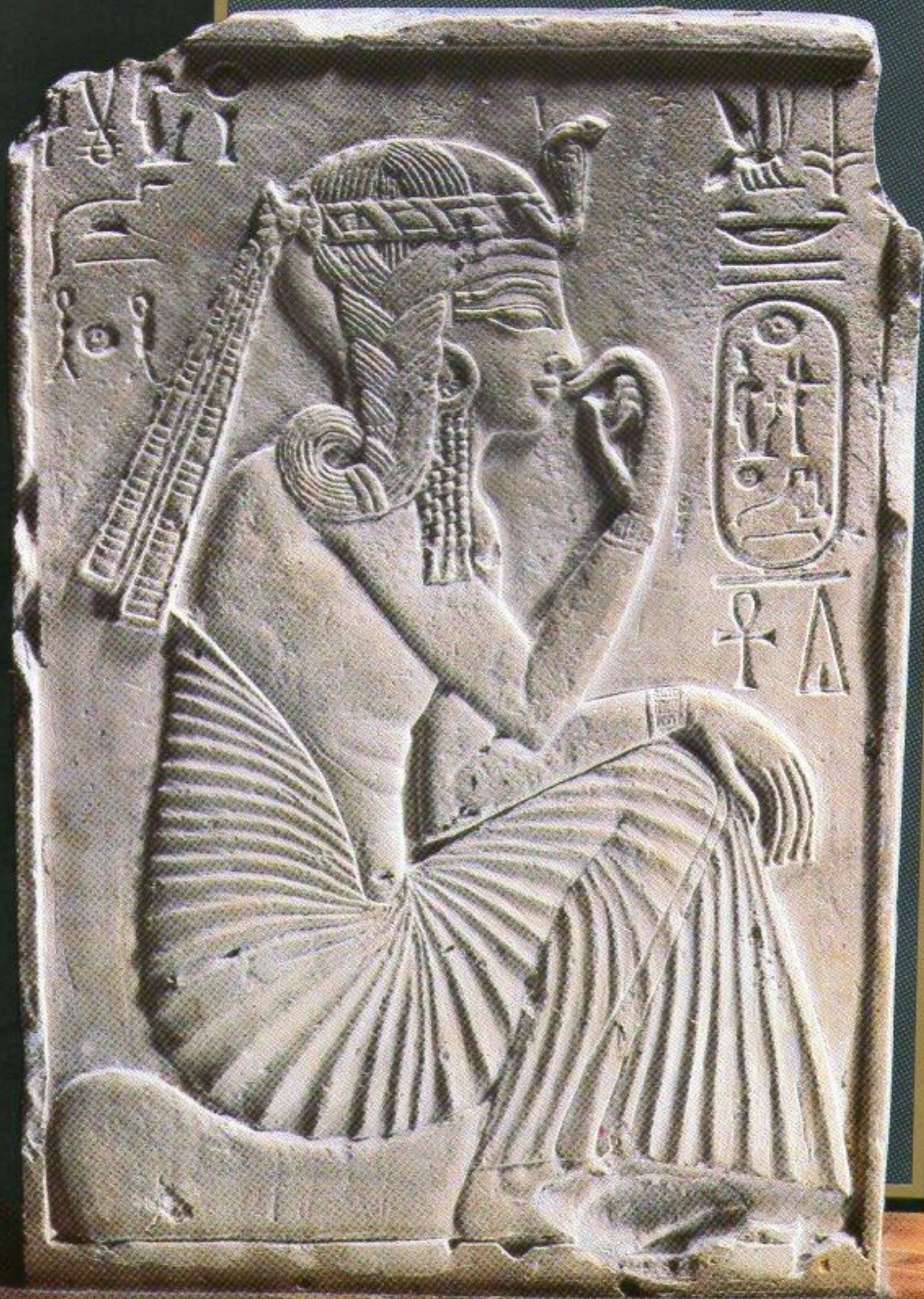
35

Capítulo segundo
LA OBSESIÓN MONUMENTAL POR UNO MISMO

45

Faraón todopoderoso

73



RAMSÉS, GRANDE EN VICTORIAS

Su Majestad se ha construido una residencia que lleva por nombre “Grande en Victorias”. Se halla entre Siria y Egipto, repleta de comida y provisiones. El sol sale y se pone en su horizonte. Todos han abandonado la ciudad donde viven para establecerse en las vecindades de aquella.» Tal es la descripción, conservada en un papiro de 3.000 años atrás, de la antigua capital de Egipto –Pi-Ramsés a Aanakhtu, literalmente «Reino de Ramsés Grande en Victorias». Se trataba de una ciudad monumental impresionante a la medida de su promotor, Ramsés II, más conocido con el apelativo de Ramsés el Grande.

Pero al contrario que las otras dos capitales, Menfis y Tebas –cuyos emplazamientos sobrevivieron al desvanecimiento de su civilización– Pi-Ramsés parecía haber desaparecido de la faz de la tierra hasta tiempo reciente. Varios textos indican que la ciudad se encontraba en la orilla oriental del delta del Nilo, en una de las muchas salidas del gran río al mar Mediterráneo. Pero el punto exacto de las marismas de papiro sobre el que se erigía esta ciudad imponente se esconde entre las sombras de la historia.

Un escaparate para grandes festivales, con sus palacios decorados con azulejos de loza fina, dependencias con columnatas y puertas de granito; Pi-Ramsés era, según los textos antiguos, «de hermosos bal-

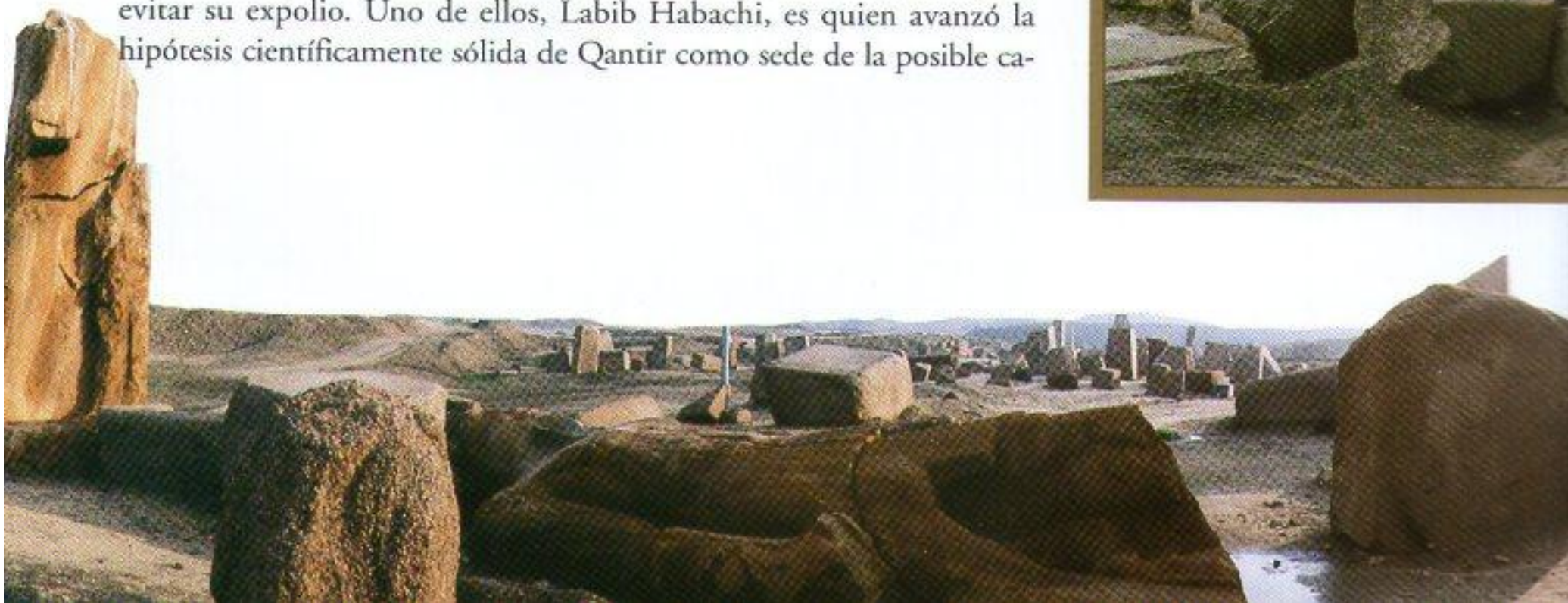
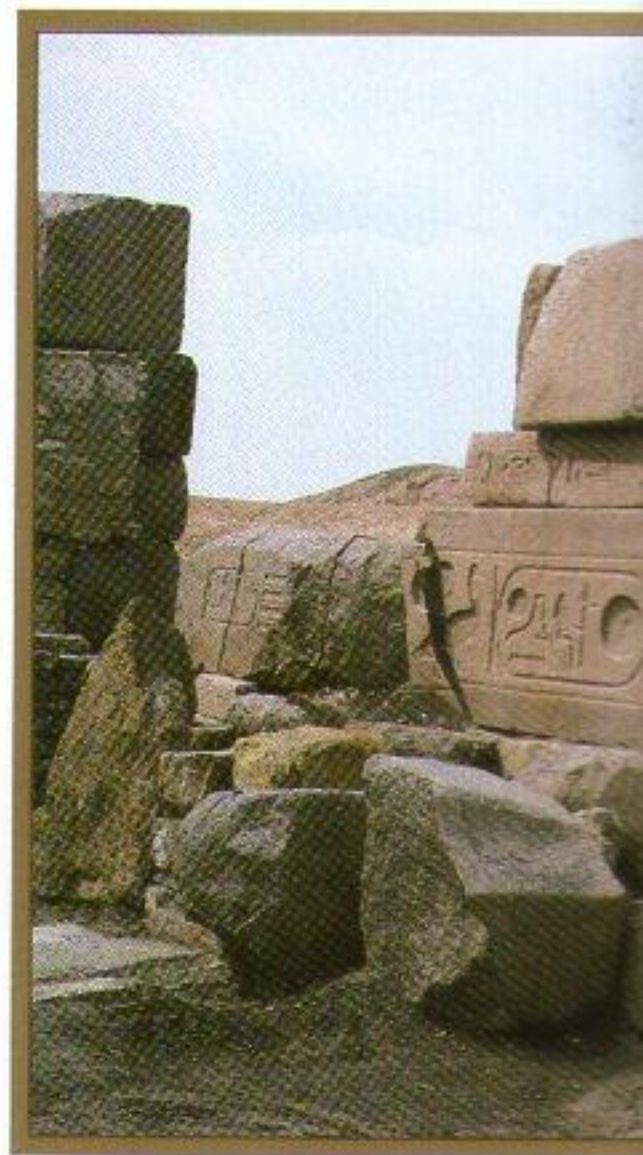
Antes de saborear la gloria imperial, el joven Ramsés en actitud pensativa. Como tantos otros jóvenes egipcios, el príncipe llevaba la cabeza afeitada y un gran pendiente en la oreja derecha. La espectacular diadema real en forma de cobra marcaba la diferencia.

cones y patios deslumbrantes de turquesa y lapislázuli». Los jóvenes «visten de manera festiva durante el día y se acicalan el pelo con aceite. Durante los festivales les vemos junto a las puertas de sus casas sosteniendo ramas de árbol». Aquí se hallaban los edificios gubernamentales, las mansiones para altos funcionarios, almacenes repletos de grano y los templos dedicados a Re, Seth, Amón y Ptah —los principales dioses egipcios.

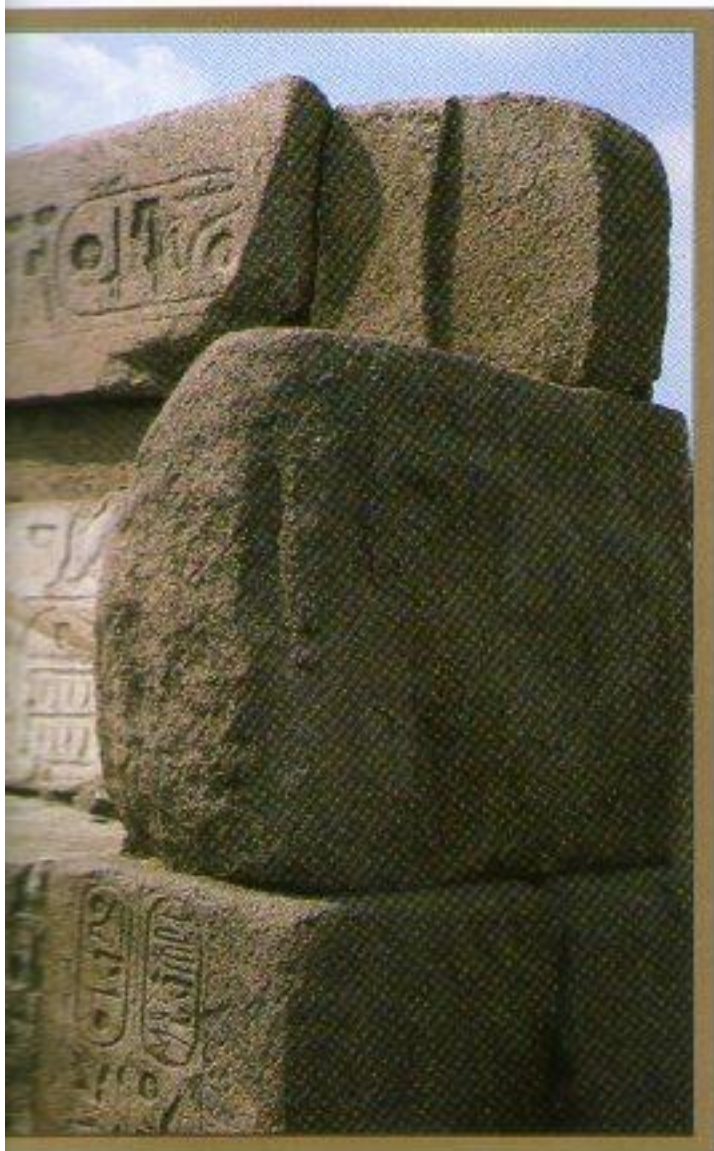
El redescubrimiento de Pi-Ramsés empezó hacia mediados de 1920 cuando algunos campesinos en busca de objetos comercializables empezaron a cavar en un terraplén cerca de la población de Qantir, a unos 100 kilómetros al norte de El Cairo. Encontraron azulejos pertenecientes a la XIX dinastía, de la que Ramsés había sido el más ilustre faraón. El descubrimiento hizo pensar en Qantir como la ubicación más probable de la capital perdida, aunque los vestigios resultaban algo precarios para una ciudad que se sabía tan grande. Así, cuando salieron a la luz hallazgos más importantes a unos 25 kilómetros al norte, la atención se desplazó hasta aquel lugar.

El nuevo material procedía de Tanis, donde el egiptólogo francés Pierre Montet había empezado a excavar en 1929. Tras cuatro años de trabajos, uno de los descubrimientos más importantes fueron los sepulcros de los faraones de la XXI dinastía, que habían convertido a la ciudad en capital en el siglo XI a. C. Sin embargo, la presencia de estatuas y monumentos que se remontaban al reinado de Ramsés, 200 años antes, hacían pensar que la ciudad había sido fundada por entonces. La conclusión parecía obvia para Montet: Pi-Ramsés y Tanis eran la misma ciudad.

De todos modos, la teoría de Montet no obtuvo reconocimiento unánime. A finales de los años veinte, algunos arqueólogos egipcios habían ya empezado a excavar en el terraplén de Qantir para evitar su expolio. Uno de ellos, Labib Habachi, es quien avanzó la hipótesis científicamente sólida de Qantir como sede de la posible ca-



Un sugestivo panorama (abajo) nos muestra grandes fragmentos de una estatua de Ramsés II entre las ruinas de Tanis. A la derecha, un pie reposa frente a un obelisco caído. El muro que aparece en la foto inferior está construido con fragmentos de obeliscos. Estos y otros monumentos fueron trasladados de Pi-Ramsés a una nueva capital construida a 25 kilómetros de allí –Tanis–, tras la crecida del brazo del Nilo que comunicaba la ciudad con el resto del país.



pital perdida. Durante los años cuarenta halló en el mismo enclave inscripciones de Pi-Ramsés, y en 1953 publicó sus descubrimientos. Casi una década después, el arqueólogo austriaco Manfred Bietak empezó una exploración sistemática del área donde los campesinos habían descubierto los azulejos 40 años antes. Estas excavaciones aportaron las pruebas definitivas que confirmaban la teoría de Habachi: Qantir había sido el enclave de Pi-Ramsés.

En 1980, un equipo de arqueólogos alemanes del Museo Pelizaeus, en Hildesheim, se unió a Bietak. Sus excavaciones recientes en común han sido muy ricas en cuanto a la documentación extraída, pero han resultado poco vistosas. Al contrario que la mayoría de los enclaves arqueológicos, Pi-Ramsés precisa de una gran imaginación para poder concebirla como fue antaño. «Debemos imaginarla como una gran urbe atravesada por lagos y canales –dice Bietak–. Podemos visualizar un palacio junto al lago y varias dársenas conectadas al cauce principal del Nilo a través de uno o más canales.» En esta ciudad, de 20 km², se erigían recias murallas que encerraban una guarnición de carros, una explanada para desfiles y muchos talleres artesanales.

En otro lugar, Edgar B. Pusch, del equipo alemán, informó de la exhumación de «numerosas muestras de piezas de metal, cenizas, pipas y alfarería variada». Para sorpresa general, los arqueólogos descubrieron restos de obras de bronce fundido y hornos de al menos 15 m de largo –grandes como para producir 50 toneladas de aleaciones al día. Nadie había sospechado hasta entonces una capacidad de producción industrial de esa magnitud en el Egipto faraónico. Pusch considera que estas instalaciones debían emplear alrededor de 300 trabajadores a tiempo completo (páginas 32-33).

Al fin, la investigación arqueológica moderna ha dado una respuesta plausible a la confusión que rodeó la búsqueda de la ciudad de Ramsés: poco antes del fin de la XX dinastía, los mandatarios de Egipto decidieron trasladar el emplazamiento de la capital, probable-



mente porque el brazo del Nilo a lo largo del cual se asentaba Pi-Ramsés había quedado sepultado por el aluvión. Los fundadores de Tanis, pertenecientes a la XXI dinastía, decidieron aprovechar los materiales de construcción de la antigua capital por razones económicas. Para embellecer su ciudad no sólo se apropiaron de las piedras de sus templos, sino también de obeliscos y estatuas de Ramsés —quizá para vincularse simbólicamente a su brillante predecesor. Estos materiales reciclados, en los que constaban señales de su anterior pertenencia, son los que motivaron la conclusión errónea de Pierre Montet.

Al igual que Tanis, otras ciudades del delta se sirvieron de Pi-Ramsés como cantera. A la vez, hasta hace muy poco, incontables generaciones de agricultores desenterraban y desmenuzaban los ladrillos de arcilla de Tanis, que luego empleaban para aumentar la fertilidad de su suelo. El resultado, en claro detrimento del patrimonio arqueológico egipcio, es que la deslumbrante capital de Ramsés II sepultada por la historia quedó asolada hasta los cimientos.

La historia del redescubrimiento de Pi-Ramsés se asemeja en cierto modo al destino de su constructor. Hace dos siglos, el nombre de Ramsés parecía haber caído en el olvido, sólo recordado en alguna vaga referencia bíblica. Cuando, en 1817, el poeta inglés Percy Bysshe Shelley compuso su soneto *Ozymandias* como comentario sobre la vanidad del poder, se inspiró en las descripciones hechas por viajeros griegos y romanos de una estatua en ruinas cerca de Tebas. La palabra Ozymandias es una transliteración del lema egipcio Usi-ma-re, «Recto en justicia es Re», nombre adoptado por Re en su ascenso al trono. Éstos son los versos de aquella evocación: «En el desierto / yacen dos grandes piernas, sin tronco, de granito... / y cerca, en las arenas, / quebrada y semihundida, la cabeza.» En el pedestal se puede leer: «“Mi nombre es Ozymandias, / rey de reyes: / ¡Contemplad mis obras, poderosos, desesperad al verlas!” / Mas nada permanece. Y en los alrededores / del colosal desastre, desnudas e infinitas / llanas y solitarias se extienden las arenas.»

Sin embargo, por una curiosa ironía de la historia, el mandatario olvidado acabaría teniendo la última palabra. La estatua derribada que Shelley describió, y nunca vio, todavía se encuentra allí y, tras haber sobrevivido al poeta, bien pudiera ser que acabara por sobrevivir al mismo poema (página 48).

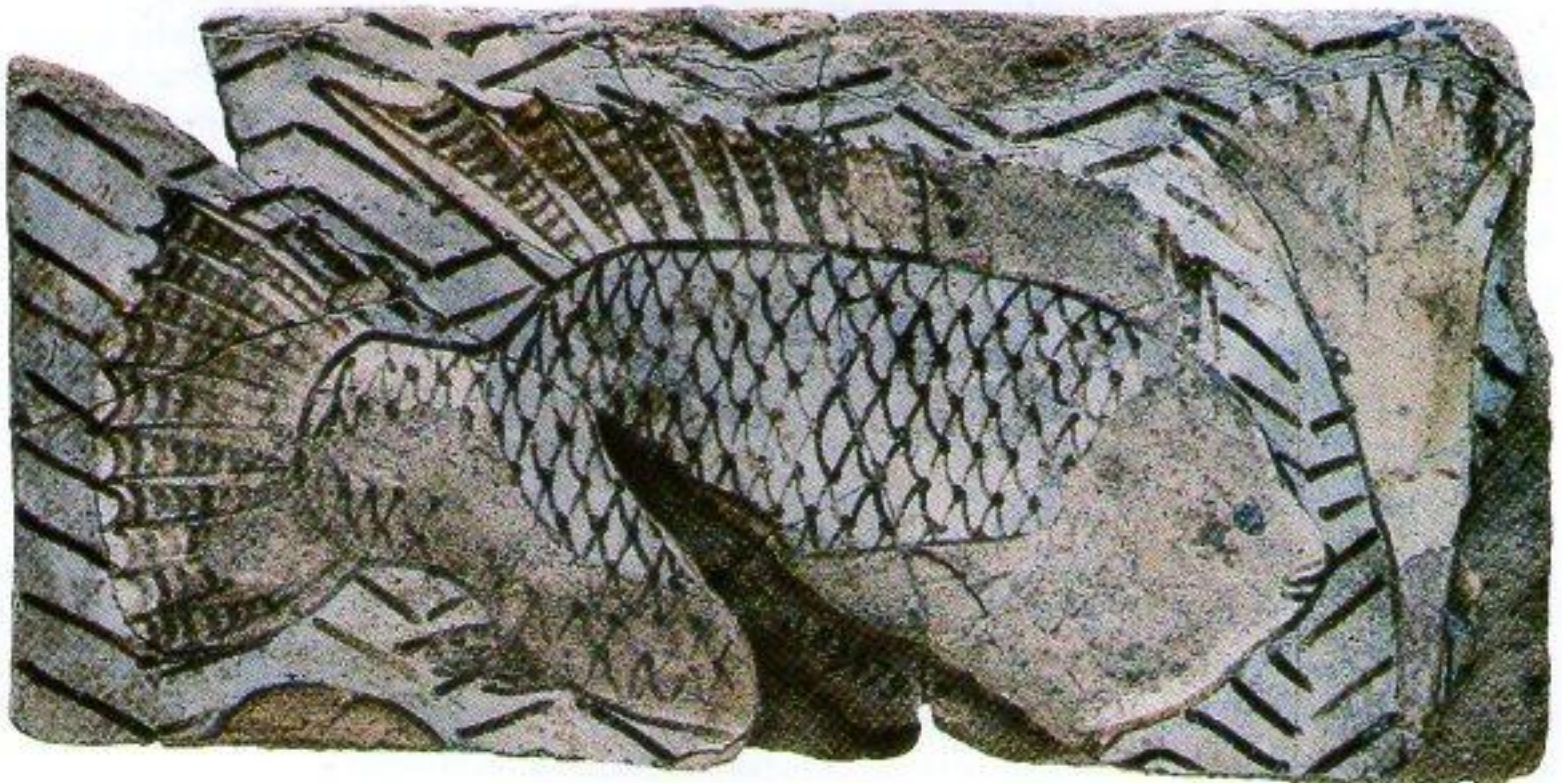
Casi un año antes de que Shelley escribiera estos versos, una co-

losa estatua de Ramsés fue extraída del Ramesseum –el templo funerario del faraón en Tebas– para ser embarcada en el Nilo con destino al Museo Británico. En las décadas siguientes se descubrieron más estatuas, templos y monumentos construidos por el faraón. Simultáneamente, el desciframiento de los jeroglíficos permitió a los estudiosos leer las inscripciones grabadas en los muros de los edificios, procurando una información detallada de los casi 70 años de reinado del monarca. Paulatinamente, Ramsés II fue rescatado del olvido para ocupar su justo lugar entre los grandes mandatarios de la historia.

La culminación de este proceso llegó entre los años cincuenta y sesenta, con la campaña de la Unesco para evitar que los monumentos de Nubia –ante todo, el templo de Abu Simbel esculpido por mandato de Ramsés en una peña al sur del país– quedaran anegados bajo las aguas de la nueva presa de Asuán. El rescate de estas piezas fue la más ambiciosa operación de salvamento arqueológico de la historia, e hizo que el nombre y la imagen de aquel monarca fueran populares en todo el mundo (páginas 70-71). Esta involuntaria venganza de Ozymandias tuvo lugar entre 1985 y 1987, con el éxito de asistencia en Estados Unidos a una exposición dedicada a Ramsés II. El «rey de reyes» que Shelley había relegado al olvido, se acababa de convertir en un reclamo de los medios de comunicación.

La misma exposición americana jugó su rol en el rescate de una figura colosal que trabajadores de la construcción habían descubrier-

Este fragmento de cerámica proviene seguramente de alguna estancia real –quizá el harén– del palacio de Ramsés II en Qantir. Sobre el azulejo nada una tilapia en el agua –representada por las líneas en zigzag. Este pez simbolizaba el renacimiento y se caracterizaba por albergar los huevos de sus crías en la boca.



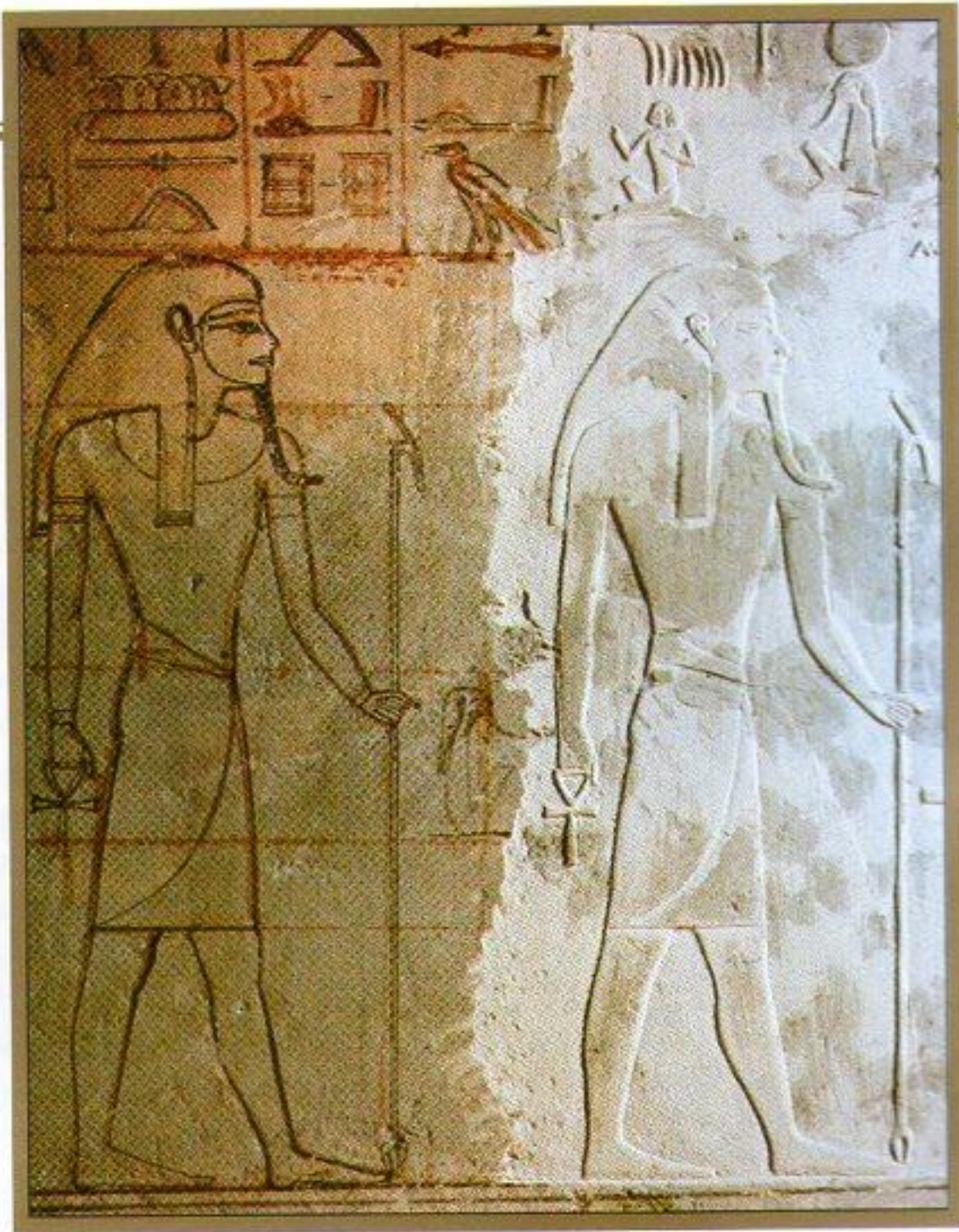
to en 1962 mientras excavaban los cimientos para un restaurante en la antigua capital, Menfis. Los expertos la reconocieron como una estatua gigantesca de Ramsés que, como otras diez grandes imágenes del rey, debía de haberse erigido en el exterior del famoso templo de Ptah.

No obstante, el dinero para la restauración no llegaría hasta 22 años más tarde, cuando el alcalde de Menfis, Tennessee, visitó la ciudad homónima en Egipto y se interesó por la posibilidad de mostrar el coloso durante la escala que dicha exposición haría en su ciudad. Las autoridades egipcias aceptaron con la condición de que la estatua estuviera restaurada antes de abandonar el país. Treinta restauradores iniciaron su trabajo sobre las 47 toneladas que pesaba la estatua y, una vez recobrado su antiguo esplendor, Ramsés abandonó su hogar de 3.000 años con una guardia de honor egipcia y cruzó el Atlántico para convertirse en la pieza clave de la exposición.

De todos modos, la semblanza de Ramsés que emergía del borroso pasado presentaba algunas lagunas. La mayor parte de la información recogida por los arqueólogos provenía de informes oficiales o inscripciones, y tales textos aportaban la imagen del monarca que él mismo cuidó de propagar. Las inscripciones en los muros de los templos nos hablan de su piedad con los dioses y enumeran sus victorias sobre los enemigos de Egipto, pero dicen poco del Ramsés hombre.

Aun así, en el archivo monumental se pueden llegar a vislumbrar algunos trazos de la vida privada de Ramsés. Gracias a las inscripciones sabemos, por ejemplo, que en el curso de su larga vida Ramsés tuvo seis esposas, engendró más de 90 niños y que, al morir, había sobrevivido a cuatro de sus supuestos herederos.

Quizá lo más sensacional fuera el descubrimiento de su cuerpo momificado en 1881. Hallado en un sepulcro común, donde se le había escondido de los profanadores de tumbas, la momia reveló ras-



Una obra inacabada para Horemheb —general convertido en faraón—, en el Valle de los Reyes, muestra las líneas rojas trazadas para marcar la proporción de las figuras, así como las correcciones hechas en negro. La tumba no se terminó, aunque ya se había empezado a esculpir sobre la piedra calcárea.

gos de la auténtica apariencia física del monarca que contradecían las estilizadas representaciones que llegaban de la antigüedad. Al desvelar el cuerpo, éste resultaba ser de cerca de 1,70 m, de cara larga y delgada, mandíbula prominente y nariz considerable (*página 143*).

Ramsés II procedía de una importante familia, aunque no emparentada con la realeza. La fecha de su nacimiento se desconoce, pero se sabe que por entonces, su abuelo, cuyo nombre heredaría, tenía el título de visir –primer ministro– del anciano faraón Horemheb, que murió sin descendencia. Para evitar los peligros de una sucesión disputada, Horemheb designó al visir «príncipe hereditario de la tierra», nombrando de este modo a su fiel consejero como heredero al trono. Tras la muerte de Horemheb en el 1306 a. C., el abuelo de Ramsés accedería al poder con el nombre de Ramsés I. No pudo gozar de su poder más que por un año y, al morir, cedió el trono a su hijo Sethi I, a quien había formado como soldado. Con ello, Ramsés II se convertía en heredero al trono de Egipto.

El país que iba a heredar ostentaba ya una larga y gloriosa historia de 1.700 años. En los muros del templo que Sethi hizo construir en Abydos, en el Alto Egipto, el faraón aparece junto al príncipe Ramsés presidiendo una lista de 75 monarcas que se remontan hasta Menes (*página 35*), presunto fundador de la primera dinastía alrededor del 3000 a. C. Los primeros grandes faraones eran algo más que un recuerdo para Sethi y sus coetáneos, no en vano su legado monumental –con las pirámides de Gizeh que ya contaban mil años por entonces– veteaba todo el paisaje del imperio a lo largo del Nilo.

A pesar del relativo aislamiento geográfico de Egipto, ceñido por el mar y los desiertos, la historia del país no estuvo falta de conflictos y reveses en los siglos venideros. Un período de luchas intestinas acabó con el Antiguo Imperio de los constructores de pirámides en el siglo XXII a. C. Unos 150 años más tarde se consiguió unificar el Bajo Egipto –las tierras del delta– con el Alto, abriendo un período de paz y prosperidad conocido como el Imperio Medio. Hacia el siglo XVIII a. C., sin embargo, el Imperio Medio zozobró en medio de grandes desórdenes, que se agravaron con la penetración de invasores llegados con carros desde el Asia occidental. Los recién llegados, miembros de tribus semitas conocidas como los hyksos, cruzaron el Sinaí y se hicieron con el control del Bajo Egipto. Era la primera vez desde el inicio de las dinastías que una parte del país se encontraba bajo dominio extranjero.

Los gobernantes del Alto Egipto pusieron fin a la situación en el siglo XVI a. C. Sus tropas marcharon desde Tebas hacia el norte, donde expulsaron a los invasores del delta para volver a unificar el país. De este modo quedó inaugurado el Imperio Nuevo, un período de crecimiento que se convertiría en la edad de oro egipcia.

Con la XVIII dinastía, las fronteras del país se expandieron tanto al sur como a lo largo de la costa mediterránea, y Egipto se convirtió en un poder imperial. En el sur se nombró a un virrey para gobernar Nubia, mientras que el levante —la región costera del Mediterráneo oriental— fue dividido en tres provincias: Canaan, que corresponde al moderno Israel; Upi, al sur de Siria; y Amurru, la Siria costera que integraba ciudades fenicias tales como Tiro y Ugarit. Los gobernadores de estas tierras del norte supervisaban a los mandatarios locales, a los que se permitía retener el poder a cambio de su lealtad y pago de tributos al faraón. Entre tanto, las guarniciones egipcias se mantenían alerta en los oasis del oeste para intervenir eventualmente contra las inquietas tribus libias.

El imperio alcanzó el cenit de su poderío bajo el mando del faraón guerrero Tutmosis III, quien reclamó la soberanía sobre todas las tierras al este del Mediterráneo hasta el río Éufrates, cerca de la frontera actual entre Siria y Turquía. El largo reinado de Amenhotep III propició un clima de gran prosperidad en la centuria siguiente (1397-1360 a. C.). Este monarca, amante de los placeres, embelleció su tierra con monumentos a su propia majestad, entre los que se encuentran el templo de Luxor, la colosal columnata en el umbral de Karnak, un inmenso templo memorial en la orilla occidental del Nilo, y las gigantescas estatuas de sí mismo que los atónitos viajeros griegos bautizarían con el nombre de colosos de Memnón.

Por más que Amenhotep legara un reino unido y pacífico a su hijo del mismo nombre, algunas tensiones subyacían a la calma aparente. En la frontera siria, Egipto tenía de nuevo que hacer frente al poder emergente del reino hitita, cuya capital, Hattusas, se encontraba a unos 900 m sobre la meseta anatolia, al norte de Turquía.

Al mismo tiempo, existía una amenaza interna representada por los sacerdotes de Amón, el más venerado de los dioses egipcios, cuyo poder empezó a pesar más que el del propio faraón. Amenhotep había potenciado el culto de Amón con su grandioso programa de construcción, pero ahora debía contrarrestar ese riesgo sometiendo a sus seguidores a su control estricto.

El heredero de Amenhotep iba a intentar una solución del pro-

blema mucho más radical, aunque obrando de este modo se jugó la integridad del país. El pueblo de Egipto había adorado tradicionalmente a numerosos dioses, de los que Amón, Re, Ptah y Seth eran los más poderosos. Cuando el nuevo faraón dedicó el panteón entero a una sola deidad –el todopoderoso Atón, o disco solar– y cambió su nombre de Amenhotep IV por el de Akhenatón, «dispuesto por Atón», se produjo un verdadero trauma nacional. Posteriormente, para distanciarse más todavía de los sacerdotes de Tebas, construyó una nueva capital a medio camino entre Menfis y Tebas, a la que llamó Akhetatón, donde se podría adorar a la nueva divinidad en templos abiertos para que el sol penetrara en ellos.

Mientras el país intentaba recuperarse del impacto provocado por esta revolución cultural, sus enemigos iban fortaleciéndose. Algunas regiones fronterizas sirias, que sabían de las disputas emergentes, trabaron su alianza con los reyes hititas, menos sacudidos por problemas internos.

Ya en el 1351 a. C., la muerte de Akhenatón originó una crisis para la sucesión al trono. Al no tener varones que le sucedieran, Smenkhkare –posiblemente su hermano– ascendió al poder, que ostentó hasta su muerte tres años más tarde. En un momento en que el país todavía se resentía de la reciente revuelta teológica y se necesitaba de manera perentoria una mano firme, el poder absoluto pasó a Tutankhamón, un tercer hermano. Por entonces, el norte de Siria se había ya perdido en favor de la dinastía hitita.

Tras la muerte prematura y sin descendencia de Tutankhamón, el trono pasó a manos del ejército. El primero en tomar el mando fue Ay, quien reinó por poco tiempo. Tras éste, llegó la lucha de Horemheb para enmendar el daño causado a la autoridad real por la política de Akhenatón. Restauró el culto de los antiguos dioses, cuya rehabilitación ya había empezado con el breve reinado de Tutankhamón. Horemheb contribuyó también en gran manera al restablecimiento de la autoridad egipcia más allá de sus fronteras, promoviendo campañas militares en Nubia y Siria que demostraron el poderío militar egipcio allí donde había estado ausente durante décadas.

Otro militar, Ramsés I, heredó el poder tras la muerte de Horemheb en un momento en que el país recobraba la estabilidad. Ninguno de los tres últimos faraones –Ay, Horemheb y Ramsés I– procedía de la realeza, y como hombres hechos a sí mismos reforzaron y legitimaron su derecho al poder reforzando su fidelidad a

DOROTHY EADY Y SU MÁQUINA DEL TIEMPO

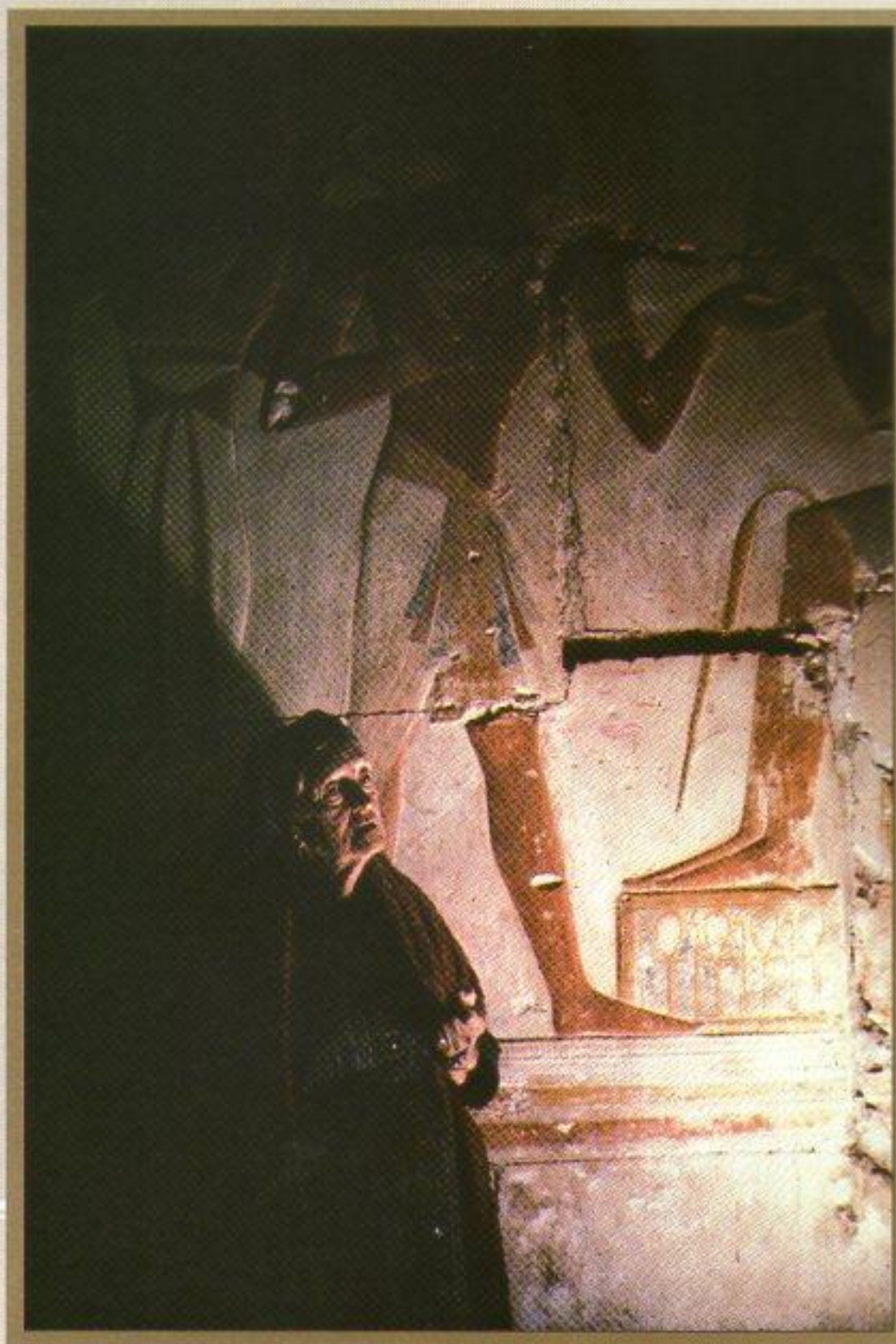
Dorothy Eady hubiera tenido una infancia inglesa normal si a los tres años no se hubiera conmovido después de caer escaleras abajo. A partir de entonces, el Egipto de los faraones se convirtió en su residencia mental. Desarrolló un apasionado interés por todas las cosas egipcias, prestó sus servicios al Museo Británico, se familiarizó con los jeroglíficos y acabó casándose con un egipcio que la llevaría a vivir a su tierra natal. Tras su divorcio poco tiempo después, Eady permaneció en el país convencida de ser sacerdotisa del antiguo Egipto y amante de Sethi I. Llegó a confesar que durante las noches, su cuerpo astral viajaba 3.200 años atrás para visitar al faraón o, en su defecto, era éste quien la visitaba.

Se estableció finalmente en Abydos, donde Sethi había erigido un templo, y se la conoció con el nombre de Omm Seti —madre de Sethi—, después de alumbrar a un hijo de su corto matrimonio. Allí

demostró una curiosa familiaridad con el templo y sus ritos. Se inició en la magia y medicina antiguas; domesticaba cobras, practicaba hechizos y curaba enfermedades. Creyéndose dotada de poderes parapsicológicos, ayudó a los

arqueólogos a localizar el emplazamiento del jardín del templo. Hasta su muerte a los 77 años, en 1981, pasó sus días como guía de lo que para ella era una verdadero viaje en el tiempo. Murió convencida de que iba a reunirse con su gente.

Eady posa ante la estatua del hombre que veneraba, Sethi I, esculpido en un muro del templo de Abydos. Su fe practicante pretende emular la adoración tradicional con ofrendas de vino, cerveza, pan y galletitas inglesas.



los métodos tradicionales. Tales mandatarios no guardaban respeto ni simpatía por la memoria de Akhenatón —«ese criminal»—, cuyo reinado consideraban una catástrofe nacional. A la vez, buscaron con el rigor de su mando destruir eventuales facciones disidentes.

Con la muerte de Horemheb se cerró la XVIII dinastía, haciendo de Ramsés el fundador de la XIX. Su objetivo prioritario fue seguir el proceso de relanzamiento del país y restaurar el prestigio internacional de Egipto en el exterior. Al mismo tiempo, engendró un heredero —Sethi I— que aseguraba la tan necesaria continuidad en el traspaso del poder real.

Ramsés, consciente de su propio camino hacia la cima del poder, adoctrinó a su hijo en las artes guerreras y, aparentemente, esas enseñanzas fructificaron. La inscripción autobiográfica de Sethi sobre los muros de la sala hipóstila en Karnak, resultaba particularmente intimidatoria: «Su majestad exulta al principio de la batalla, se complace en participar; su corazón se regocija con la visión de la sangre. Él corta las cabezas de los disidentes. Más que la celebración de la victoria, ama el momento de arrasar al enemigo.»

El hijo de Sethi, Ramsés II, heredó el nombre de su abuelo, así como su conservadurismo, a la vez que la predilección militarista del padre. Cuando su progenitor accedió al trono de Egipto, Ramsés tenía 9 años y gozaba de una sólida tradición guerrera por ambas partes de la familia, al haberse casado Sethi con la hija de un lugarteniente bien situado.

La casa familiar de Ramsés se encontraba en la ciudad de Avaris, en el delta oriental. El enclave, junto al Mediterráneo y los estados vasallos de levante, era la parte más cosmopolita de Egipto y antaño había albergado la capital de los hyksos. Fue, según parece, un auténtico hervidero de mercaderes; un texto de la XIX dinastía los describe navegando «arriba y abajo del Nilo, ocupados como abejas y llevando mercancías de una a otra ciudad para proveer al que nada tiene». Había también una importante comunidad laboral inmigrante, llegada en busca de trabajo a la que seguía siendo la gran superpotencia del momento.

Como todos los egipcios de buena cuna, el joven Ramsés aprendería a leer y escribir, y recibiría enseñanzas sobre teología, historia y

UN PUESTO AVANZADO DEL PODEROSO IMPERIO EGIPCIO ENTERRADO BAJO LA ARENA

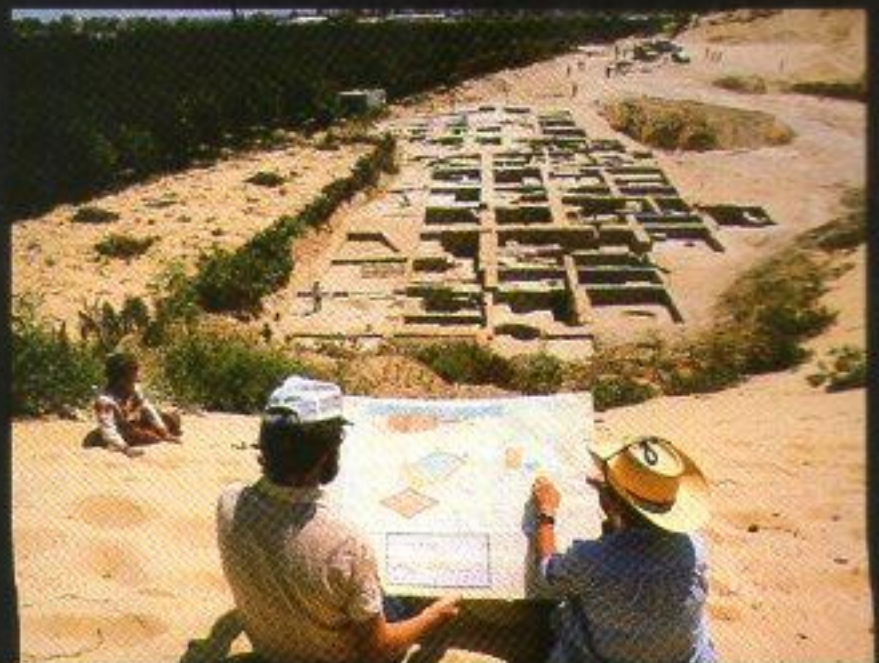
Con un imperio que se extendía hacia el norte mucho más allá de sus fronteras, Egipto necesitaba vigilar las rutas comerciales y militares que le comunicaban con sus dominios. Una de éstas cruzaba el norte del Sinaí hasta la actual franja de Gaza. Tanto Sethi I como Ramsés II dispusieron fortalezas en todo lo largo de la misma. Pero, aunque los relieves de Karnak parecían indicar la pista de esas fortalezas (*página opuesta*), su emplazamiento permaneció oculto hasta que un descubrimiento en 1967 llevó a los arqueólogos hasta una de ellas.

El arqueólogo israelí Trude Dothan se había apercibido de la repentina presencia de objetos egipcios en los mercados de antigüedades de Jerusalén —señal de que los saqueadores estaban profanando una antigua tumba. ¿Dónde se hallaba? La arena impregnada en la tapa de un ataúd de arcilla sugirió un enclave costero. Tal como pronto reveló el trabajo detectivesco de Dothan, los objetos procedían del sur de Gaza. Pero el arqueólogo no pudo emprender su tarea hasta obtener permiso para excavar varios años más tarde.

En una zona a casi dos kilómetros del mar, Dothan desenterró más ataúdes y excavó a mayor profundidad. Los trabajos finalizaron tras la interrupción de la guerra del Yom Kippur, con la total eliminación de una duna de 12 metros. Cerca del fondo, hallaron un asentamiento artesanal del siglo XIII a. C., y otros vestigios por debajo de aquél. Éstos correspondían a las ruinas de un gran palacio y a los cimientos de una fortaleza del mismo siglo, con un depósito para el agua. El lugar era a todas luces uno de los famosos puestos avanzados de Sethi y Ramsés.



Arqueólogos limpiando de arena un ataúd de barro. Aunque parece estar entero, presenta varias fracturas, que se mantienen soldadas gracias a la arena que ha penetrado en el interior.



Dothan y un colega examinan los dibujos del yacimiento arqueológico. Las ruinas pertenecen a la fortaleza; mientras que la cavidad adyacente había sido depósito de agua y proveía barro para los ladrillos usados en la construcción.



Este relieve de Karnak representa la campaña de Sethi I contra los canaanitas. En ella aparece una de las fortalezas con torreones sitas en el

litoral del Canaan –ver recuadro–, donde solía haber depósitos de agua. Fue probablemente a causa de tales fortalezas que Moisés y sus seguidores

evitaron esta ruta más corta en su éxodo desde Egipto, para tomar otra más al sur y encaminarse hacia el Sinaí.

literatura del país, a la vez que se prestaría extremo cuidado a su desarrollo físico. Como futuro faraón, también se esperaba que fuera un excelente auriga y gran arquero.

Ramsés era sólo un adolescente cuando su padre, sabedor de las pasadas disputas por el trono, le nombró príncipe regente. Poco después de la toma de poder de Sethi, el muchacho recibió el título oficial de «Primogénito del Rey», y se le asignó el rango nominal de comandante en jefe del ejército. Se pretendía de este modo mantener su derecho al trono más allá de toda polémica en caso de que el padre muriera de manera repentina. La preocupación por el futuro de la dinastía fue la clave de la decisión de Sethi.

El matrimonio llegó sin tardanza, y en los 10 años anteriores a la muerte de su padre, las dos esposas principales de Ramsés dieron a luz a 5 hijos y varias hijas, a los que debían sumarse los niños nacidos de algunas concubinas reales.

Como príncipe regente, Ramsés fue paulatinamente introducido en las responsabilidades de su futuro cargo. Tenía 14 o 15 años cuando participó en su primera campaña militar, acompañando a su padre para poner fin a una revuelta en Libia (*páginas 28-29*). Al año siguiente tomó parte en la incursión a las tierras fronterizas sirias para fortalecer la presencia egipcia en Amurru y sitiar Qadés, un baluarte estratégico de suma importancia junto al río Orontes. La operación fue un éxito de corta duración. Después de que sus tropas partieran, tanto Amurru como Qadés regresaron al seno protector hitita, un desenlace que Ramsés no olvidaría fácilmente.

A los 22 años se le encargó la primera misión que debería cumplir por su cuenta: poner fin a un alzamiento en Nubia. Logró demostrar su bravura dirigiendo personalmente una carga de sus carros que aplastó a los rebeldes. El acontecimiento fue celebrado en los muros de un pequeño templo que él mismo mandó construir en las cercanías. Estaba claro que Ramsés se había tomado a pecho su aprendizaje militar, pues en esta expedición llevó consigo a dos de sus hijos de cuatro y cinco años. Su tarea siguiente fue montar una emboscada contra unos piratas que habían osado penetrar por las bocas del Nilo para saquear. Los barcos de los infiltrados fueron incautados y sus tripulantes confinados por la fuerza en el ejército egipcio.

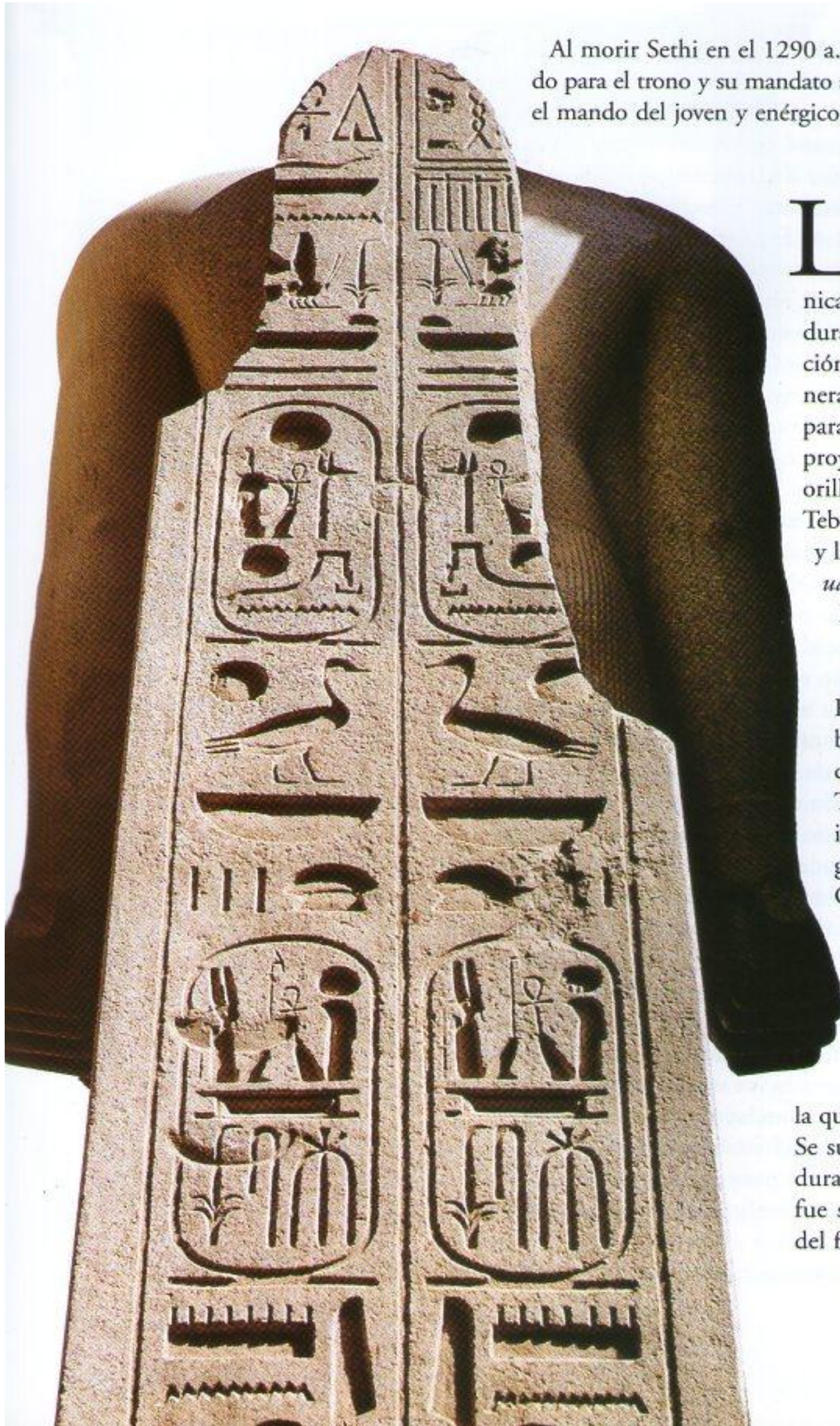
Fuera de sus ocupaciones militares, y por delegación de su padre, Ramsés solía supervisar las operaciones mineras de Asuán, de donde se extraía el granito para estatuas y monumentos. Al igual que guerrear, construir era uno de los deberes fundamentales de un faraón.

Un coloso de Ramsés II en Luxor presenta en la parte posterior un pilar roto donde puede leerse el nombre del faraón en el interior de los cartuchos ovales. El que se halla en el ángulo superior izquierdo, muestra el disco solar de Re, que luego se repite. Debajo aparece la cabeza de un chacal sobre una vara —símbolo de poder— junto a una figura de Maat, diosa de la verdad.

Al morir Sethi en el 1290 a. C., Ramsés ya estaba preparado para el trono y su mandato asignado. El futuro del país bajo el mando del joven y enérgico monarca parecía brillante.

Lo primero fue ocuparse del entierro de su padre. Siguiendo la tradición faraónica, Sethi ya se había encargado durante su reinado de la construcción del sepulcro y del templo funerario donde podría ser adorado para gozar de vida eterna. Ambos proyectos se llevaron a cabo en la orilla occidental del Nilo, frente a Tebas. Ese templo a la vera del río, y la cripta subterránea en el árido *uadi* conocido como el Valle de los Reyes, fueron el mausoleo de los faraones desde los primeros días de la XVIII dinastía. Ramsés viajó dos días río arriba para officiar en los funerales de su padre, y permaneció en Tebas para encabezar el más importante de sus deberes religiosos anuales, el Festival de Opet, en honor del dios Amón. Acompañado por sacerdotes y dignatarios, y aclamados por su pueblo, Ramsés navegó dos días más desde Karnak hasta el templo de Luxor, en una barca dorada en la que figuraba la estatua de Amón. Se sucedieron ritos y celebraciones durante 23 días, hasta que el dios fue solemnemente devuelto al fin del festival.

Ramsés había aprovechado en

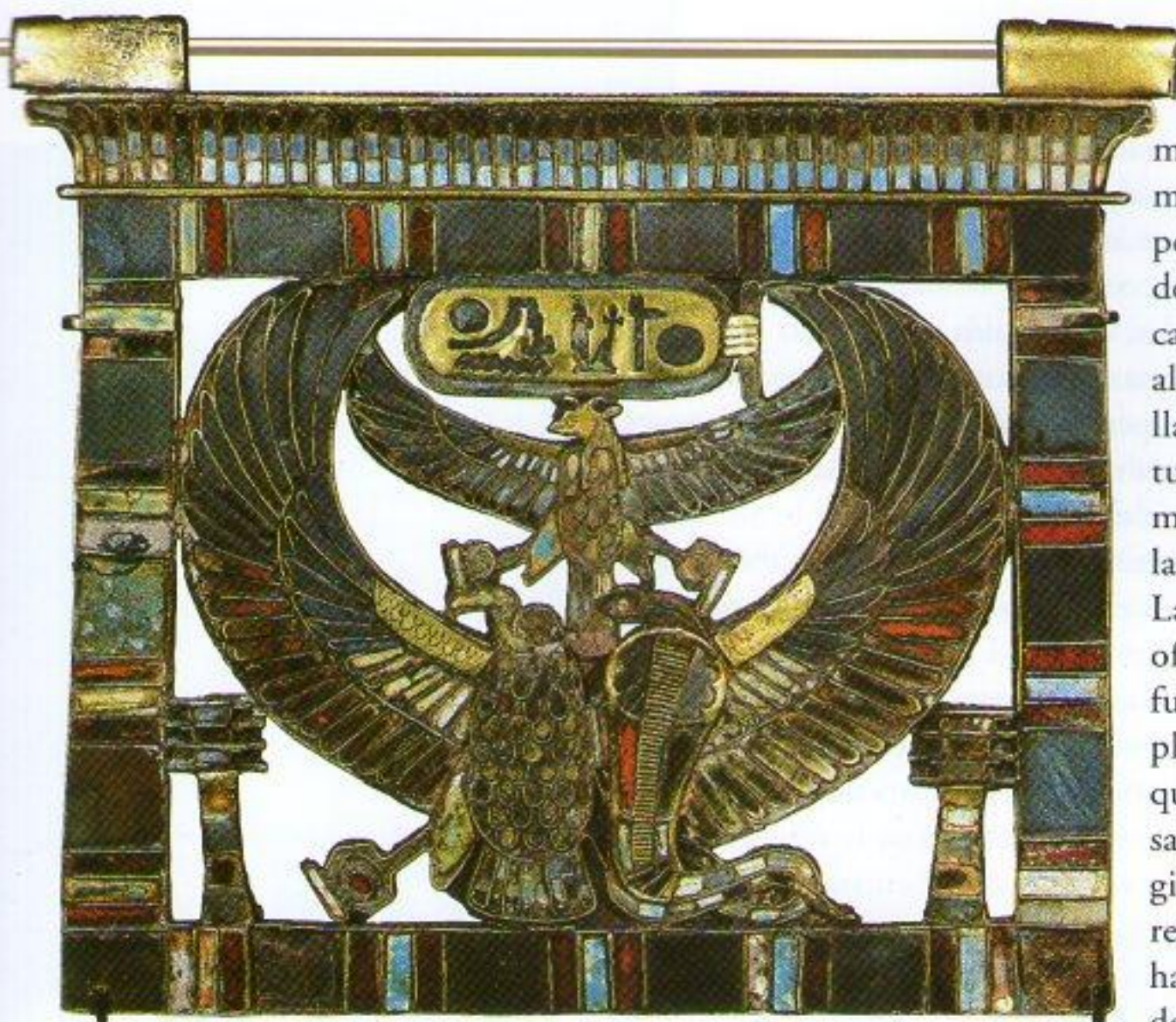


su favor la necesidad de cubrir la vacante del puesto a Sumo Sacerdote de Amón, el único título oficial capaz de rivalizar en prestigio con el del propio faraón. Parece que la tradición exigía la entrega al dios de los nombres de varios candidatos, de los que uno era elegido por pronunciamiento oracular de la divinidad. Aunque se desconocen los detalles del procedimiento, el rechazo de los candidatos procedentes de la cúpula tebana no fue seguramente una sorpresa para el faraón. Amón se decantó por un relativamente desconocido contendiente de la pequeña ciudad de This. Ramsés tenía muy claro que los altos funcionarios de la nación debían ser sus propios hombres.

En su regreso al norte, Ramsés se detuvo en Abydos para ver cómo procedían los trabajos del segundo de los templos dedicados a su padre. Con gran sorpresa encontró que la obra se hallaba detenida. Según las palabras de la inscripción que hizo grabar sobre los muros: «Los monumentos estaban inacabados, los pilares sin colocar, la estatua de Sethi yacía en el suelo.» Estando así las cosas, tomó cartas en el asunto para que el trabajo fuera definitivamente completado. Se ocupó, asimismo, de que su piedad filial al preservar el legado de Sethi quedara para la posteridad; dicha inscripción continuaba de la siguiente manera: «La compasión es una bendición, es bueno que un hijo se preocupe y atienda a su padre.»

Los trabajos de Abydos no eran más que una parte del ambicioso plan de edificación que constituyó una de las primeras preocupaciones de Ramsés a lo largo de todo su reinado. Para sus proyectos de construcción y otras tareas del mismo rango, Ramsés contaba con la colaboración de un experto funcionariado a la cabeza del cual se hallaba él, fuente de todo poder y autoridad. Al despachar asuntos cotidianos del gobierno, el rey-dios delegaba a menudo en sus dos principales auxiliares, los visires. Uno tenía a su cargo el Bajo Egipto, desde la ciudad de Menfis —que tenía al dios Ptah por patrón—; y el otro administraba el Alto Egipto desde Tebas, la ciudad sagrada de Amón. Sus deberes inalienables consistían en mediar en disputas sobre la tierra, recaudar impuestos, mantener el orden público y administrar justicia —sólo los visires, además del faraón, podían condenar a muerte. Éstos también podían encontrarse bajo una dependencia más inmediata del faraón si así lo quería éste. En la tumba de Paser, visir de Ramsés por largo tiempo, se puede leer una inscripción según la cual se esperaba que despachase diariamente con el monarca.

El faraón, de hecho, podía ser un capataz exigente, como lo de-



Encastado de oro y plata, con incrustaciones vitreas, este pectoral fue hallado en un toro sagrado momificado. Bajo el emblema de Ramsés, un halcón con cabeza de carnero simboliza al dios sol, Re, con quien estaba identificado el propio faraón. Debajo del halcón, el buitre representa el Alto Egipto en posesión del shen, símbolo de renacimiento y protección, en tanto que la cobra, emblema del Bajo Egipto, es imagen de poder. En los ángulos inferiores, los pilares de djed representan la estabilidad.

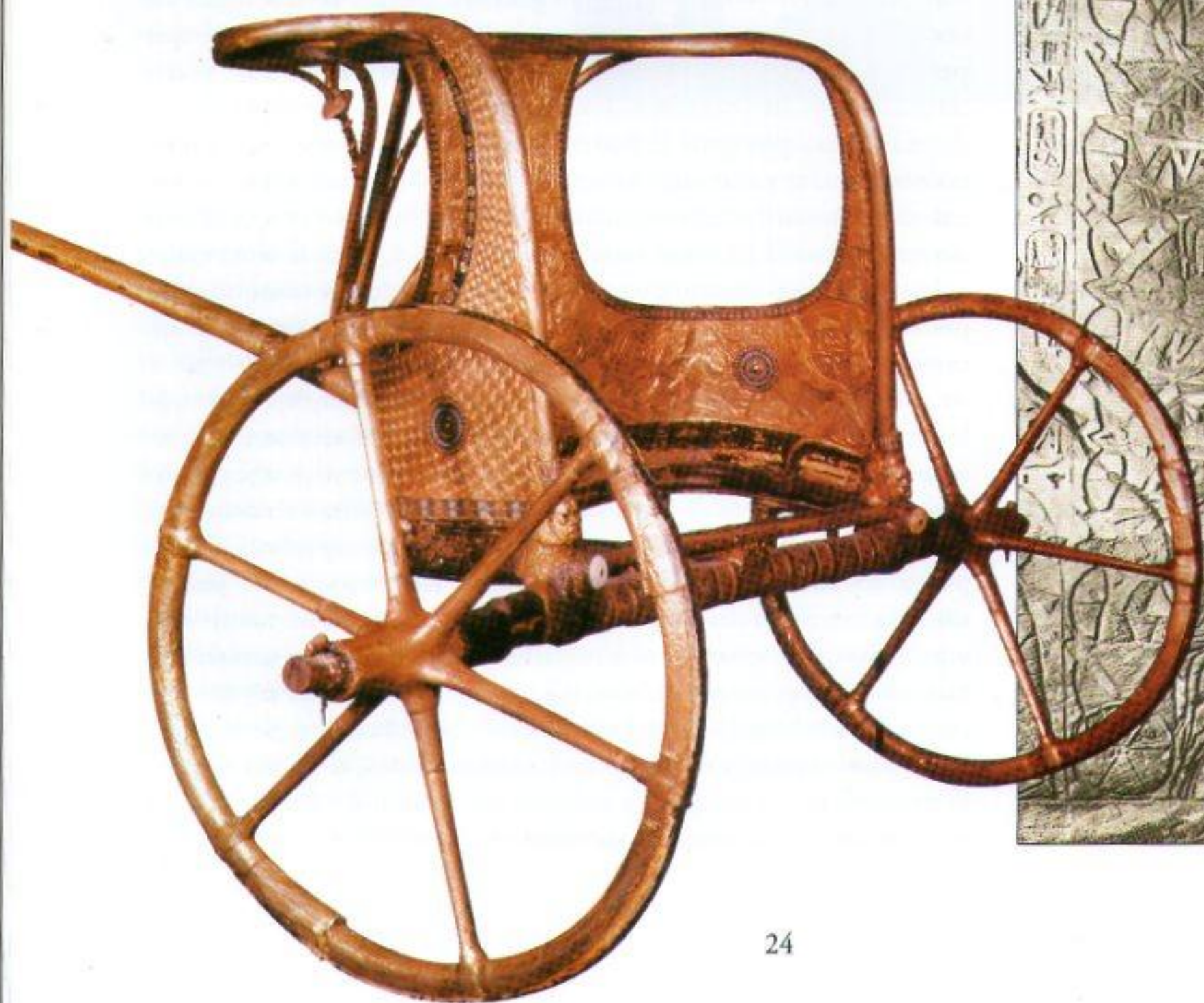
muestra el dictado de un documento conocido como «La Disposición del Visir». Este texto, descubierto por arqueólogos encargados de abrir los sepulcros de altos funcionarios tebanos, se hallaba en al menos tres de las tumbas y estaba citado parcialmente en otras dos, incluyendo la del propio visir de Ramsés II. La inclusión de este juramento oficial parecía destinarse a los funcionarios que hubieran cumplido lealmente con su deber, que entrañaba una gran responsabilidad: «El honor de un magistrado está en actuar según las regulaciones. Un acusado que haya sido juzgado no debe poder decir “No tuve derecho a defen-

derme”. Trata por igual al hombre que conoces como al que no, al hombre que te es cercano como al que no. No condenes a un demandado antes de haber escuchado sus palabras. No te dejes llevar fácilmente por la ira, hazlo sólo cuando debas. Que se te tema como a uno que debe ser temido.» Visto lo exigente de la tarea, no sorprende leer la conclusión del faraón: «El cargo de visir no es un camino de rosas, sino en verdad tan amargo como la hiel.»

Por debajo de los visires se ensanchaba una compleja pirámide burocrática, desde altos funcionarios, tales como el secretario del tesoro y alcaldes que supervisaban los gobiernos provinciales, hasta funcionarios locales encargados de controlar límites territoriales, diezmos del ganado y los cereales de los almacenes reales. Sobre el papel, los recaudadores de impuestos debían ser no sólo justos, sino algo indulgentes en sus tratos, tal como asevera un texto: «No seas demasiado severo. Si tu informe presenta retrasos considerables de un hombre pobre, divídelos por tres y exímelo de dos tercios.» Sin embargo, en la práctica, las autoridades no se mostraban tan benignas y ni siquiera honestas; hasta el punto de que Horemheb se vio obligado a redactar un decreto amenazando a los prevaricadores con cortarles la nariz.

Los templos y el ejército, que estaban en buena medida fuera de la jurisdicción del visir, disponían de sus propias jerarquías y respondían de sus acciones directamente ante el faraón. El eslabón último del aparato estatal egipcio era la corte, que constituía asunto personal del monarca. Sus altos oficiales, con títulos tales como «portador real de abanicos» o «portador de tazas», manejaban un poder considerable a través de su influencia personal sobre el monarca, y entre sus filas se encontraban la mayoría de los candidatos designados por Ramsés para ocupar altos cargos del estado.

Toda esta infraestructura administrativa descansaba sobre el trabajo de los agricultores, la abrumadora mayoría de los tres millones de habitantes con que contaba el país. Cabe no olvidar que, en última instancia, Egipto debía su prosperidad y esplendor a la estrecha franja de tierra cultivable bañada por el Nilo —una franja que no superaba los 20 kilómetros. En los años buenos, cuando la inundación



Commemoración de la batalla de Qadès en un relieve de Abu Simbel. Los carros montados por dos guerreros egipcios (izquierda) entrecrocán con los hititas (derecha) que estaban habilitados para tres soldados. Los egipcios usaban carros de madera con ruedas forradas de piel, como el encontrado en la tumba de Tutankhamón (inferior izquierda).



anual que fertilizaba la tierra no era ni devastadoramente alta ni ruinosamente baja, el gran río procuraba comida no sólo a los agricultores, sino también a los burócratas, escribas, sacerdotes y artesanos.

La riqueza del país se incrementó con operaciones mineras con las que se extrajo turquesa del Sinaí (*página 55*), así como oro de Nubia y las tierras del desierto oriental. Periódicamente, llegaban también los tributos que algunos estados satélites brindaban al faraón. Aunque Egipto no acuñaba moneda y basaba sus transacciones comerciales en un complejo sistema de permuta, los conceptos de riqueza y pobreza existían y estaban tan claros como en cualquier otra sociedad.

Con las arcas de tesoro repletas de nuevo, y un potencial militar igualmente notable tras el mandato de su padre, Ramsés podía ya volver su interés hacia el imperio hitita, donde había viejas cuentas que saldar. En el cuarto año de su reinado, el emperador se sintió ya listo para embarcarse en la invasión de Siria, un movimiento que provocaría la guerra con los hititas. Parece que su ambición era la de superar a su padre y restablecer el control egipcio sobre los estados tributarios del norte, humillando de este modo al enemigo hitita.

Comparados con la grandeza milenaria de los egipcios, los hititas eran gente recién llegada al rango de los grandes poderes, tras haber hecho su aparición en la historia sólo 600 años antes. Aún hoy día se discute sobre la procedencia de este pueblo, aunque se sabe que la lengua que hablaban —un idioma complejo que llevó casi un siglo descifrar— pertenecía a la familia indoeuropea. En ese sentido, fue probablemente la primera lengua indoeuropea que hizo su aparición en la historia documentada.

Parte del éxito de los hititas era debido a la facilidad con que habían adaptado técnicas e ideas descubiertas durante sus migraciones. Su talento militar era particularmente acabado, y muy notable su habilidad con los carros. A diferencia de los carros egipcios —probablemente introducidos por los invasores hyksos—, que eran ligeros y sólo contaban con un conductor y un guerrero equipado con flechas y jabalinas; el robusto carro de guerra hitita presentaba una plataforma móvil sobre la que se disponía un escudero, un lancero y el conductor. Los comandos hititas usaban sus carros como fuerza de asalto para barrer las líneas enemigas, normalmente incapaces de contener la embestida.

Éste era el contingente enemigo que Ramsés se aprestó a con-

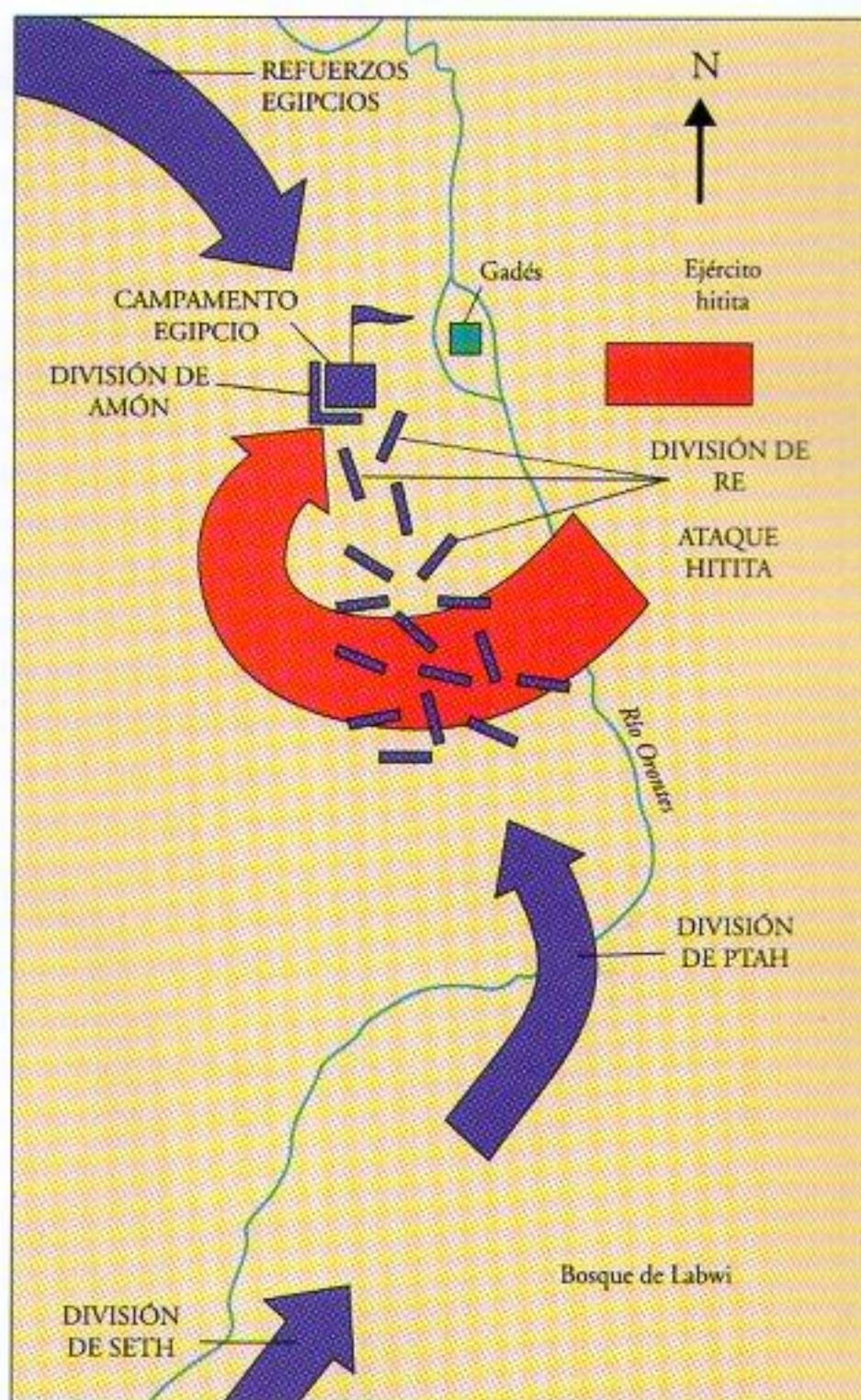
frontar con un bien disciplinado ejército de unos 20.000 hombres divididos en el verano del 1286 a. C. en cuatro divisiones. Los soldados profesionales, que dedicarían una vida de servicio al faraón a cambio de ganado y tierras, proporcionaban su experiencia y destreza, mientras los campesinos llamados a filas componían la infantería. El resultado fue una fuerza bien entrenada que podía ser movilizada en un tiempo relativamente corto. En casos como el presente, el propio faraón presidía la distribución de armas de los arsenales del estado a los hombres que iban a guerrear.

En esta primera campaña de Ramsés como faraón, su intención no era tanto la del choque frontal contra los hititas como restablecer la presencia egipcia en el levante y recuperar los territorios perdidos desde la última campaña realizada por su padre quince años atrás.

El objetivo básico era la disputada provincia de Amurru, cuyo líder, Benteshina, aceptó de nuevo pagar tributo al faraón intimidado por el poder militar egipcio. Sin embargo, tras la partida de Ramsés y su ejército, Benteshina se apresuró a deshacer el pacto para renovar su alianza con el rey hitita, Muwatallis. Éste no tenía más opción que aceptar el desafío: el épico enfrentamiento entre las dos superpotencias que iba a tener lugar al año siguiente.

Ambas partes se prepararon a conciencia para la ocasión. Muwatallis convocó aliados y estados tributarios para concentrar al mayor ejército de la historia hitita, con unos 37.000 hombres y 2.500 carros, según fuentes egipcias. El contingente de Ramsés era igualmente considerable, compuesto por tropas egipcias y piratas navales incorporados al servicio del faraón. Cuando Ramsés se encaminó finalmente hacia el norte a principios del verano de 1285 a. C., sus escribas proclamaban que «todas las tierras extranjeras temblaban a su paso, sus jefes le brindaban tributo y los rebeldes se le rendían por temor al poderío de su Majestad».

Según cabía esperar, la escena del encuentro iba a ser Qadés, te-



El cuadro superior indica los campamentos enemigos cerca de Qadés y los movimientos de los ejércitos en liza. Las flechas marcan el paso de las tropas de Ramsés (violeta) a través del río Orontes; la carga del ejército hitita (rosa) arrasando el campamento egipcio y el avance de las fuerzas de elite egipcias que acudieron al rescate de sus compañeros.

territorio largamente disputado por ambos imperios. Sin considerar debidamente las implicaciones estratégicas, Ramsés dividió su ejército en dos fuerzas para el largo trecho hacia el norte. El mayor contingente procedió desde Gaza por una ruta interior, encabezado por el propio Ramsés en su carro deslumbrante. Mientras, una fuerza de soporte avanzaba por la costa, desde donde debía cortar para adentrarse hacia Qadés.

Excesivamente confiado en su poderío militar, Ramsés tomó pocas precauciones, sin conocer la localización de las fuerzas hititas, que sus exploradores no acertaron a adivinar. Fue una temeridad que habría de pagar.

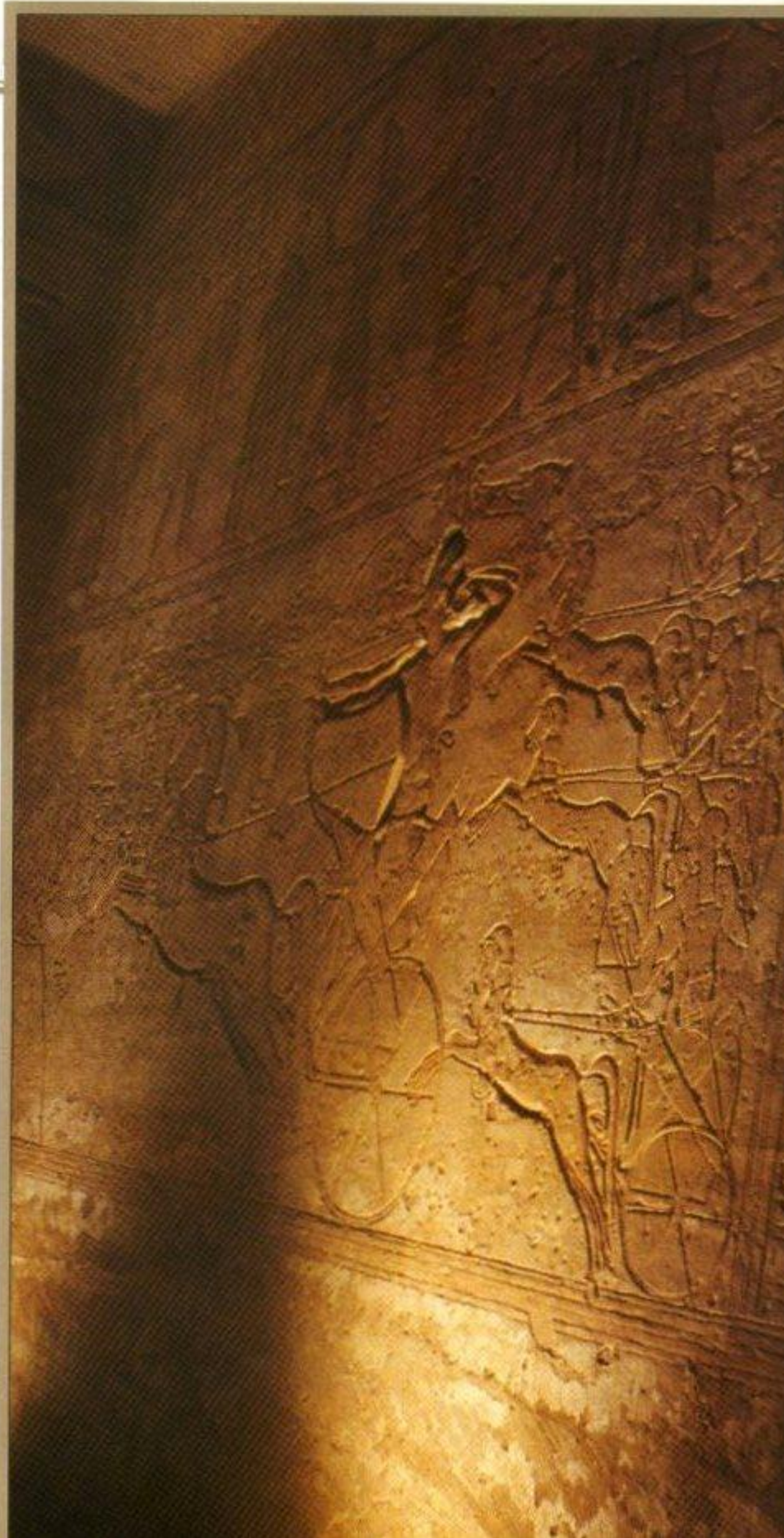
Mientras se aproximaban al río Orontes, pocas millas al sur de su objetivo, dos beduinos se unieron a la avanzadilla egipcia. Fueron conducidos hasta el faraón para interrogarles acerca de las maniobras hititas en la zona. Ramsés les tomó apresuradamente su palabra cuando aquéllos afirmaron que Muwatallis, temeroso del potencial egipcio, se iba retirando con sus fuerzas hacia la región de Aleppo, unos 200 kilómetros al norte, para evitar un choque frontal. Los dos beduinos, que habían sido enviados por el propio Muwatallis para confundir al faraón, le indujeron a su mayor error táctico.

Desconocedor de la trampa que le habían tendido, Ramsés encabezó la primera de sus cuatro unidades, la división de Amón, más allá del Orontes hacia la llanura de Qadés. El resto del ejército se distribuyó a lo largo de muchos kilómetros a su espalda. Una vez llegados, el faraón decidió acampar frente a la ciudad. Mientras sus hombres se ocupaban en descargar animales y carros, una patrulla capturó a dos exploradores mandados por el rey hitita, se les forzó a confesar y revelaron la verdad: el ejército hitita se encontraba en orden de batalla al otro lado de la ciudad, a unos tres kilómetros.

Parece que el faraón se encolerizó y, según posteriores inscripciones, exclamó: «¡El enemigo rodea Kadesh (Qadés) y ni mis jefes extranjeros ni mis oficiales egipcios saben nada al respecto!» Enseguida se mandaron mensajeros para advertir a las otras divisiones del ejército mientras Ramsés convocaba una junta de guerra urgente. Durante la misma, los hititas lanzaron la primera ofensiva.

Lo que sucedió después ha quedado bien documentado por los egipcios, pues Ramsés conmemoró su propia versión de los hechos en lo que ha sido una de las grandes campañas de propaganda estatal de la historia. Encargó la celebración pictórica de varias escenas del combate, que fueron luego esculpidas en templos de todo el país. Tanto

Procedente de los relieves de Abu Simbel que conmemoran sus victorias militares, la escena de la izquierda muestra al joven rey cargando contra las filas sirias. En este caso, le vemos deshacerse de un adversario tras reducir a otro.





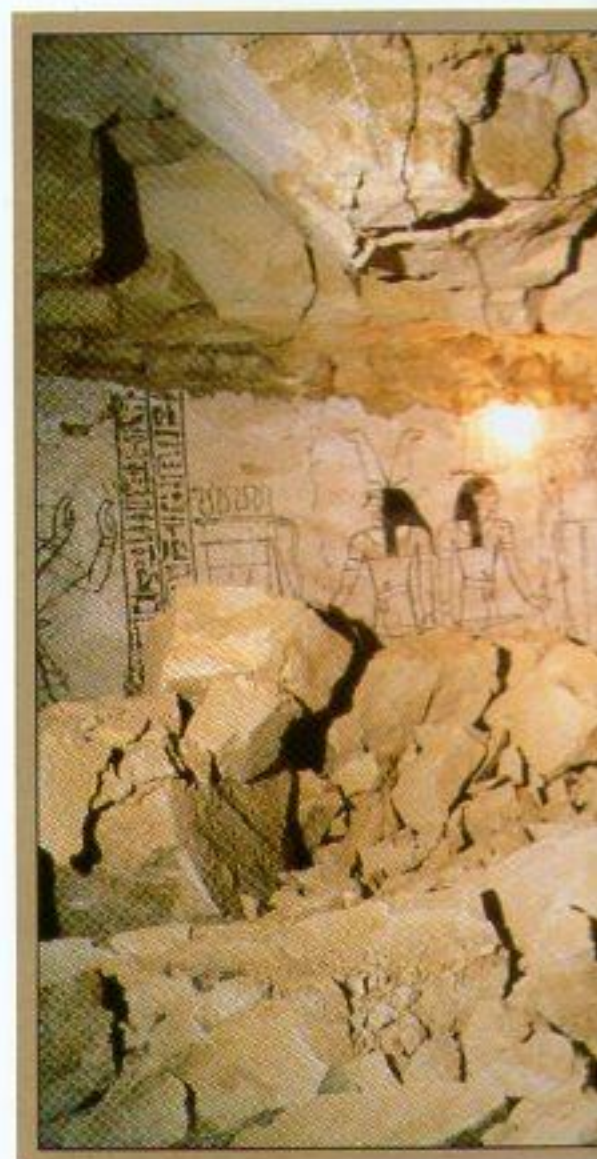
en Karnak como en Luxor, en los nuevos templos de Abydos y Abu Simbel y en el templo funerario de Ramsés, el Ramesseum, reaparecen las mismas escenas. A la vez, se compuso un poema épico que contaba las gestas del faraón con cuidado detalle.

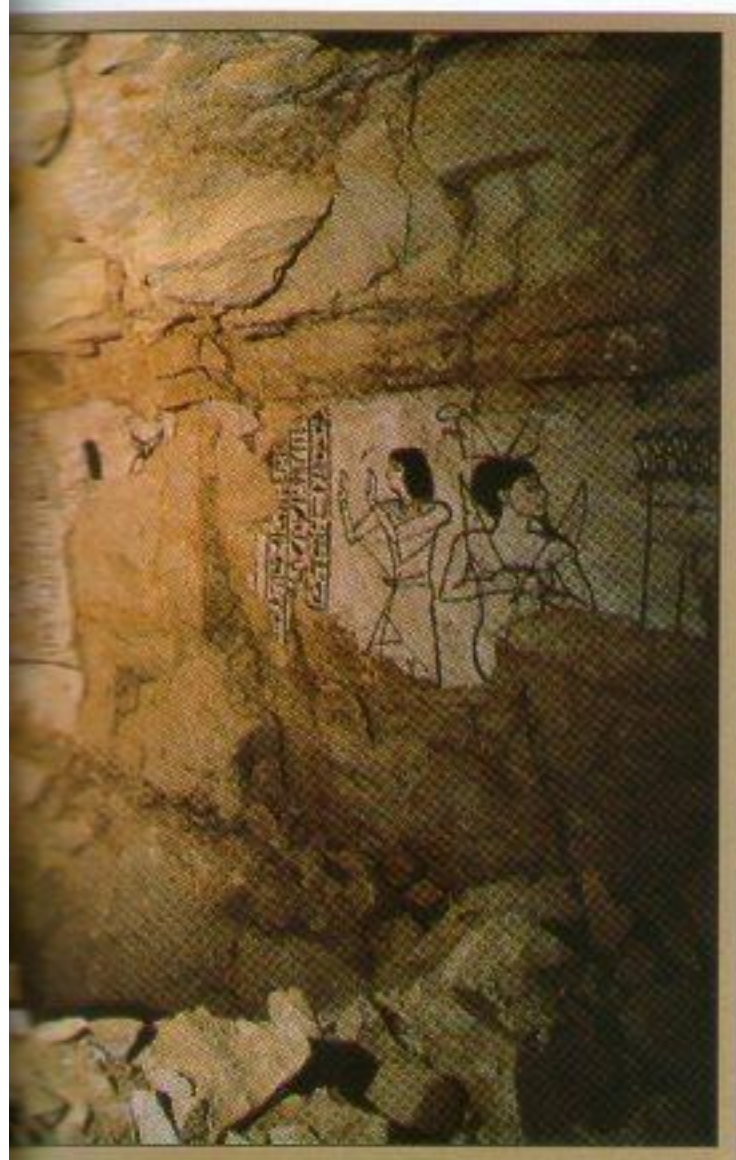
Antes, Muwatallis había mandado sus carros a través del Orontes. La vanguardia hitita barrió a la segunda división egipcia cuando ésta cruzaba la llanura de Qadés para unirse a Ramsés, y luego viró hacia el norte para atacar el cuartel general egipcio. Algunos relieves muestran cómo la arenga que profería el faraón fue interrumpida violentamente por guerreros a caballo que aplastaron la hilera defensiva de los escudos egipcios por el lado sur del campamento. Cuando los hititas se les echaron encima, el grueso del ejército egipcio se encontraba a muchos kilómetros de distancia.

Aunque la sombra del desastre acechaba, le siguió un desenlace imprevisto. El faraón montó sobre su carro arengando a su guardia personal y cargó repetidamente y con gran coraje contra el enemigo. Con la distracción de la presumible victoria, cuando algunos hititas ya acaparaban el botín, fueron contenidos. El desenlace resultaba todavía incierto cuando los refuerzos egipcios procedentes de la costa aparecieron en el momento crucial. Cazados entre los hombres de Ramsés y las tropas recién llegadas, los carros hititas fueron forzados en retirada hacia el río y perseguidos por las fuerzas del faraón.

Lo que iba a ser una predecible victoria hitita se convirtió en una debacle; dos hermanos de Muwatallis perecieron en combate, junto con su secretario, el jefe de la guardia personal y varios de sus comandantes. A la vez, uno de los detalles de la batalla fue jocosamente conmemorado en los muros de los templos egipcios: el príncipe de Aleppo, vasallo hitita, a punto de ahogarse en su premura por alcanzar la orilla opuesta, es sacudido cabeza abajo por sus propios soldados para hacerle expulsar el agua tragada. Las inscripciones recogen también los amargos comentarios de Ramsés acerca de la falta de ayuda recibida de sus seguidores en los momentos de peligro: «Ni uno de vosotros estuvo allí, nadie levantó una mano para ayudarme en la lucha. No recompensaré a ninguno de vosotros porque me abandonasteis cuando estaba solo en medio de mis enemigos.»

A pesar de la dureza del enfrentamiento, éste había casi únicamente involucrado a los jinetes egipcios e hititas, sin la participación del grueso de los ejércitos que se enfrentarían al día si-





Fotografiada pocos días después de su descubrimiento en 1993, vemos aquí la tumba de Nakh-Min, supervisor de carros de Ramsés II, emisario en el extranjero y jefe de arqueros. Se puede apreciar el techo resquebrajado que debía ser remozado antes de que los arqueólogos pudieran aventurarse por debajo, donde se encontraba una estancia colmada de arena. Los muros están decorados con dioses con cabeza de animal e inscripciones del Libro de los Umbrales, una guía al más allá.

guiente. Para entonces, Ramsés tendría tiempo de reunir y organizar sus tropas. Aun así, fue incapaz de superar el enorme poderío militar que Muwatallis logró concentrar. Tras horas de lucha, ninguno de los dos contendientes pudo alzarse con la victoria. Estando así las cosas, Muwatallis mandó mensajeros para tratar un cese de las hostilidades, que tanto Ramsés como sus comandantes aceptaron.

Ramsés explotaría el hecho de que los hititas habían sido los primeros en pedir paz para reclamar la victoria. Pero cuando regresaba con su ejército hacia Egipto, Qadés quedó bajo control de los hititas, quienes estrecharon su cerco de poder en Siria, instalando un gobierno títere en el disputado territorio de Amurru. Posteriormente, Muwatallis avanzó hacia el sur para ocupar la provincia egipcia de Upi. Nada de todo esto impidió a Ramsés presentar la campaña de Qadés como un glorioso triunfo personal. Quizá fueron sus reivindicaciones las que provocaran un cierto movimiento de favor en los acontecimientos posteriores. El caso es que un sorpresivo desafío desde Asiria —nuevo poder emergente al este de su imperio—, impidió a Muwatallis proseguir con los éxitos cosechados en Siria.

Con el tiempo, Ramsés recuperó las posiciones egipcias en levante. La provincia de Upi fue retomada en el 1283 a. C., y al año siguiente Ramsés penetró con sus tropas en el dominio hitita al norte de Qadés, sin detenerse en esa ciudad. Un año más tarde se adentró en el norte de Siria, mostrando gran coraje y cierta temeridad en el sitio de Dapur, donde según inscripciones en los templos de Luxor y Ramesseum, «pasó dos horas atacando la ciudad hitita sin vestir su cota de malla». Los egipcios consumaron estas campañas con cierta impunidad debido a la crisis de sucesión por la que estaba pasando el imperio hitita. Muwatallis había muerto sin sucesor y la corona pasó al hijo todavía imberbe de una de sus concubinas, quien asumió el poder bajo el nombre de Mursilis III. Pero el joven e inexperto monarca fue totalmente ensombrecido por su tío Hattusilis, el hombre fuerte del ejército nacional. Mursilis, temiendo un golpe de estado en su ausencia, no osó abandonar la tierra para encabezar el ejército contra los egipcios y delegó en sus subordinados la defensa de los territorios en disputa.

Aunque Ramsés consiguió así toda la ventaja táctica, no logró un botín sustancial con las campañas en Siria. Al final de cada contienda, tras la partida de las fuerzas egipcias, los territorios conquistados

DESENTERRAR LA CAPITAL PERDIDA DE RAMSÉS

Pi-Ramsés vuelve a ser motivo de maravilla desde que un equipo de arqueólogos, liderado por el alemán Edgar Pusch, empezó a desenterrar las ruinas de la gran capital del faraón en el delta. La ciudad había sido creada por Ramsés con la intención aparente de desplazar el foco del poder egipcio más cerca del centro comercial del Mediterráneo oriental.

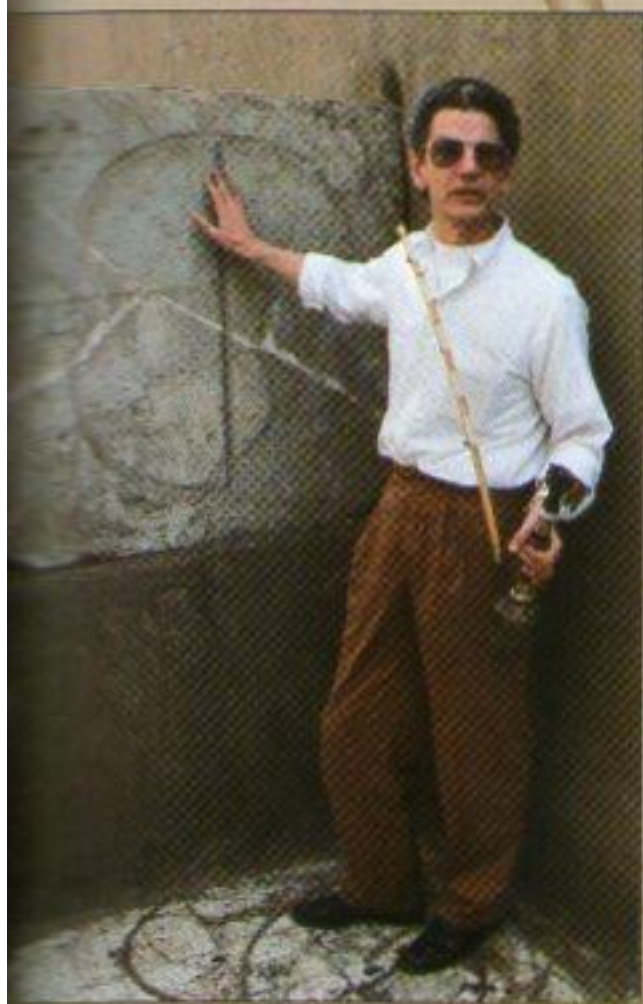
Los hallazgos son extraordinarios. Entre ellos se encuentra un recinto de unos 15 km² —la mitad de Pi-Ramsés— diseñado como ciudadela, con talleres, campos de perforación y establos para los carros en los que también se guardaban los caballos.

Al principio, los arqueólogos estaban confundidos por el hallazgo de restos hititas en el lugar, restos que comprendían lanzas y puntas de flecha, cotas de malla y moldes para escudos de metal —como la silueta reproducida aquí. Los hititas habían sido enemigos de los egipcios durante décadas, pero los arqueólogos comprobaron que estos hallazgos procedían del período de paz, sellado con el acuerdo de las dos superpotencias en el 1270 a. C., y sancionado más tarde con la unión matrimonial entre Ramsés II y una princesa hitita. Probablemente, los objetos habían llegado a Pi-Ramsés con la misma princesa.

Otra sorpresa se produjo cuando el equipo alemán halló un horno de fundición de unos 15 m de longitud. Los estudiosos sabían de fuentes escritas y pictóricas que los egipcios conocían la técnica para fundir metal, pero nunca soñaron con una tal capacidad para producirlo. Estas fundiciones demostraban que en Pi-Ramsés se podían producir varias toneladas de bronce al día, más que suficiente para poder armar a las tropas del faraón.



Arqueólogos intentando extraer un pilar de base octogonal en una fundición de Pi-Ramsés. Se puede calibrar la gran capacidad de producción de estos hornos no sólo por su tamaño, sino por los restos encontrados en la zona, que incluyen fragmentos de estatuas y otras piezas casi enteras.



Con una pipa de agua egipcia en una mano, el arqueólogo alemán Edgar Pusch señala un molde usado para la manufactura de escudos de estilo hitita, encontrado en Pi-Ramsés. El molde se usaba para configurar tiras de bronce que luego se soldaban a los bordes del escudo para reforzarlos.

solían invertir el resultado, restaurando sus anteriores alianzas hititas. El único modo con que Ramsés podría haber asegurado su lealtad hubiera sido instalando una fuerza de ocupación permanente parecida a la que ya había impuesto en Nubia o, aunque menos, en Canaan. Pero los motivos que hacían inviable una solución de este tipo en el norte de Siria eran tantos que Ramsés, consciente de la inutilidad de otras aventuras militares, se abstuvo de emprender nuevas campañas.

La situación iba a cambiar de nuevo en la década siguiente, cuando la rivalidad entre Mursilis y Hattusilis dio lugar a una guerra civil de la que el segundo saldría victorioso, forzando el exilio de su adversario. En tal extremo, Mursilis se dirigió al viejo enemigo de su patria para conseguir ayuda. Viajó hasta Pi-Ramsés y pidió consejo al faraón egipcio para recuperar el trono.

Hattusilis estaba ahora en una posición delicada. Con la amenaza asiria en el este, se enfrentaba también a la posibilidad de un ejército egipcio invasor —con el inconveniente adicional de Mursilis— que atraería las simpatías de parte de su gente. De este modo, el anciano militar prefirió la derrota armada procurando una solución pacífica del conflicto. Dieciséis años después de la batalla de Qadés, en el invierno del 1270 a. C., empezaron las negociaciones entre los dos superpoderes: seis consejeros reales egipcios e hititas llegaron a Pi-Ramsés para limar las diferencias que dividían a los dos países.

El tratado de paz entre Ramsés y Hattusilis fue a todas luces un logro extraordinario. Aunque no se hacía mención específica al trazado fronterizo, Ramsés cesó en sus pretensiones sobre Qadés y Amurru. A cambio, Egipto se aseguró el control sobre las costas mediterráneas orientales, así como el acceso a puertos del norte tan lejanos como Ugarit, donde ningún emisario egipcio había puesto el pie durante más de un siglo. Además, las dos potencias accedieron a un pacto de no agresión, comprometiéndose a una ayuda mutua en caso de ataque por parte de un tercero. Otra cláusula relativa a la extradición de fugitivos especificaba que aquellos de menor rango podrían regresar a su tierra sin sufrir represalias. El privilegio no afectaba a los «grandes hombres», quizá porque Hattusilis no contemplaba la posibilidad de que Mursilis pudiera gozar de esa inmunidad.

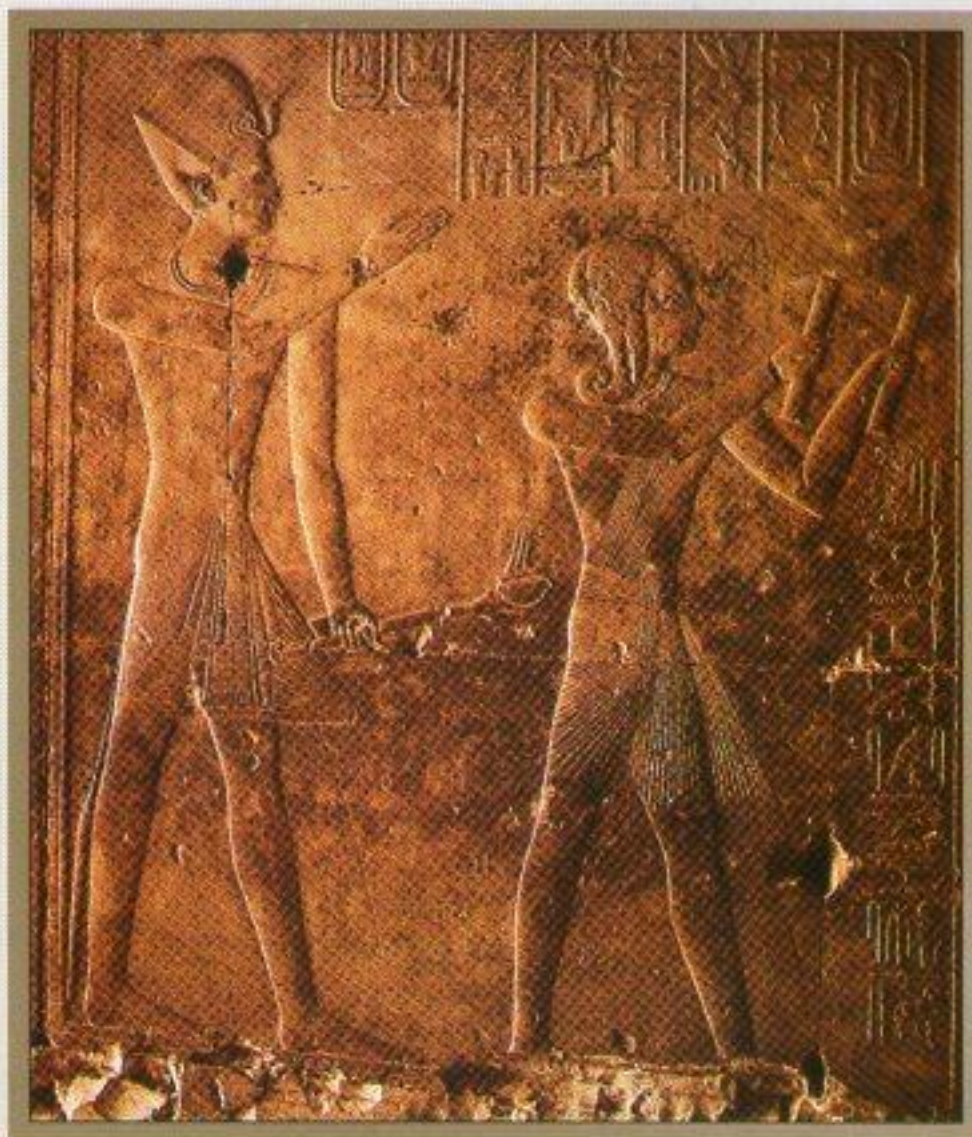
Los aspectos formales del tratado eran tan notables y avanzados a su época como el contenido. Los términos del mismo fueron lleva-

dos a Pi-Ramsés inscritos en una tableta de plata, se hicieron copias en papiro para los archivos nacionales egipcios, al tiempo que Ramsés los hizo grabar sobre los muros de Karnak y del Ramesseum, donde todavía hoy pueden contemplarse. Para asegurarse la obediencia de las cláusulas del tratado, los dioses de cada nación fueron invocados como testimonios del pacto.

Durante años, las únicas versiones conocidas del tratado fueron las egipcias. Los historiadores se limitaban a suponer que los hititas habían conservado copias similares en su corte, sin tener prueba de ello. No fue hasta agosto de 1906 que un arqueólogo alemán, Hugo Winckler, hizo un descubrimiento excepcional mientras excavaba en Hattusas, el emplazamiento de la antigua capital hitita. Un auxiliar le entregó allí una recién desenterrada tableta de arcilla escrita en babilonio –el lenguaje diplomático internacional de los tiempos del nuevo imperio. Winckler era un especialista en lenguas antiguas, y no tardó en darse cuenta de que estaba leyendo los términos del tratado entre Hattusilis y Ramsés, tal como había sido inscrito a manera de jeroglífico en Karnak, casi 2.000 kilómetros al sur. Había encontrado la copia hitita del tratado cerca de 3.000 años después del acontecimiento, y lo recordaba como un instante mágico sacado de *Las mil y una noches*: «todas mis vivencias anteriores palidecieron a la luz de ésta».

Como prueba ulterior de su compromiso, los mandatarios intercambiaron cartas de felicitación, al igual que hicieron sus esposas. La corte hitita recibió, asimismo, la salutación oficial de la reina madre, del príncipe y del visir de Tebas. Mientras Ramsés observaba el vaivén de los emisarios entre las dos cortes, endulzando las negociaciones con regalos de fina pedrería y tejidos, debió de sentir una satisfacción doble. En sus pasados enfrentamientos con los hititas había mostrado su valor y poderío como guerrero; ahora, tras un gesto que le honraba como hombre de estado, se disponía a gozar de los frutos del período de paz recién inaugurado.

UNA MANSIÓN PARA LOS DIOSES



El faraón y sus súbditos vivían en casas hechas de ladrillo y madera que se desmoronaron hace tiempo. Los templos de los dioses dieron mejor resultado. Estaban hechos de piedra y concebidos para la eternidad, razón por la que tantos de ellos han llegado hasta nuestros días como el testimonio en ruinas de un tiempo inmemorial.

Entre los mayores y más hermosos templos se encuentra el santuario nacional empezado por Sethi I y terminado por su hijo Ramsés II, en Abydos, centro de culto a Osiris, dios de los muertos y la vegetación. En este enclave, a unos 170 kilómetros al norte de Tebas y presunto lugar de reposo de Osiris, se concentraban fieles venidos de todos los puntos del país.

La elección de Abydos como enclave para el templo refleja el deseo del faraón por reforzar su legitimidad. Ni su padre, con quien había empezado la XIX dinastía, ni su madre, eran de sangre real. En tal caso, ¿qué podía favorecer más a

Sethi que vincular su nombre con el del dios cuyo culto parecía ser tan viejo como el propio Egipto? Bajo el mando de Akhenatón, se había olvidado a los antiguos dioses en favor de una única deidad, Atón. Ahora, Sethi podía presentarse como el restaurador del antiguo esplendor imperial con el nuevo templo que estaba erigiendo a los dioses tradicionales.

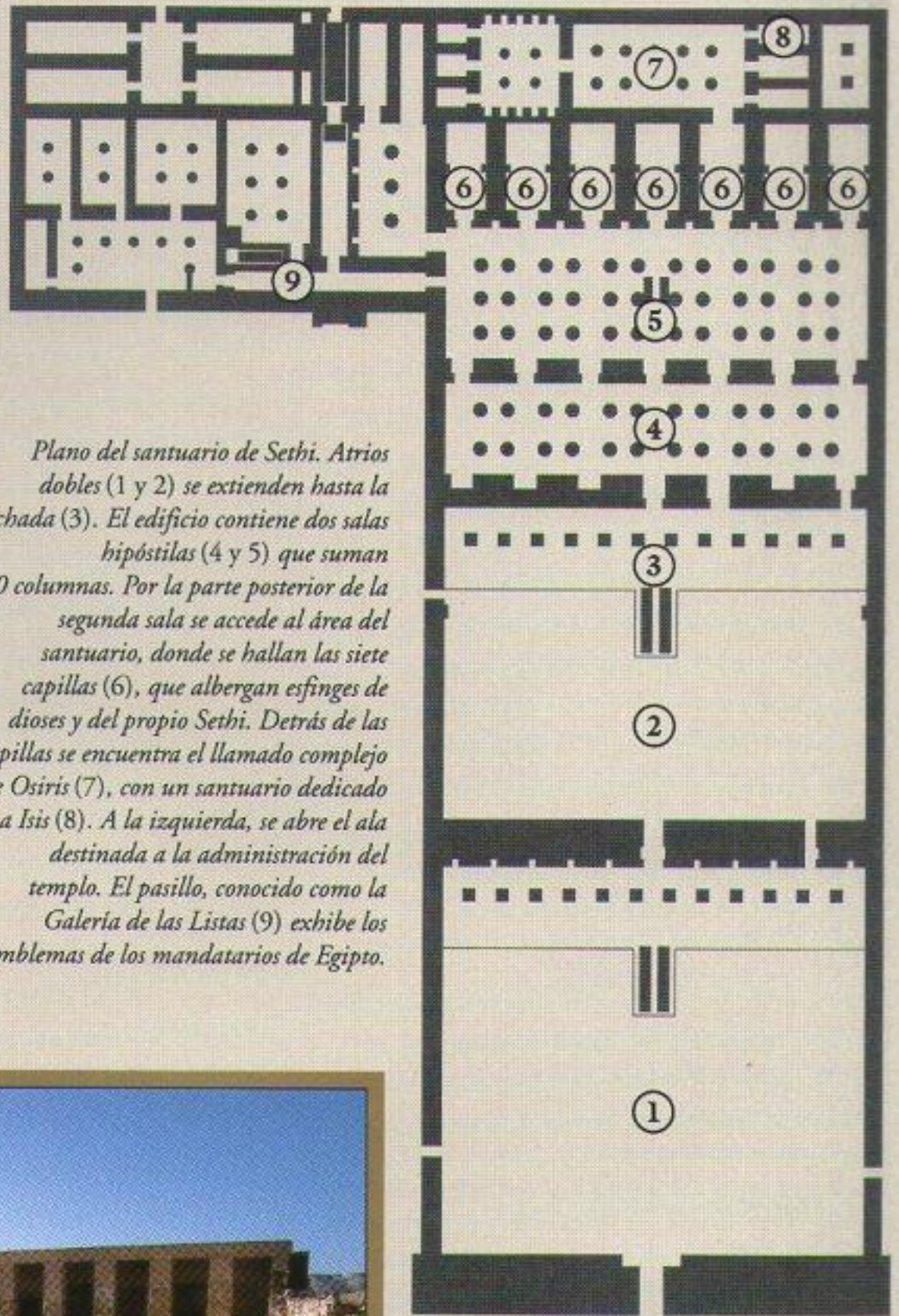
Aprovechando la ocasión, Sethi encargó la incisión de su imagen con el heredero sobre los muros del santuario (*arriba*), en el que presidían una larga lista de reyes de Egipto que se remonta hasta Menes, unificador del país 1.600 años atrás. Sethi legitimaba, de este modo, su posición de poder.

Los egipcios veían al faraón como el mediador entre los mortales y los dioses. Si construir el templo redundaba en provecho de Sethi, también lo hacía en el de sus súbditos como invitación a los dioses para que bendijeran a Egipto y sus habitantes con larga vida y buenas cosechas.

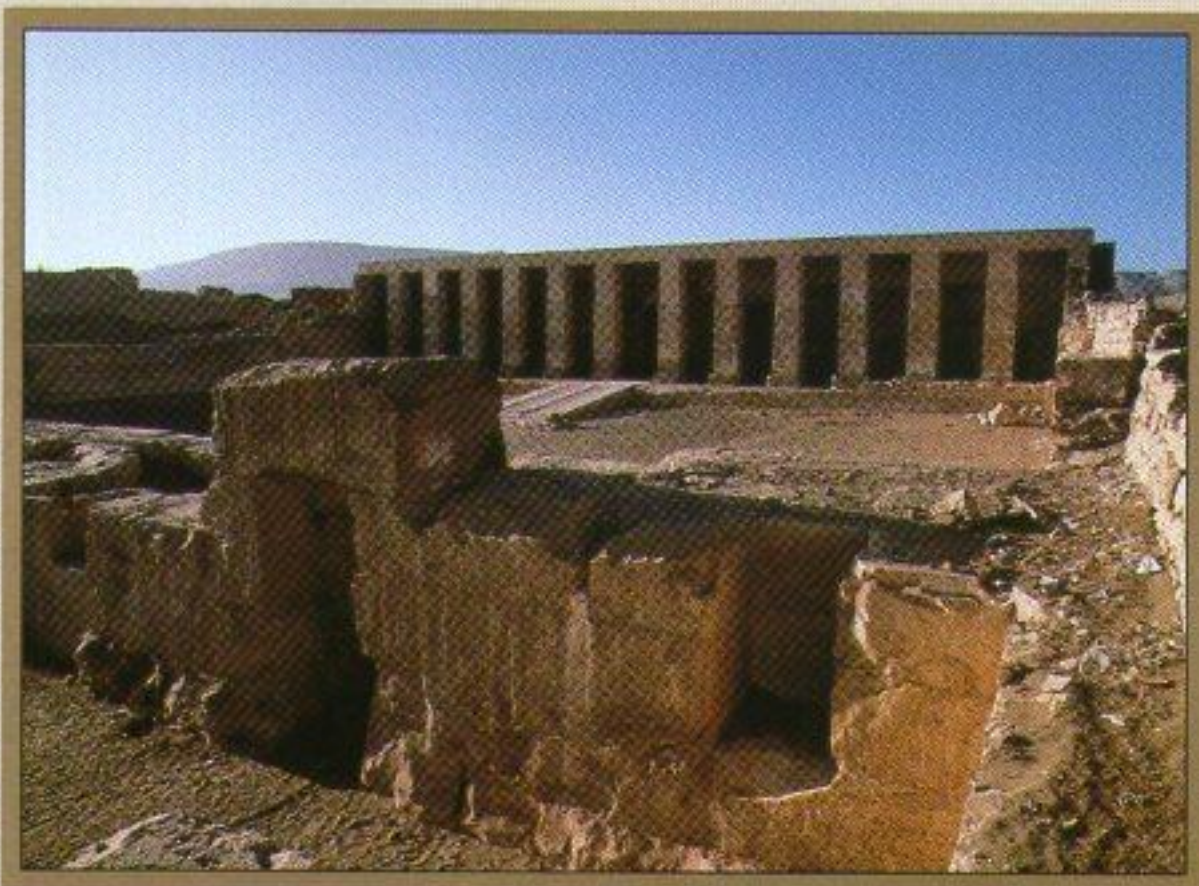
UNA ISLA DE CREACIÓN

La arquitectura del templo de Sethi, como la de los otros templos del país, derivaba de la estructura de cañizo que según el mito había surgido en el montículo primigenio donde se originó la vida. Éste había brotado de las aguas y la oscuridad para convertirse en la casa de un halcón divino, al que albergarían en un templo protector de cañizo.

Siguiendo las pautas de la tradición, el templo de Sethi comprendía atrios y columnatas que llevaban hasta el santuario, donde siete pequeñas capillas evocan con sus dimensiones y techos abovedados aquella estructura original de cañizo. Sin embargo, el esquema de Sethi (*derecha*) se apartaba de la tradición con una planta en forma de L en lugar de la clásica planta rectangular. Por su parte, el ala del templo, que solía destinarse a la administración del mismo, se hizo particularmente necesaria tras construir un memorial dedicado a Setis y Osiris en la parte posterior con la idea de dedicarlo a uso habitacional.

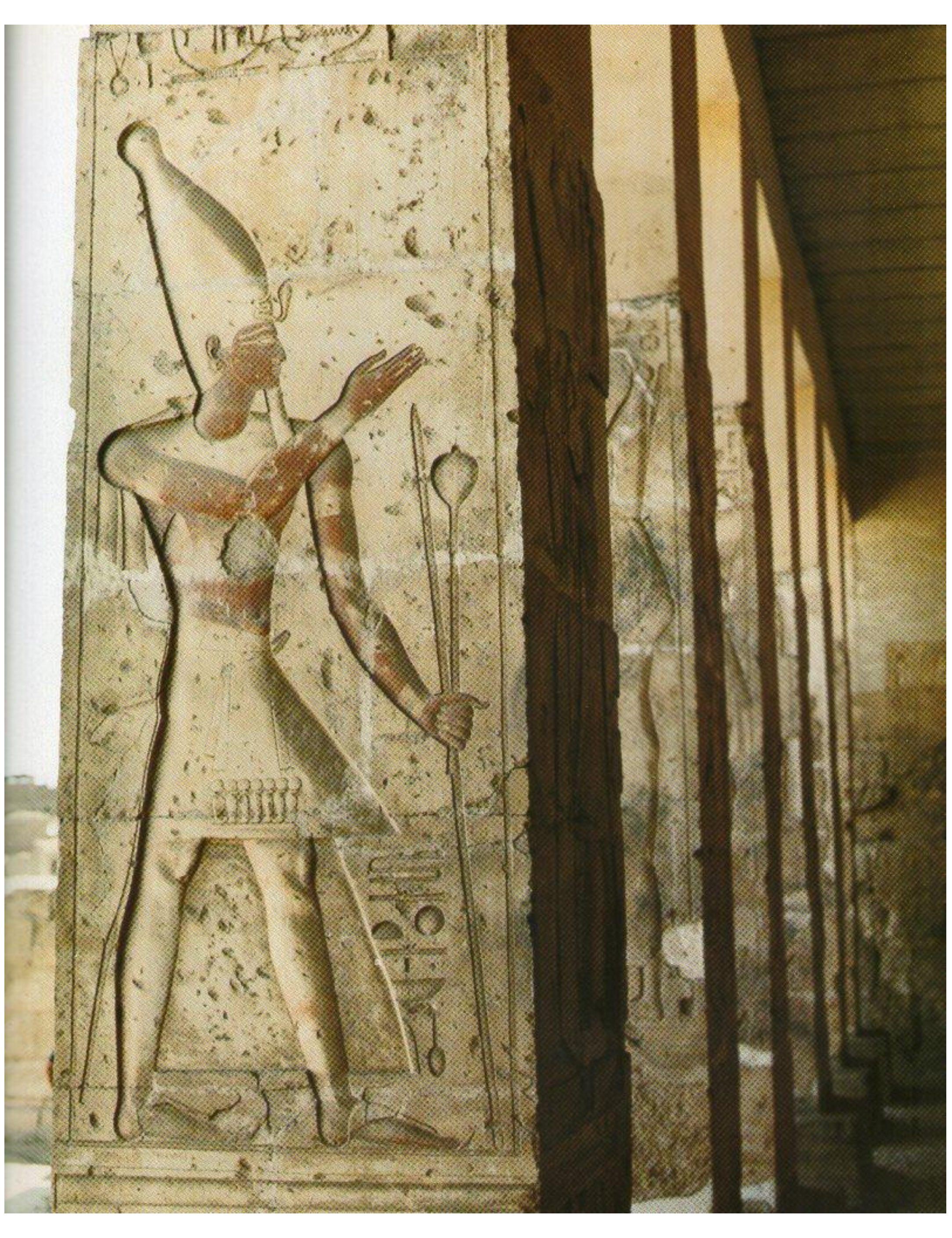


Plano del santuario de Sethi. Atrios dobles (1 y 2) se extienden hasta la fachada (3). El edificio contiene dos salas hipóstilas (4 y 5) que suman 60 columnas. Por la parte posterior de la segunda sala se accede al área del santuario, donde se hallan las siete capillas (6), que albergan esfinges de dioses y del propio Sethi. Detrás de las capillas se encuentra el llamado complejo de Osiris (7), con un santuario dedicado a Isis (8). A la izquierda, se abre el ala destinada a la administración del templo. El pasillo, conocido como la Galería de las Listas (9) exhibe los emblemas de los mandatarios de Egipto.



Visto desde las ruinas de un pilón, el templo de Sethi se yergue imponente. El edificio fue reconstruido en tiempos recientes después de un derrumbamiento provocado por el canal sobre el que se construyó el santuario. El canal se había construido presumiblemente para transportar piedra hasta el lugar.

Las columnas de la fachada alternan imágenes de Ramsés II. A pesar de que el templo estaba dedicado a su padre, Ramsés se glorificó a sí mismo al acabarlo, adornando los muros del primer atrio con escenas de sus victorias.



MUROS QUE HABLAN EN UN BOSQUE DE COLUMNAS

Para los egipcios un templo era un organismo viviente. Los relieves y jeroglíficos indicaban rituales que habrían ayudado a Egipto a evitar el caos imperante antes de que el montículo primigenio surgiera de las aguas.

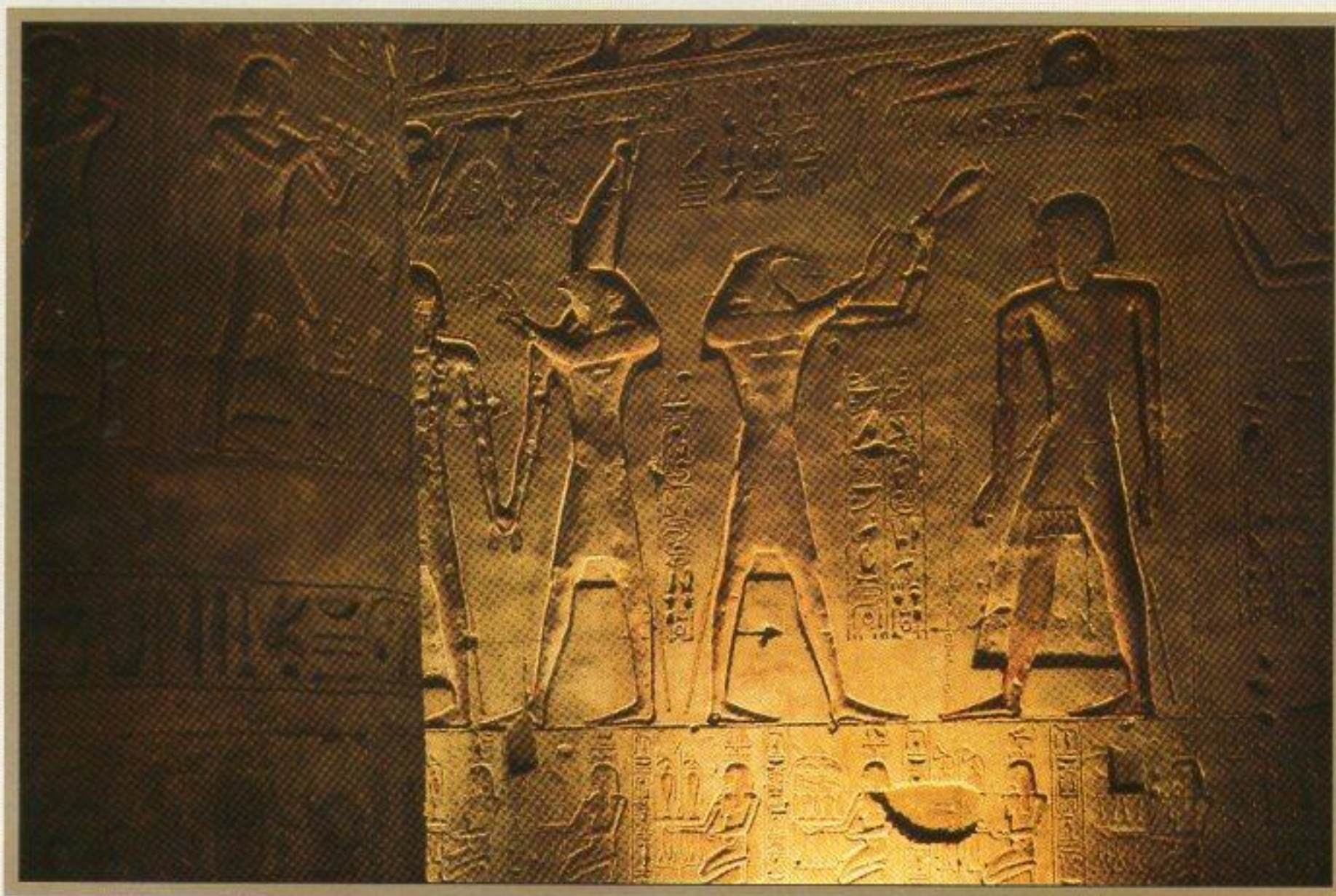
Los fieles creían que los humanos y el templo original habían sido creados en la llamada Primera Ocasión, y que la dinámica del mundo y sus valores —la dignidad, la ética, la ley y la religión— se originaron también por entonces.

En la medida en que al principio

todo fue perfecto, los faraones y sacerdotes se esmeraron en perpetuar aquellas condiciones intentando complacer a los dioses con plegarias frecuentes y ofrendas de vino y comida. Los relieves que mostraban aves, bueyes descuartizados, verduras, frutas y otras delicias eran considerados por magia inmanente una nutrición perpetua para los dioses. «Toma este pan que está caliente —reza una inscripción—, esta cerveza, estos manjares selectos que el rey ha dispuesto para ti.»

No es de extrañar, pues, que Sethi

y Ramsés decoraran el templo de Abydos desde el suelo hasta el techo con escenas que mostraban a los faraones cumpliendo diversas obligaciones religiosas en compañía de los dioses. Padre e hijo creían que se reencarnarían en Osiris y serían adorados como inmortales. Tras la muerte de los mandatarios correspondía a los sacerdotes repetir diariamente los viejos rituales con el fin de que, al igual que los faraones y las mismas deidades, la sociedad egipcia en su conjunto «pudiera existir tanto el cielo durase, para siempre jamás».



Un relieve en el interior de la primera sala hipóstila muestra a Ramsés siendo purificado por Thoth, dios de la sabiduría, que le vierte agua —representada por anillas, símbolo de la vida. A la izquierda, el rey recibe el aliento divino de Horus, hijo de Osiris.

Rampas y escalones cruzan la columnata. Al emplazar el santuario a un nivel superior respecto de las salas hipóstilas, los constructores evocaban la isla de la creación, enclave del primer templo.



DONDE SÓLO PENETRAN REYES Y SACERDOTES

Como casa de los dioses, la entrada al templo de Sethi estaba limitada al faraón, los sacerdotes y algunos oficiales, aunque en contadas ocasiones la gente común podía ser admitida en los atrios. El ámbito más sagrado del recinto eran las siete capillas posteriores y las estancias donde se observaba el culto a Osiris.

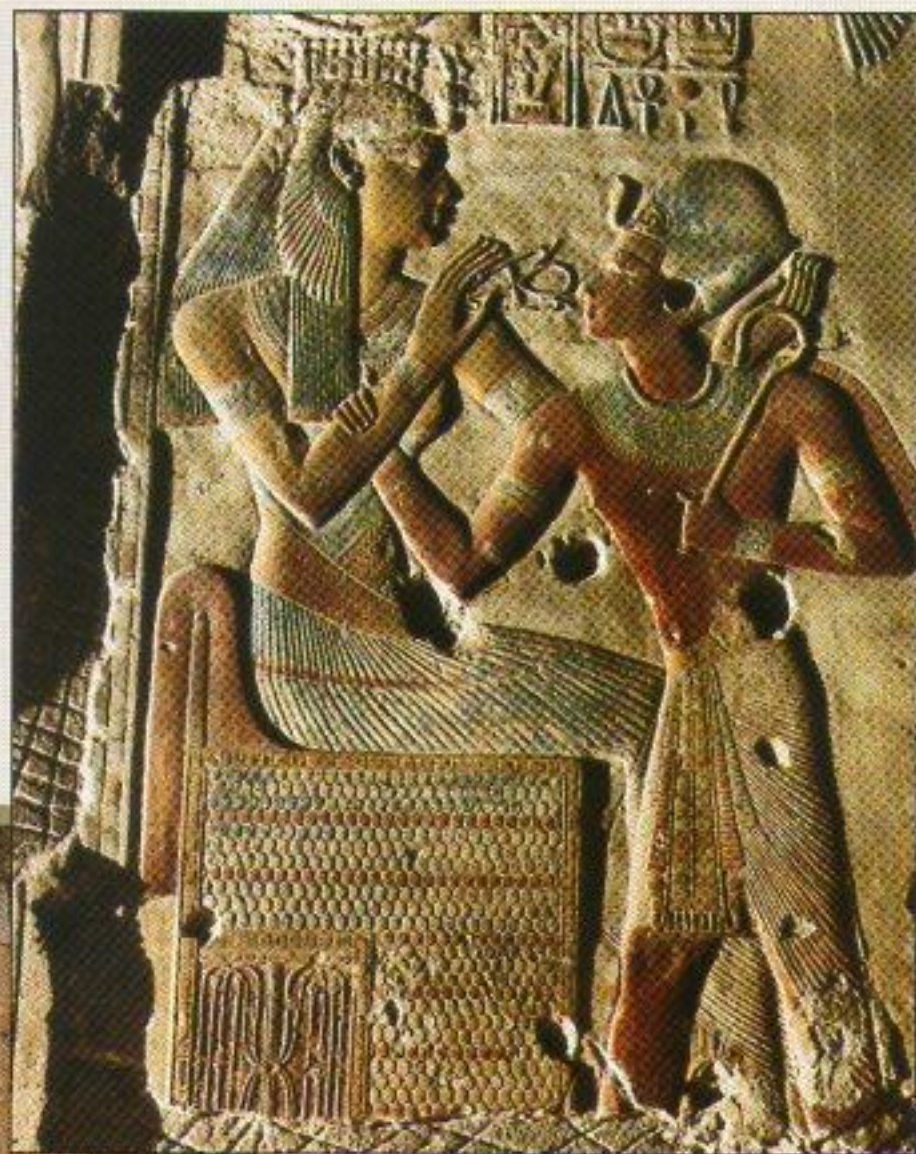
Según las creencias egipcias, el espíritu de los dioses habitaba esas capillas, aunque para facilitar el culto estaban representados por estatuas que recibían un cuidado diario más propio de personas de carne y hueso. Los sacerdotes les envolvían en nubes de incienso, les bañaban, les vestían con ropa limpia y les ofrecían comida y bebida.

Aunque la poca luz del templo haría difíciles de ver muchas de las escenas representadas en la parte superior del alto muro frente a las capillas, Sethi no olvidó en ellas detalle alguno, más pre-

ocupado por complacer a los dioses que la curiosidad de los mortales. Estos relieves presentan al faraón cumpliendo con sus numerosas obligaciones religiosas, ayudado por los jeroglíficos que describían las plegarias y los conjuros.

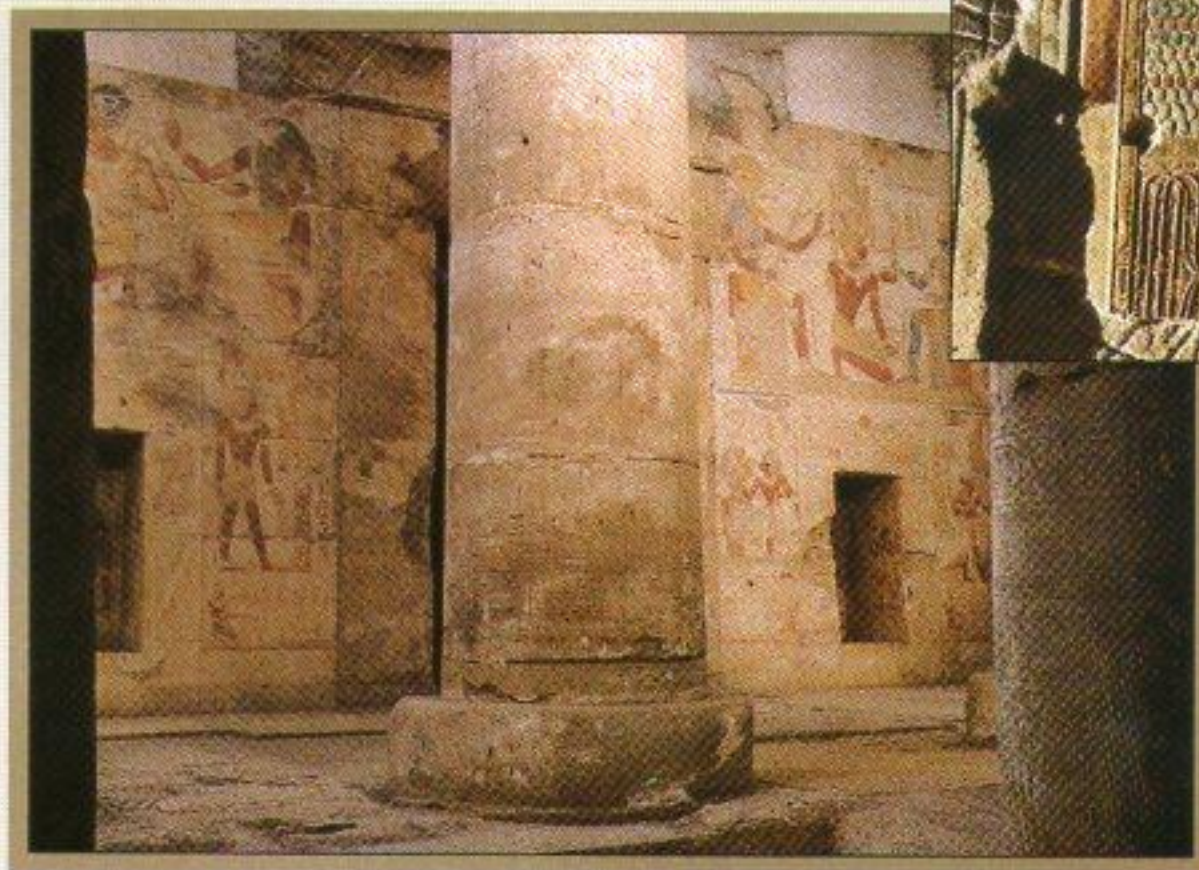
Los artistas del faraón marcaban la

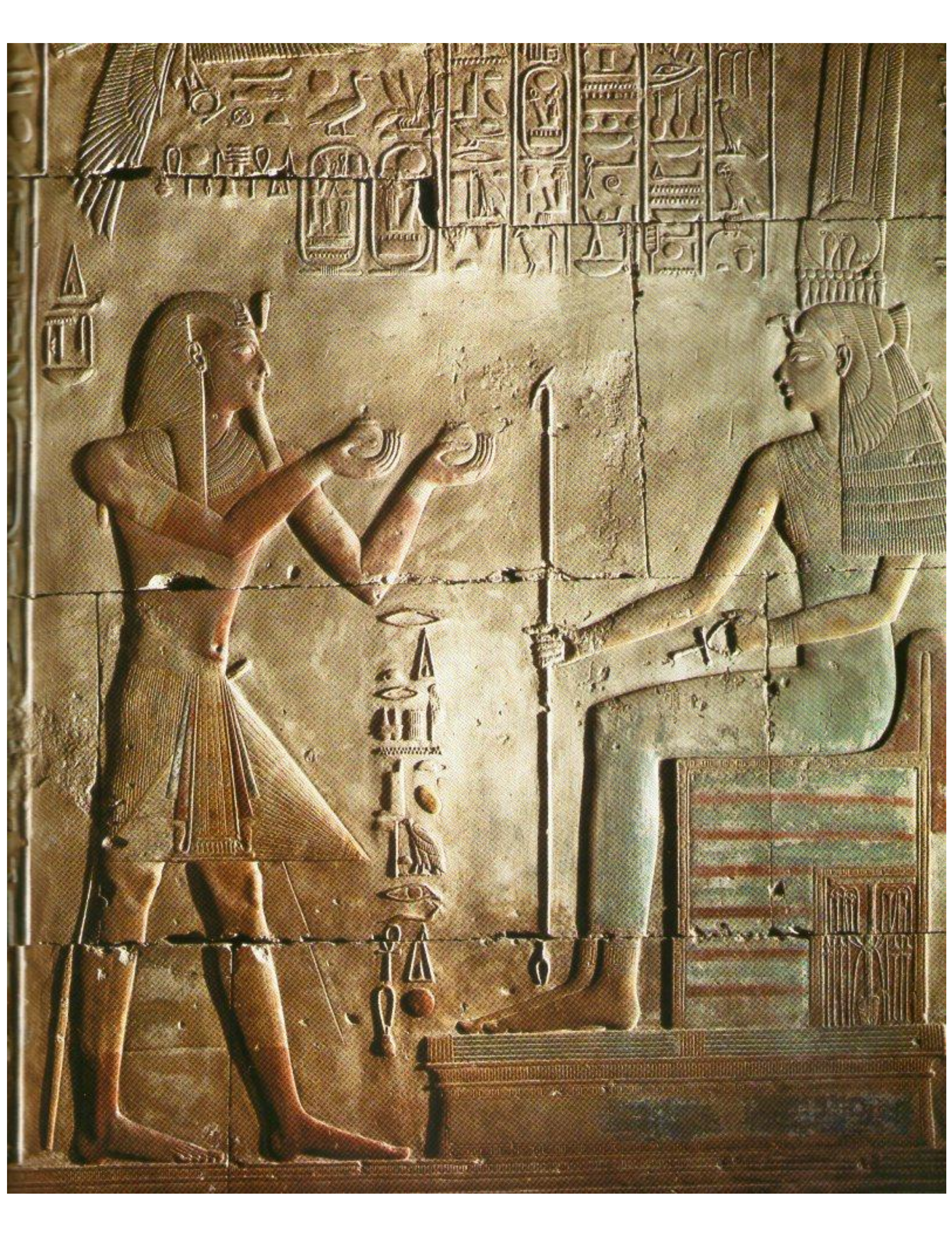
silueta de las figuras que luego procedían a esculpir sobre la piedra, generalmente en perfil de tres cuartos. Este enfoque reflejaba la visión egipcia de la eternidad: la perfección y naturaleza inmutable de todas las cosas desde el principio de los tiempos.



Escondida detrás de una columna (izquierda) se halla la capital central del dios primero, Amón. En los nichos del otro lado se alzaban probablemente estatuas de otras divinidades. Estos relieves figuran entre los más bellos de Egipto, como el que aparece aquí arriba, donde Iusas, compañero del dios creador Atum, insufla un hálito de vida a Sethi.

En el santuario de Isis, hermana y esposa de Osiris, Sethi le ofrece dos copas de vino. Para las decoraciones del templo, se practicaron relieves más delicados y difíciles que las tallas promovidas por Ramsés en sus templos.

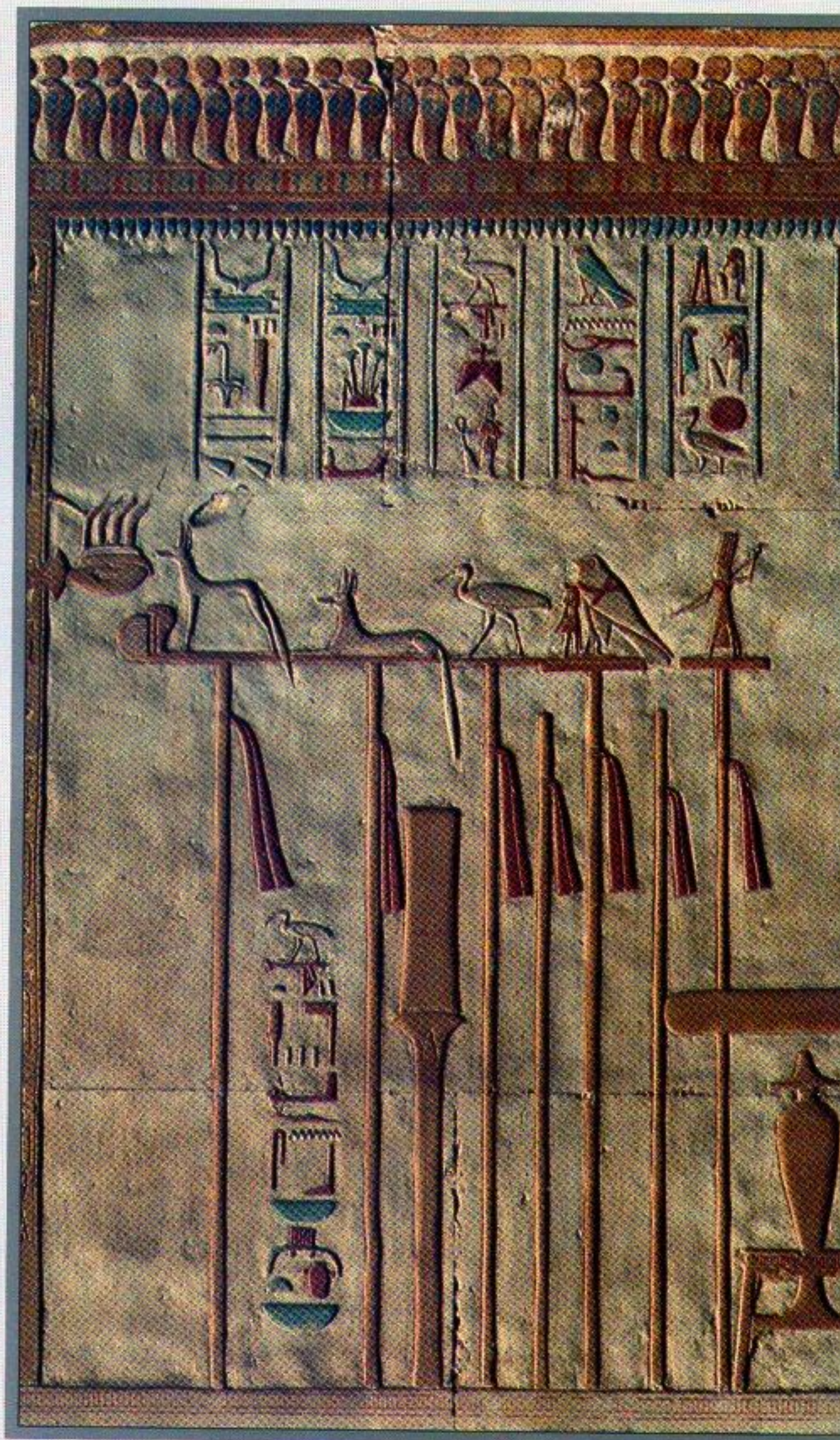


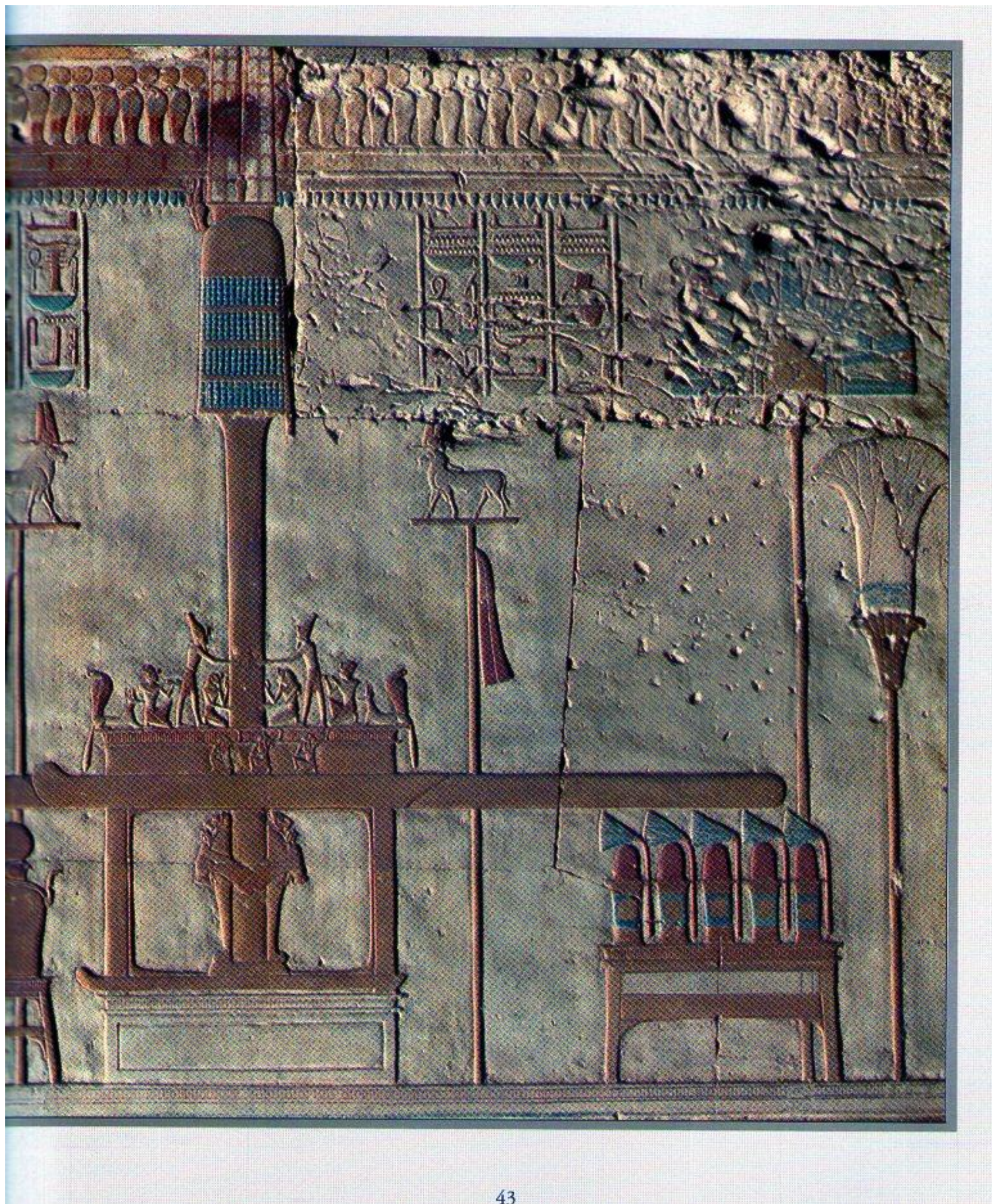


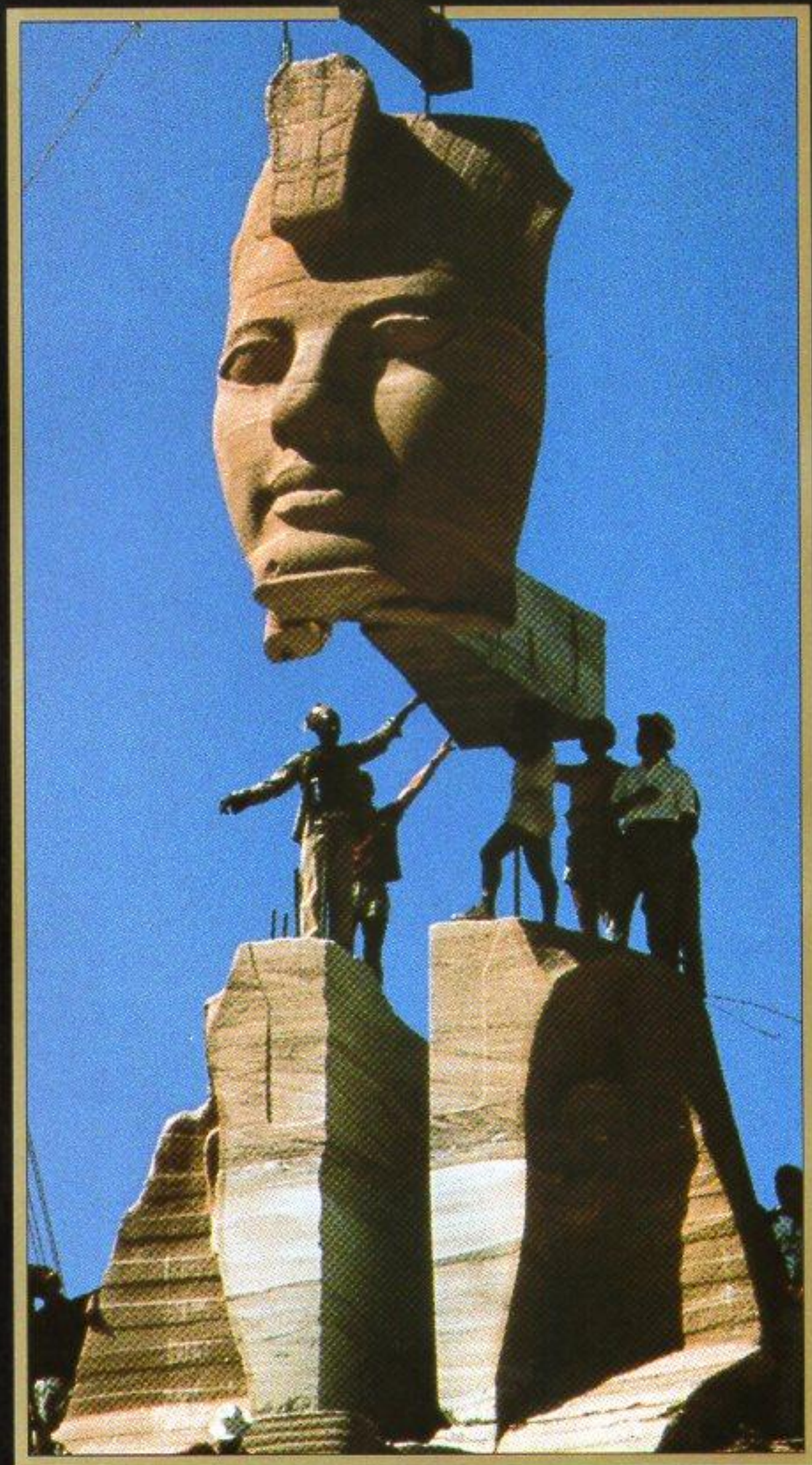
EN EL REINO DE LA MAGIA Y LOS SÍMBOLOS

Los muros del templo de Sethi estaban impregnados de significación simbólica. La escena de la derecha, procedente de la capilla de Osiris, muestra a los oficiales en procesión funeraria, encabezados por los dioses del más allá. Las deidades están representadas con forma de animal. Wepwawet, que simbolizaba al Alto y Bajo Egipto, aparece aquí dos veces con forma de perro. El primer modelo, a la izquierda, aparece con una serpiente encaramada, un animal vinculado a la eternidad por su hábito de mudar la piel. El segundo modelo aparece reclinado. En Abydos, los emblemas de Wepwawet presidían las procesiones solemnes, de cuya parafernalia tenemos una muestra en este mural. El objeto a manera de raqueta que aparece debajo de la segunda figura Wepwawet es un *sekhem*, el emblema de Anubis, dios de los muertos. Sobre la tercera estaca, se yergue Horus, junto a Onuri-Shu, un dios local. La columna que domina la escena es el relicario de Osiris, que supuestamente contenía su cabeza. Emplazado sobre un santuario, este relicario había sido llevado en procesión a través de una multitud atónita.

A la izquierda aparece un bol de incienso, «el sudor de los dioses caído en la tierra», purificando la escena. A la derecha, un manojo de lotus azul sobre una mesa colmada de jarras con ungüentos como expresión de esperanza en la regeneración después de la muerte.







LA OBSESIÓN MONUMENTAL POR UNO MISMO

A comienzos del siglo XIX, el afamado viajero y arabista suizo, Johann Ludwig Burckhardt, llevó a cabo una travesía Nilo arriba hacia las tierras de Nubia. Lejos de Asuán descubrió una cabeza de piedra colosal asomando por la arena de la orilla. Burckhardt quedó atónito ante ese rostro gigantesco «cuya expresividad y joven semblante lo aproximan al modelo griego de belleza más que cualquier otra figura egipcia que haya visto antes». De hecho, acababa de descubrir una de las cuatro enormes cabezas del faraón Ramsés II —las tres restantes permanecen enterradas bajo toneladas de arena amontonada durante siglos. Aunque Burckhardt no podía saber lo que se encontraba debajo, con notable clarividencia escribió: «Si pudiéramos retirar toda esta arena, aparecería un gran templo.»

Unos años después, en 1817, el inventor y arqueólogo aficionado italiano, Giovanni Belzoni, siguiendo lo descrito por Burckhardt, excavó hasta desenterrar el templo de Abu Simbel, tal como se le conoce hoy. Después de 22 días de excavar bajo un sol asfixiante, Belzoni y su equipo pudieron contemplar «cuatro colosos sedentes, los mayores en Egipto y Nubia, sin contar la gran esfinge de las pirámides, a la que se acercan en una proporción de casi dos tercios».

A medida que la excavación procedía, se abrió una puerta interpuesta entre las estatuas. Al penetrar en su interior, Belzoni descubrió

Trabajadores procediendo a la recolocación de una cabeza de 21 toneladas de Ramsés II, destinada al templo de Abu Simbel, uno de los mayores logros del faraón. El complejo del templo fue rescatado de su inundación por las aguas de la presa de Asuán, que se construía para controlar el cauce del Nilo.

varias estancias excavadas en la roca, y se apercibió de la magnitud del hallazgo: «Era un gran espacio, y nuestra sorpresa aumentó cuando resultó ser uno de los templos más deslumbrantes de Egipto, decorado con relieves, murales, figuras colosales...»

Belzoni intentó esbozar algunas de las impresionantes escenas guerreras esculpidas en relieve, pero «el calor era tan grande que apenas nos permitió hacer algunos dibujos, mientras la transpiración de nuestras manos bañaba completamente el papel. Al final, abandonamos la operación para que exploradores más afortunados pudieran completarla a medida que el espacio fuera resultando más fresco». Dado que el desciframiento de los jeroglíficos estaba todavía por resolver, Belzoni no pudo conocer la identidad del hombre que hizo construir el templo y cuya imagen se asomaba por doquier. No iba a ser, de todos modos, el primer encuentro de Belzoni con las glorias del pasado egipcio.

Una fotografía de finales de siglo muestra una estatua gigante de Ramsés yaciendo en un palmeral en el enclave de Menfis. Éste era uno de los 11 colosos de sí mismo que Ramsés encargó para presidir el templo de Ptah, dios de los artesanos.



El año anterior, Belzoni ya había visto otra piedra de grandes dimensiones que se erigía sobre la orilla occidental del Nilo, al otro lado de Tebas, unos 500 kilómetros al norte de Abu Simbel. La estatua se hizo popular con el nombre erróneo de «el joven Memnón», pues se encontraba en el exterior de las ruinas de un templo que se creía ser el Memnonium. La obra impresionó vivamente a Belzoni: «Debo decir que su belleza superaba mis expectativas, aunque no su tamaño», escribiría más tarde.

La estatua había sido en el pasado una figura entera, pero los estragos del tiempo, el vandalismo y los terremotos ocurridos durante los pasados tres milenios, la habían reducido a cabeza y hombros. De todos modos, la sección semienterrada pesaba 7 toneladas, y arrastrarla hasta la orilla llevó 17 días de trabajo. Los arreos traídos desde El Cairo para la operación eran más bien precarios y constaban de 14 pértigas, 8 de las cuales se emplearon en construir una especie de carro para sostener el busto, 4 sogas hechas de hoja de palmera y 4 rodillos.

De los 80 trabajadores que Belzoni había pedido a las autoridades locales, sólo se presentaron unos cuantos, si bien al final acabaron trabajando unos 130. «Mediante cuatro palancas logramos levantar el busto hasta dejar un espacio vacante debajo para introducir el carro, que izamos un poco para colocar uno de los rodillos en la base. Repetimos la operación en la parte posterior y, finalmente, distribuí a los hombres en la parte anterior con las cuatro sogas.»

Durante el primer día, 27 de julio, Belzoni sólo logró desplazar el busto unos cuantos metros de su enclave original. Al día siguiente, rompió deliberadamente los basamentos de dos columnas del templo para facilitar el paso de su carga y avanzó, de este modo, unos 45 metros. Cuando ya se habían alcanzado los 135 metros, la estatua se hundió en la arena, obligando a practicar un rodeo de más de 250 metros para encontrar un suelo más firme. Este nuevo paso resultó ser mucho mejor y desde entonces se procedió con mayor celeridad. No obstante, con su exposición continuada al sol y la intemperie, así como las repetidas interrupciones debidas a la indisciplina de algunos trabajadores, Belzoni no pudo alcanzar el Nilo hasta el 12 de agosto. Por entonces, una barcaza cargó con el busto río abajo hasta Alejandría, donde sería embarcada hasta Inglaterra para su emplazamiento en el Museo Británico, en el que reposa hoy día.

Belzoni estaba justamente orgulloso de sus esfuerzos; nunca antes los cazadores de tesoros artísticos habían logrado levantar la enorme cabeza. Sin embargo, teniendo en cuenta que el busto sólo com-

prendía una fracción de la figura entera, su triunfo palidece ante el de los propios trabajadores de Ramsés, que habían excavado el monolito de una roca, esculpido y transportado la estatua desde la lejana cantera de Tebas.

A medida que las exploraciones en Egipto continuaban a lo largo del siglo XIX, cuando ya los estudiosos podían leer las inscripciones jeroglíficas, otras imágenes de Ramsés II fueron identificadas. La firma del rey, cartucho donde se leía «Usi-ma-re Setepenre» (Recto en Justicia es Re, Dispuesto por Re), se podía encontrar en estatuas, templos, estelas y obeliscos, desde el delta del Nilo hasta Nubia. Ningún mandatario antes o después –ni siquiera el gran constructor Amenhotep, ídolo de Ramsés– llegó a desarrollar una obsesión de este calibre por la propia imagen.

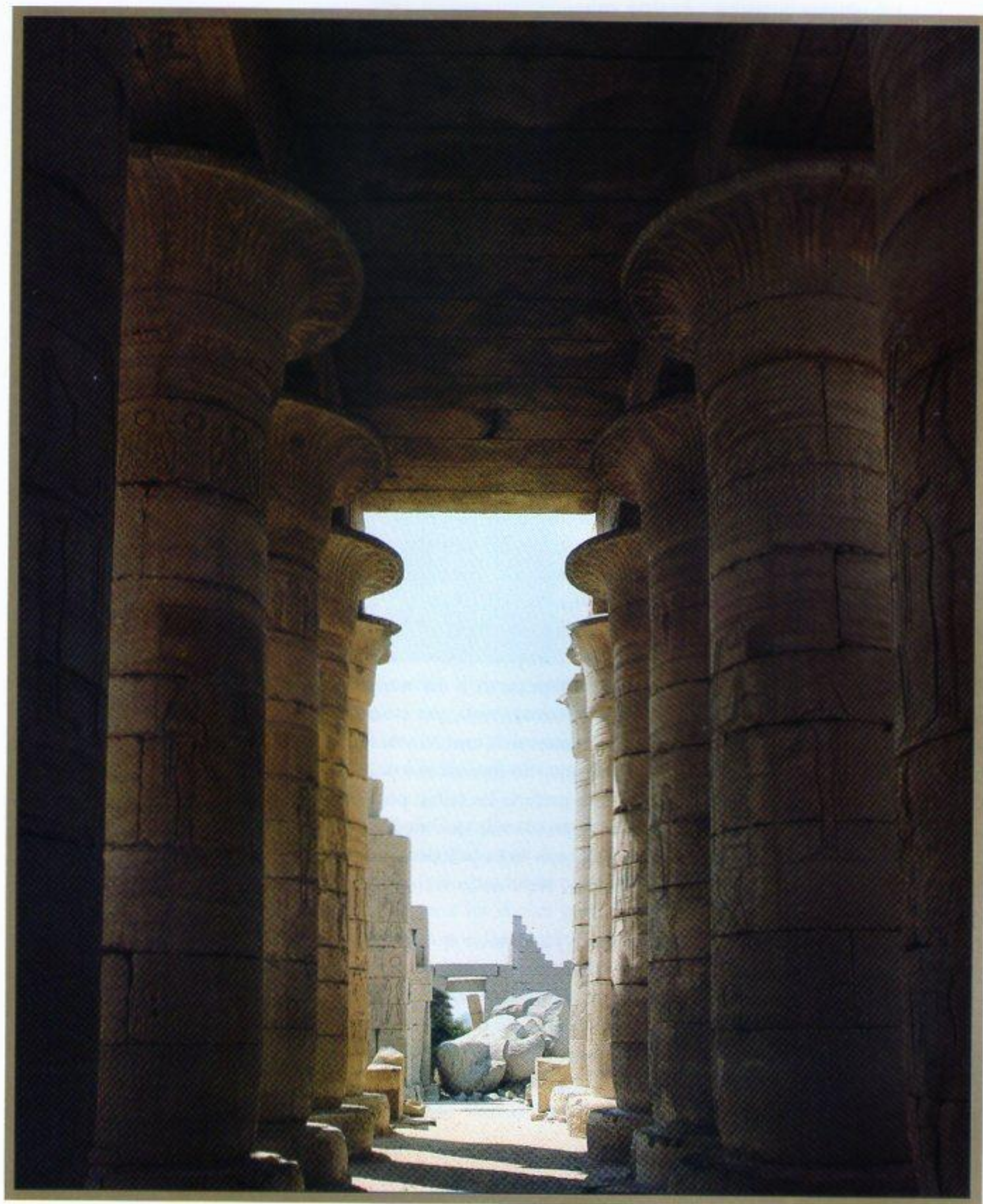
No por ello se debe considerar a Ramsés sustancialmente diferente de sus predecesores y sucesores al trono. Los mandatarios de Egipto no eran únicamente monarcas, educados por encima de los mortales para reinar sobre la tierra. El faraón era ante todo el mediador entre los dioses y las gentes del Nilo, un rol que tenía asignado desde los tiempos más remotos. Era, asimismo, el responsable de mantener la estabilidad en el mundo egipcio, defendiendo la justicia, el orden, la rectitud y la verdad. Este complejo armónico se reunía en el concepto de Maat, personificado por la diosa del mismo nombre, hija de Re.

La primera contribución de Re al Maat se daba con su mera existencia. Como rey, se le consideraba la encarnación terrenal del dios halcón Horus, y en su coronación asumía un nombre en que se reflejaba alguno de los atributos del dios. El padre de Ramsés había sido «Toro fuerte aparecido en Tebas» y «Proveedor de las Dos Tierras»; Ramsés escogió ser «Toro fuerte, amado por la verdad y la justicia». Al igual que tantos de sus predecesores, el faraón era asimismo «Hijo de Re», bajo la protección especial de ese dios.

Pero a lo largo de los milenios, la teología egipcia desarrolló una enorme complejidad; el faraón ejercía como dios Horus, ya que si lo hacía como hombre sólo ocupaba el poder el tiempo que durase su existencia. Cuando el faraón moría, su transmutación en divinidad estaba asegurada. Su sucesor, la siguiente encarnación de Horus, le enterraría. En ese momento el faraón se asimilaba con Osiris para reunirse con sus antepasados en el panteón egipcio. El culto del fallecido



Un artista se tomó la libertad de restaurar el rostro de Ramsés II en esta litografía de 1842, donde se recoge el fragmentado coloso sedente –Ozymandias–, emplazado en el primer atrio del templo funerario de Ramsés, el Ramesseum. En la fotografía de la derecha, las columnas enmarcan los pedazos de la escultura derribada por un terremoto.



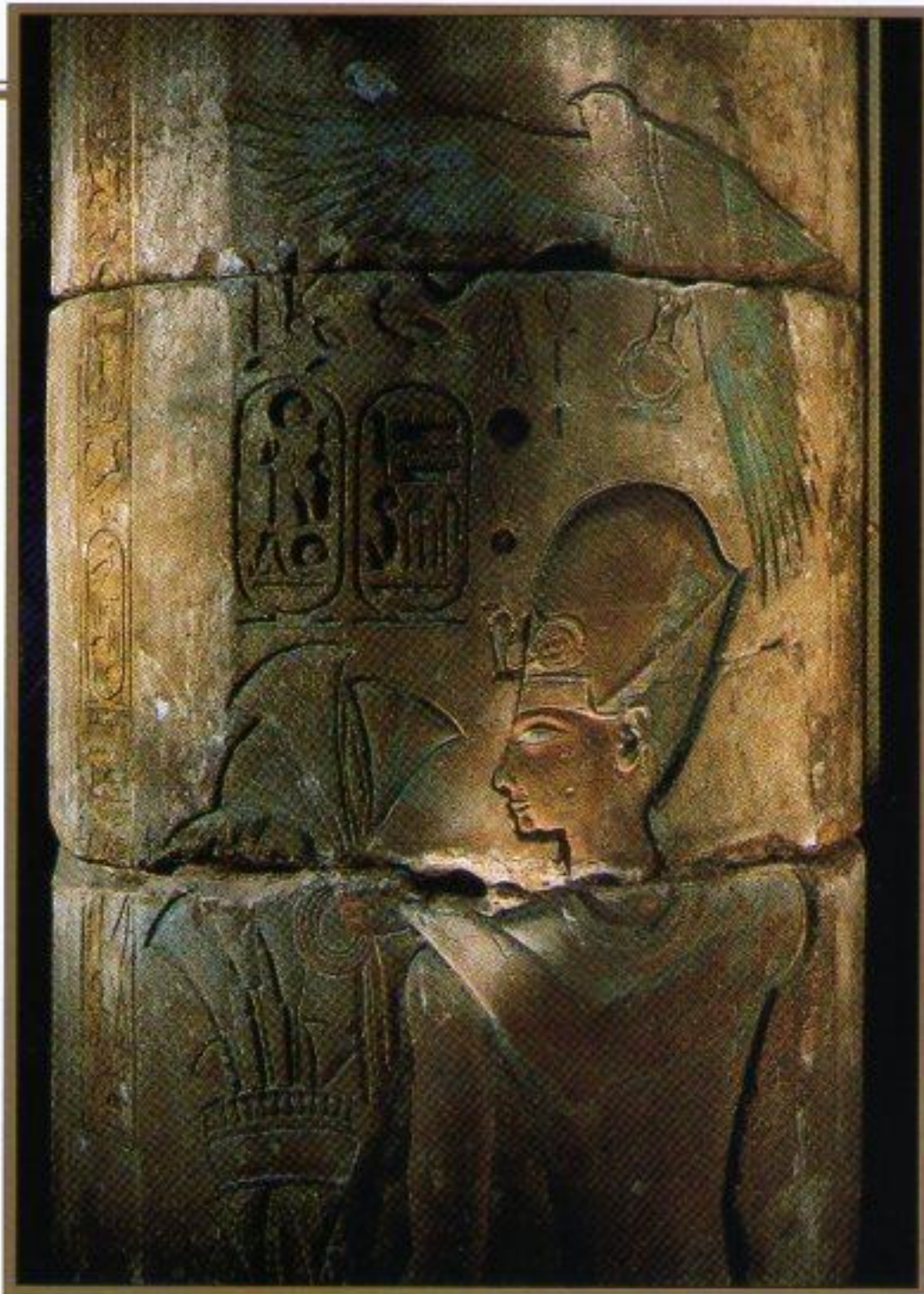
dios-rey sería observado eternamente en su templo funerario especialmente construido, «La mansión del millón de años». Las ceremonias incluían ungir y vestir la imagen del dios-faraón, así como prepararle comida y bebida diariamente tal como se hacía con los dioses Amón, Ptah y Re en sus templos. Según las creencias egipcias, el futuro del país dependía de la correcta observancia de estos rituales.

En términos prácticos, el resultado de las actividades diarias del faraón convergía en un equilibrio satisfactorio del Maat. En teoría, el faraón era sumo sacerdote de cada templo, responsable de la observancia religiosa de la nación entera. Era, igualmente, jefe del estado, mandatario civil del país, su legislador y juez supremo. Además, la construcción de edificios, columnas, obeliscos, estelas, estatuas y monumentos repartidos por todas las ciudades de sus dominios era un cierto modo de proclamar que las cosas marchaban en el mundo.

Ramsés había ya mostrado gran interés en proyectos constructivos desde que era príncipe regente. Había visto y admirado la espléndida tumba de su padre en el Valle de los Reyes, y la construcción del hermoso templo de Sethi, dedicado a Osiris, en Abydos. También como su padre, admiraba los diseños monumentales y a un tiempo refinados de Amenhotep III. Su sueño por seguir un día los pasos de aquel faraón, e incluso por superar sus logros, resulta bien comprensible.

Aunque su padre le había permitido empezar con un templo menor propio dedicado a Osiris en Abydos, Ramsés tuvo que esperar hasta la coronación antes de promover sus planes más ambiciosos. Al contrario que Sethi, quien escogía decoraciones finamente diseñadas para los bajorrelieves de sus templos, Ramsés prefería las tallas, por ser más fáciles de hacer y más difíciles de anular en caso de que algún rey futuro tuviera la tentación de usurpar su trabajo —una práctica que el propio Ramsés había perpetrado a menudo, reciclando trabajos de anteriores faraones para su provecho.

Cuando Sethi I murió, el pueblo podía ya percibir que Ramsés sería uno de los grandes constructores de Egipto. Desde el principio, el nuevo mandatario promovió proyectos constructivos a gran escala. El primero de ellos fue Pi-Ramsés —la conversión del palacio de verano de Sethi en el delta del Nilo en una capital enteramente nueva. Al mismo tiempo, mandó llevar a cabo algunos planes monumentales al sur del país. Aprovechando el viaje a Tebas para el funeral de su pa-



Los grabados de una columna muestran a Ramsés con dos símbolos de renacimiento y rejuvenecimiento, la flor de loto y el dios halcón Horus. La columna, erigida por Tutmosis I, fue usurpada más tarde por Ramsés y reciclada finalmente como material de construcción por los romanos en el siglo I.

dre, ordenó finalizar el templo funerario de Sethi, así como la construcción de su propio sepulcro, y trazó también las líneas maestras de su grandioso templo funerario, el Rame-seum.

Tampoco quedó al margen de su afán constructor el gran complejo arquitectónico de Karnak, al otro lado del Valle de los Reyes, en la orilla oriental del Nilo. De hecho, los arqueólogos consideran que Karnak fue ampliado y remozado a lo largo de los 2.000 años que se mantuvo en activo. Cubría una superficie de unos 240 km², e integraba 20 templos y santuarios dedicados a distintas deidades. Sólo durante el Imperio Nuevo se construyeron al menos 15 obeliscos.

El padre de Ramsés había proyectado una inmensa sala hipóstila, la mayor del mundo, con unas medidas de casi 4.800 km², un bosque de 134 columnas con el techo a unos 24 metros del suelo. Ramsés, que había visto el proyecto inacabado, cambió su nombre por el de «Eficiente es Ramsés II». Los muros internos registraban escenas de su

coronación divina y otras imágenes sagradas para las que usurpó algunos relieves de su padre. Hizo decorar los muros exteriores con escenas de sus campañas militares en Canaan y Siria, incluyendo la batalla de Qadés, así como una copia del famoso tratado de paz con los hititas.

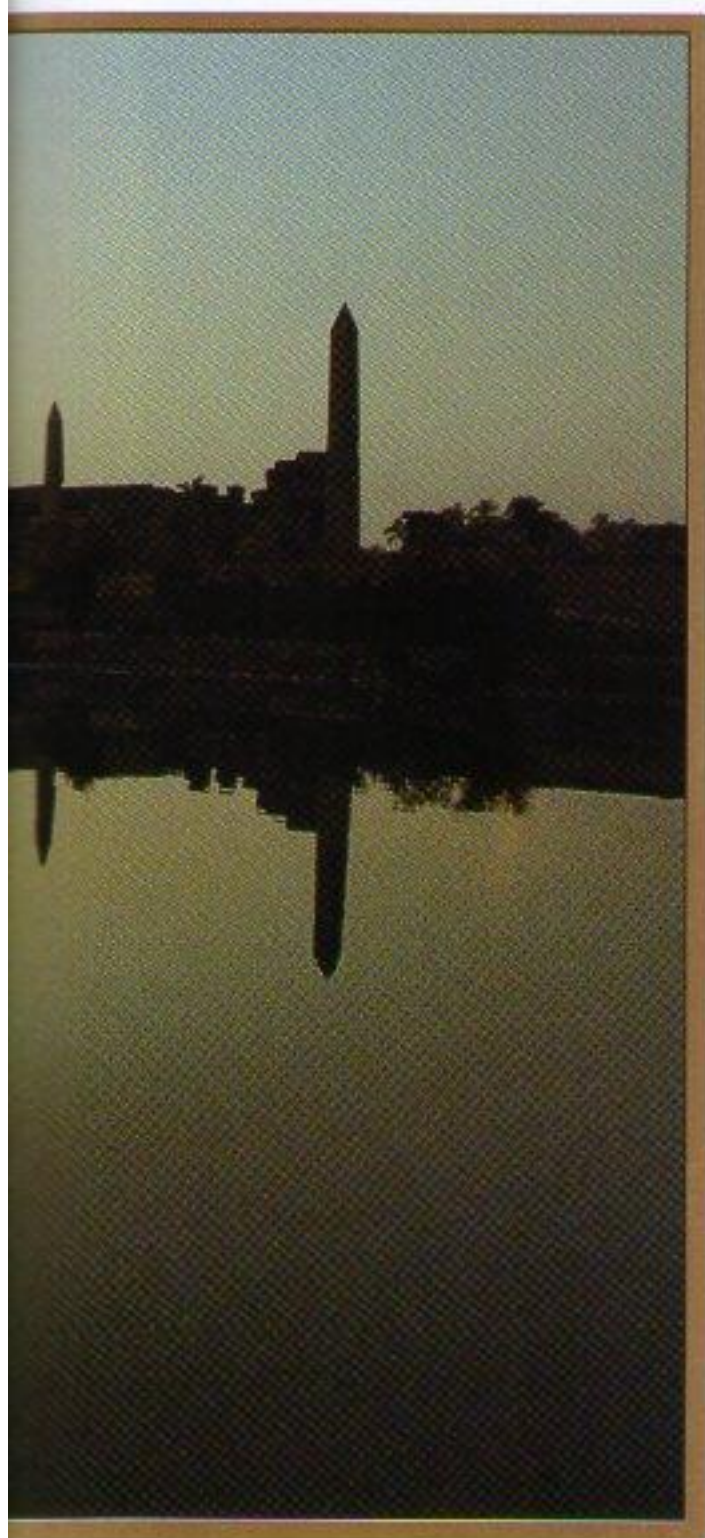
En el templo mayor de Karnak, construyó un pórtico en la cara este, flanqueado por dos estatuas colosales de sí mismo, donde la gente común, a la que no se permitía la entrada en el templo, podía hacer peticiones a los dioses gracias a su intermediario, el rey. También se construyó un embarcadero en el Nilo, que estaba conectado al templo de Karnak por una avenida a cuyos márgenes se alineaban 120 esfinges con cabeza de carnero, entre las patas de las cuales figuraba un pequeño Ramsés.

A tres kilómetros de distancia, en el templo de Amón –hoy de Luxor–, Ramsés hizo construir un atrio y un pórtico a partir de planos preexistentes. Añadió más tarde nuevos relieves e inscripciones

El recinto de Amón en Karnak—visto desde el lago sagrado, donde los sacerdotes se purificaban antes de entrar al templo—, incluía extraordinarias edificaciones construidas a lo largo de los siglos. Recortados contra el horizonte aparecen los enormes pilones (izquierda y centro) y el obelisco de la reina Hatshepsut (derecha). En la reconstrucción del siglo XIX que aparece a la derecha, se reproduce la sala hipóstila de Ramsés II.



ensalzando la gesta de Qadés sobre los muros y las torres del pórtico, a los que se sumaron dos enormes obeliscos y seis estatuas colosales de sí mismo en el umbral del templo. Sólo uno de los dos obeliscos permanece en su enclave original, pues el segundo fue usurpado por los franceses en 1830, como conmemoración de las tropas napoleónicas que habían tomado parte en la expedición egipcia de 1798-1799. Éste fue erigido de nuevo en la plaza de la Concorde de París, ante 200.000 espectadores que pudieron contemplar, aunque difícilmente leer, la arrogante inscripción del faraón: «Un monarca de ira pronta y fuerza pujante ante quien tiemblan todas las tierras.»



Como parte de su aprendizaje para llegar a ocupar el trono, el joven Ramsés había sido encargado de la cantera de Asuán, a más de 240 kilómetros río arriba desde Tebas, de donde se extraía casi todo el granito egipcio. Debía supervisar, asimismo, el transporte de los «espléndidos obeliscos y maravillosas estatuas», tal como los describía una inscripción.

La demanda de construcción en el antiguo Egipto era tanta que difícilmente se podía encontrar un roquedal sin explotar como cantera. Desde la XVIII dinastía, la mayor parte de la piedra arenisca utilizada en los proyectos de Karnak procedía de las enormes canteras de Gebel Silsila, a unos 160 kilómetros al sur de Tebas. También Ramsés II y Ramsés III usaron piedra calcárea de allí para sus templos mortuorios al otro lado del río.

El transporte río abajo desde Gebel Silsila no resultaba extremadamente difícil, pues los barcos podían anclar en bahías, a manera de dársenas, que se encontraban a ambas orillas del Nilo. Los bloques de piedra calcárea eran cargados en almadenas y arrastrados hasta el río sobre rampas especialmente construidas. Algunos documentos encontrados en el Rameseum indican que podían llegar diariamente a Gebel Silsila 10 barcos con 64 bloques. Una inscripción en la misma cantera informa que, para producir y transportar las piedras necesarias para el templo de Ramsés III, se necesitaron 3.000 hombres y 40 barcos.

Actualmente permanecen todavía esparcidas en las canteras de Gebel Silsila esfinges de piedra calcárea inacabadas, como las que se alineaban en la avenida desde el amarre del río hasta Karnak. Las columnas de la sala hipóstila del propio templo procedían igualmente de aquella cantera.

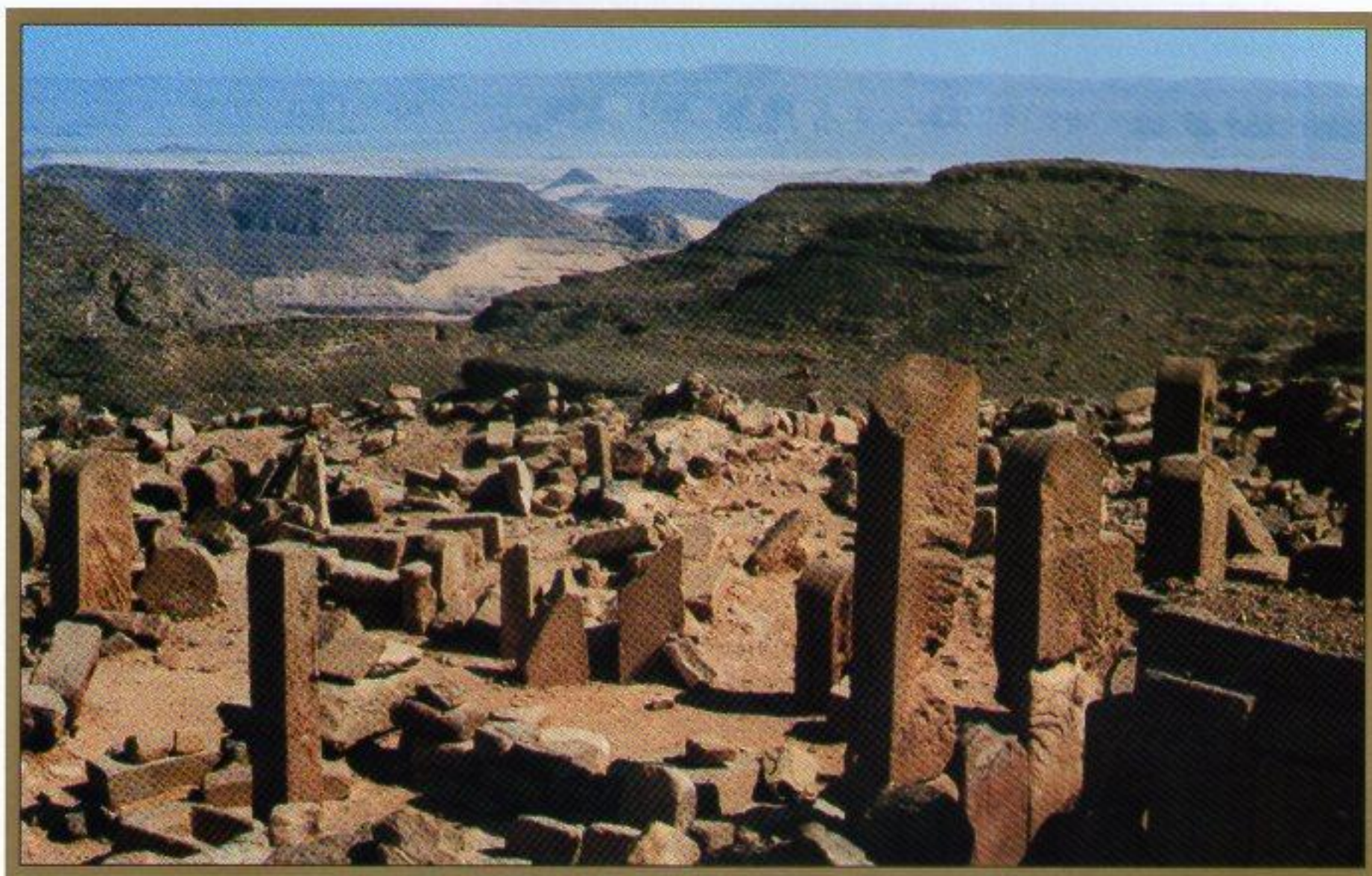
Todas las canteras de Egipto pertenecían al faraón y Ramsés II las gestionó de manera más personalizada que otros faraones. La experiencia de juventud en Asuán pareció haberle convencido de su buen ojo para distinguir un buen bloque de roca. La verdad es que en su persecución sin tregua de la monumentalidad, el rey no dejó prácticamente una sola piedra en su estado original. Cuenta la inscripción de una estela que en Asuán llegó a examinar personalmente una montaña para certificar la utilidad de su explotación.

Parece que en el desierto junto a Heliópolis, Ramsés descubrió un yacimiento de rara cuarcita «desconocida desde el principio de los tiempos», según rezaba una estela procedente de su octavo año de reinado. Material altamente apreciado por su extraordinaria durabilidad y tremendamente difícil de trabajar, Ramsés ordenó a sus escultores ocuparse de un primer bloque «más alto que un obelisco de granito». Parece que llegaron a convertirlo en una estatua gigantesca del rey, erigida después en Pi-Ramsés, pero no existe ninguna traza de la misma.

Otros colosos de Ramsés han sido menos difíciles de localizar. En el Rameseum, que en general sigue el modelo de los templos funerarios establecido por los predecesores de Ramsés, el faraón decidió añadir un único elemento. Se trataba de erigir en el umbral una imagen de sí mismo sentado, que mediría unos 20 m. Iba a ser el mayor coloso jamás encargado por él —el fragmentado Ozymandias que serviría de inspiración a Shelley y que todavía reposa en el Rameseum. La perspectiva de esta obra resultaba un desafío incluso para los ingenieros y escultores de una nación dedicada durante 1.500 años a la construcción masiva. No en vano sería la mayor estatua conocida esculpida de un solo bloque de granito, con un peso de 1.000 toneladas.

El principal yacimiento lítico durante el reinado de Ramsés fue Asuán. A pesar de que no quedan vestigios de la obra emprendida para el coloso del Rameseum, un obelisco inacabado de mayores dimensiones todavía —40 m, con un peso de 1.200 toneladas— da una idea de los métodos que debieron utilizarse hasta que el proyecto fue abandonado. En primera instancia se debía extraer la piedra de la roca y, dado que las herramientas de cobre y bronce no eran lo bastante recias para incidir el granito, el trabajo dependía enteramente de la fuerza física de los esclavos.

Previamente, los supervisores marcaban la superficie de la cantera. Luego, brigadas de trabajadores cavaban estrechas zanjias alrededor



En una aislada e inhóspita meseta del Sinaí, se yerguen algunas estelas entre los vestigios del templo de Hathor, diosa patrona de los mineros. Durante cientos de años, los faraones de Egipto mandaron aquí expediciones de trabajo para la extracción de turquesa, piedra semipreciosa altamente valorada.

del futuro monumento con bolas de dolerita, una roca basáltica más dura que el propio granito. Cada golpe lograba astillar sólo algunos cantos, pero tras meses de trabajo se alcanzó la profundidad deseada. Entretanto, en uno de los lados, otros trabajadores abrían una zanja dentro de la cantera mientras sus compañeros tajaban el bloque, probablemente la parte más difícil de la excavación. En cuclillas, en una cavidad no más ancha de 70 cm, extrajeron de la roca la pieza entera, arrancándola de sus cimientos mediante el uso de enormes palancas de madera.

La operación, que se llevó a cabo bajo un calor sofocante que podía alcanzar los 60 °C, resultó extenuante para los trabajadores, un colectivo compuesto por campesinos, esclavos, prisioneros de guerra, criminales y otros culpables de penas suficientemente graves como para «mandarlo al granito». Los campesinos sólo eran empleados desde julio a septiembre, cuando la inundación anual hacía impracticables sus cultivos. A cambio, el gobierno les procuraba la ayuda

necesaria en las épocas del año en que estuvieran faltos de todo medio de subsistencia.

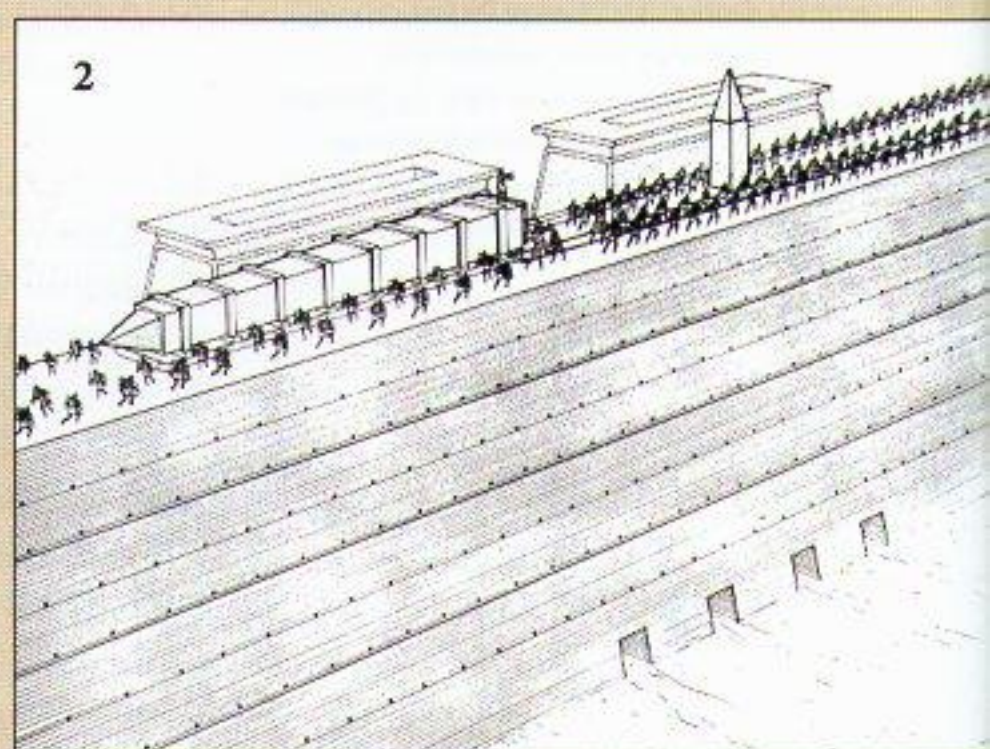
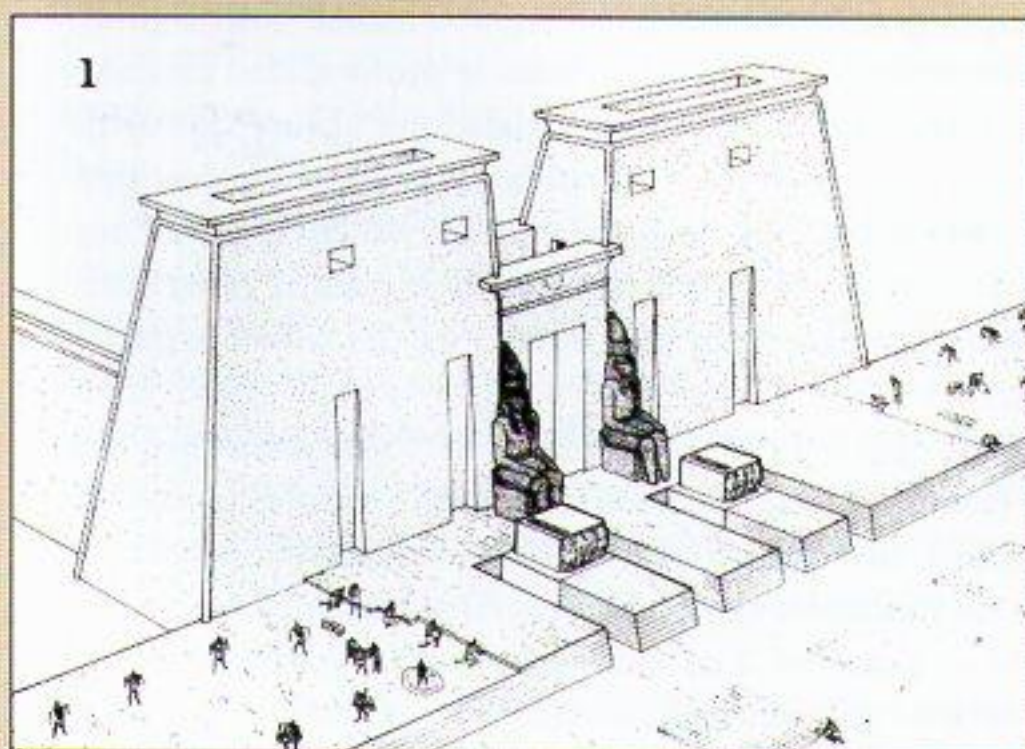
Al igual que para otras categorías de trabajadores, era inútil pretender alivio alguno. Un par de estelas grabadas en Abu Simbel, con escenas de la vida de Setau, virrey de Nubia durante buena parte del mandato de Ramsés, enumeran algunos de sus méritos en ese sentido: «Tuve a mi mando decenas de miles de siervos y cientos de miles de nubios, mano de obra ilimitada.» En otra estela, un oficial del ejército llamado Ramose, describe cómo en el 1247 a. C., «su majestad ordenó al virrey de Nubia y otros oficiales de su entorno, que apresaran hombres de Libia para la construcción del templo de Ramsés II».

Estos trabajadores eventuales no eran los únicos empleados en las canteras, algunos de los mejores escultores de Egipto se encontraban también allí. Era con estos trabajadores especializados con quienes colaboraba Ramsés y a los que exhortaba jovialmente: «Vosotros, trabajadores escogidos, valiosos hombres de probado mérito, artesanos de la piedra, experimentados en el granito, familiares con la cuarcita, buenos hombres sufridos y atentos, yo soy vuestro proveedor sin falta. Sé que cumplís con prontitud y capacidad, y que el trabajo sólo es placentero con el estómago lleno. Los graneros crujen repletos para vosotros, nadie va a pasar la noche lamentándose de carestía.»

Esta elite de trabajadores bien pagados iniciaban su tarea cuando el bloque del futuro obelisco o estatuas apenas había sido extraído de



Un obelisco inacabado de 40 metros en una cantera de granito de Asuán, muestra la magnitud de los bloques de piedra extraídos de la roca. Los trabajadores trituraban con denuesto roca tras roca hasta practicar unos tajos alrededor y debajo del bloque, para configurar más tarde la forma deseada. Los trabajos se interrumpieron hace 3.000 años, cuando algunos seísmos impidieron desplazar el monumento.

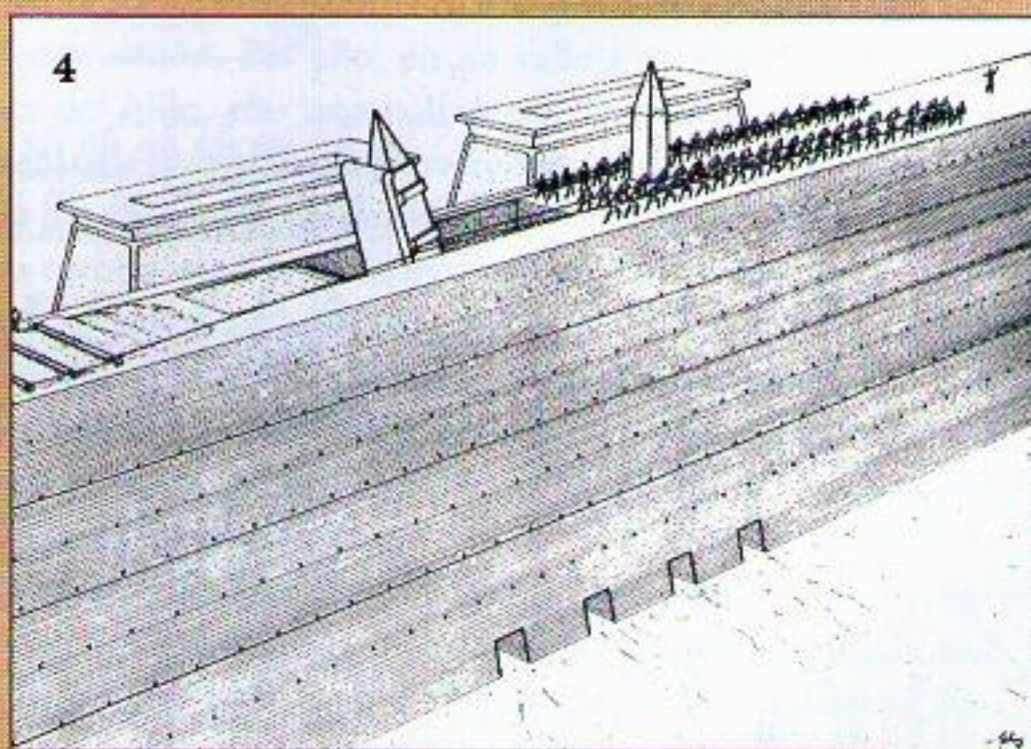
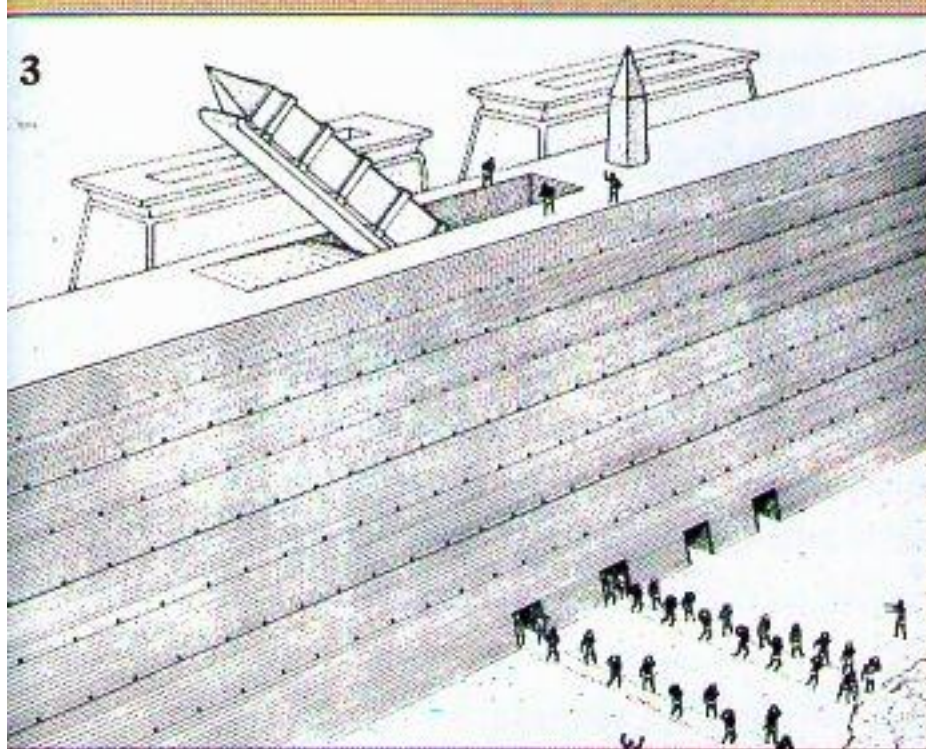


Abajo: los esbozos ilustran una de las teorías que explican la técnica de izar los obeliscos practicada por los egipcios, una auténtica hazaña incluso hoy día. De izquierda a derecha, con las bases de dos de los monumentos ya en pie (1), los trabajadores moldean ladrillos de arcilla y empiezan a construir una enorme estructura provisional con rampas a ambos lados. Tras arrastrar uno de los obeliscos por una pendiente y emplazarlo en su ubicación, los obreros introducen el segundo por una cavidad practicada en la parte superior, parcialmente llena de arena (2). Una vez que el obelisco está en su sitio, empiezan a retirar la arena (3) que permitirá bajar lentamente el obelisco hasta aposentarlo sobre la base. Por último, tiran del monumento con sogas (4). Un egiptólogo estimó que para consumir esta operación con un obelisco de 227 toneladas se necesitaron 2.000 hombres.

la piedra madre. A menudo, los detalles más minuciosos de la obra eran completados en la propia cantera, pues cuanto más se esculpía más fácil resultaría el desplazamiento. Para transportar los obeliscos se construían rampas desde la cantera a la orilla, donde barcazas gigantes eran remolcadas por botes hasta su punto de destino.

Ninguna descripción de la época ha sobrevivido para explicar cómo estos bloques inmensos podían ser cargados en las barcazas. Plinio el Viejo relata, en el siglo I a. C., el funcionamiento de un ingenioso sistema de la era ptolemaica —unos 1.000 años después de la muerte de Ramsés—, que bien podría haber sido el empleado por los ingenieros del faraón. Para poner un obelisco a flote, los trabajadores debían primero arrastrarlo a lo largo de un canal, disponiendo de una especie de puente provisional; luego tenían que colocar las barcazas debidamente lastradas con piedras debajo de aquél. Cuando se despojaba a las barcazas del lastre, éstas salían a flote con el peso del obelisco, que era transportado río abajo, donde presumiblemente se invertía la operación.

La fase más compleja de todo el procedimiento debe de haber sido la última, al colocar el obelisco en el emplazamiento escogido. Esta suposición parece corroborarse por el hecho de que no existe un solo obelisco que esté debidamente instalado: todos ellos presentan una leve desviación axial respecto a la base. Las teorías avanzadas sobre cómo se alzaba un obelisco parecen ilustrar la dificultad de esta operación. Los trabajadores debían primero empujar el monolito

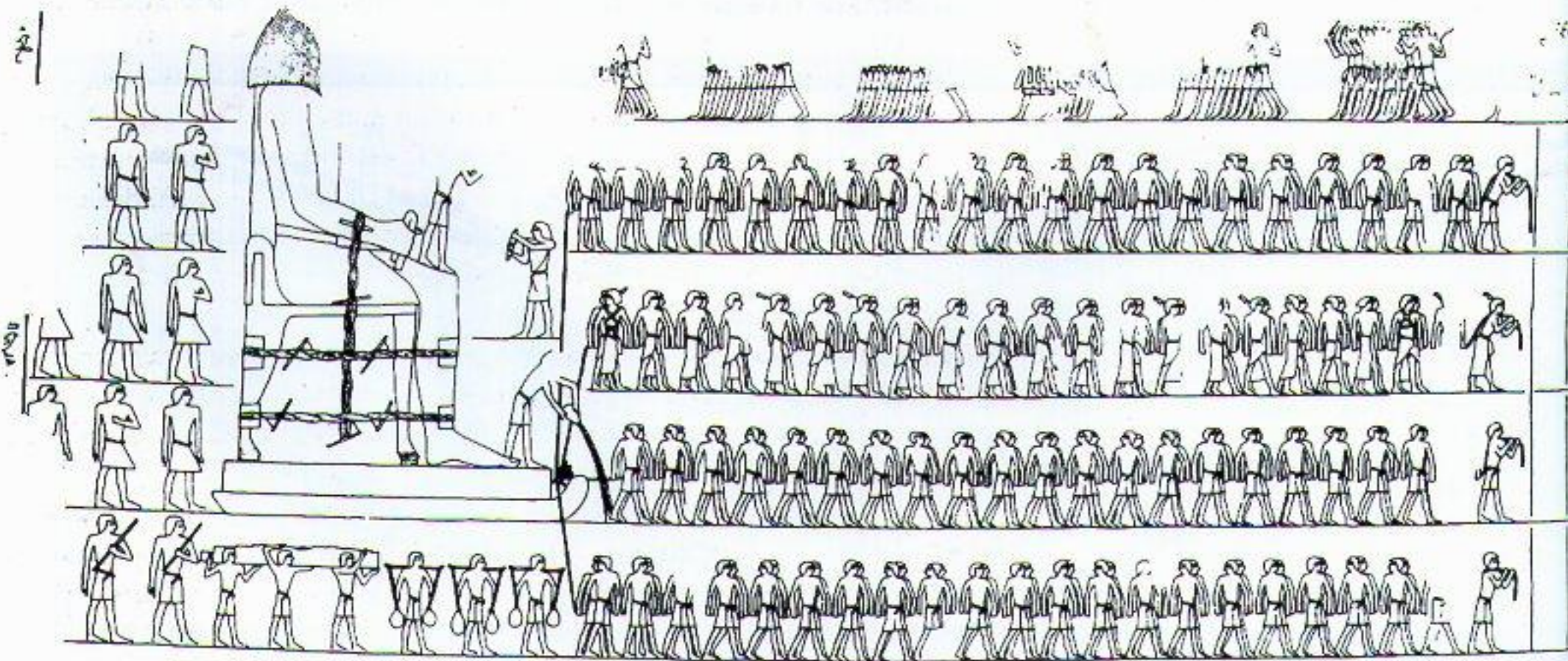


sobre una rampa inclinada hasta una plataforma elevada. Entonces tenían que desplazarlo hasta el borde de un agujero cavado en la plataforma hasta los cimientos, y luego introducirlo. Cabe pensar en lo delicado del momento cuando el gigante de piedra empezaba a ladearse primero y deslizarse después en el agujero, mientras los trabajadores sujetaban las sogas para impedir que se precipitara y quebrara por el impacto con los cimientos (*páginas 56-57*). Seguramente, requería la atención más concienzuda. De hecho, Plinio el Viejo escribió —no sabemos con qué fiabilidad— que el faraón mandó a uno de sus hijos atarse a la cúspide del obelisco para asegurarse la máxima atención por parte de los trabajadores.

Gracias a las pinturas y los relieves de tumbas y templos sabemos que los colosos eran fijados a trineos que arrastraban un contingente masivo de trabajadores a lo largo de un paso lubricado con barro del Nilo. Las dos enormes estatuas de cuarcita de Amenhotep III, conocidas como el coloso de Memnón, pesaban 700 toneladas cada una y tuvieron que ser transportadas según el método descrito desde la cantera de Gebel Ahmar hasta las vecindades de Tebas, una distancia de más de 800 kilómetros. En este caso, la imposibilidad de usar el Nilo era patente: ninguna barca podría haber impulsado una carga tan pesada contra la corriente del río.

Afortunadamente para los trabajadores de Ramsés, el Rameseum

Dibujo procedente de un sepulcro de la XII dinastía que muestra a un trabajador en la base del coloso vertiendo agua en el suelo para hacer practicable la superficie. Una vez hecho, 172 hombres cargaban con la base sobre la que se asienta la estatua. Teniendo en cuenta que pesaba 58 toneladas, cada hombre debía contribuir con fuerza de arrastre equivalente a 300 kilos. Un ingeniero de principios de siglo concluyó que bajo semejantes condiciones un solo hombre podría mover una tonelada.



se encontraba al sur de Asuán, y Ozymandias pudo ser embarcado la mayor parte del trayecto. De hecho, los trabajadores pudieron incluso ahorrarse las arduas tres millas hasta la orilla, al hacer coincidir el embarque con la inundación del Nilo para poder llevar la estatua directamente a la puerta del templo, cerca de la cual se han encontrado vestigios de un embarcadero.

Llegados al recinto del templo, sólo quedaba el tercer y último problema: la erección final de la estatua. El método para llevar a cabo esta operación sigue siendo un enigma, pero según cálculos modernos, para mover el monolito de 1.000 toneladas se necesitaban 200 bueyes o, en su defecto, 1.000 hombres. Quizá se empleara una rampa o plano inclinado sobre el que se deslizaba la estatua hasta sus cimientos. Así, una enésima imagen del rey podía contemplar a su pueblo desde la eternidad.

Durante el reinado de Ramsés II, estos espectaculares cometidos eran sólo una parte del esfuerzo total dedicado a la construcción. Otros proyectos no debían ser vistos jamás por el pueblo, como el Valle de los Reyes, donde la tradición contaba que la obra había empezado en el momento de la coronación del rey. Casi tres siglos antes de Ramsés, su gran predecesor Tutmosis I había iniciado el ritual del entierro en estos parajes, atraído por el silencio del lugar, sin mencionar la lejanía de los profanadores de tumbas.

Indudablemente, el aislamiento creaba problemas logísticos a los equipos de construcción. Por ello, en un valle a menos de 2 kilómetros de la vega del Nilo, tras una colina que le escondía de las áreas pobladas, Tutmosis I creó un asentamiento permanente —Deir el Medina— para los artesanos que habrían de construir, decorar y equipar no sólo su tumba, sino la de la mayoría de sus sucesores, cortesanos y altos funcionarios.

El asentamiento resultó ser adecuado, y los reyes sucesivos lo mantuvieron. Del 1500 al 1100 a. C., sus residentes —conocidos como los «trabajadores de la tumba real» o «servidores del puesto de la verdad»— formaron una próspera comunidad.

Estos artesanos y sus familias gozaban de una categoría bien distinta a la de los trabajadores no especializados explotados en la construcción de los edificios públicos de Egipto. De hecho, la palabra *trabajadores* puede llamar a engaño, pues muchos de ellos eran talentosos

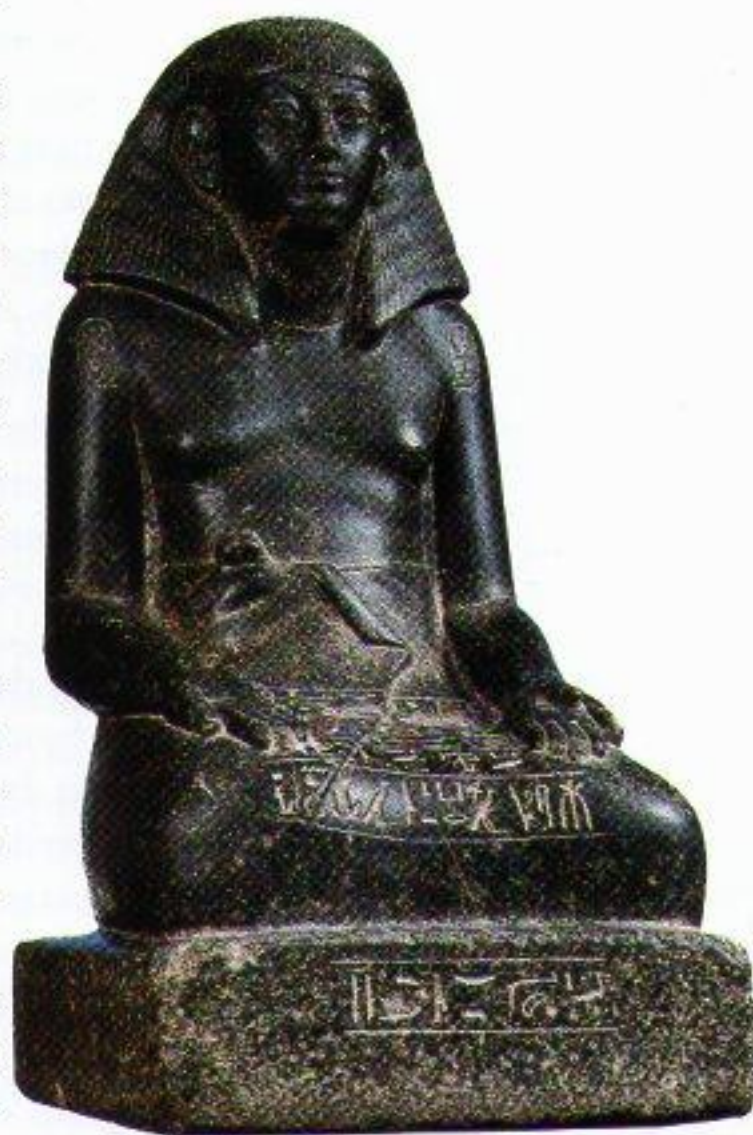
profesionales y artistas respetados por la corte. «El gobernador y visir Paser me ha encomendado para que los trabajadores de la tumba real reciban su recompensa —escribió el alcalde de la Tebas occidental—, o sea, vegetales, pescado, leña, jarras de cerveza, leche y otras provisiones. Que no quede una pizca de nada.» Otros documentos señalan que el salario anual de estos hombres era de 48 *khar* de trigo —unos 40 kilos—, cuatro veces la paga de los porteadores.

A las entradas del recinto se disponían los destacamentos de policía para impedir el acceso de intrusos. El temor a los profanadores de tumbas era una de las principales razones que impulsaron a Tutmosis I a desarrollar el proyecto del Valle de los Reyes, e incrementar los esfuerzos para preservar la seguridad. De otra parte, aunque el trabajo ejecutado por los habitantes de Deir el Medina respondía a las convenciones del arte funerario egipcio, aquéllos no podían sustraerse a un cierto prurito satírico: algunas de las tablillas encontradas allí muestran a ociosos y aristocráticos ratones asistidos por gatos serviles y sufridos.

Los trabajadores sabían cómo disfrutar de su tiempo libre —sobre todo si coincidía con la festividad del patrón del poblado, el divinizado Amenhotep I. Así, el día 29 del tercer mes de invierno, según registra una *ostraca*, «se divertieron durante cuatro días enteros, bebiendo con sus mujeres y niños, 60 personas del poblado y otras 60 de afuera».

El gran hallazgo de *ostracas* garabateadas procedentes de Deir el Medina ha procurado espléndidas muestras de cómo funcionaba el comercio diario en una civilización egipcia desconocedora del intercambio monetario. Aunque no había nada parecido a la moneda, ni siquiera en las postrimerías del Imperio Nuevo, se desarrolló un cuidado sistema de permuta por el que prácticamente todo tenía su equivalente en grano o metal, lo que daba una gran flexibilidad al intercambio económico. Por ejemplo, en una compra que registra una tablilla de Deir el Medina, se fijaba el precio de un ataúd en 25,5 *deben* de cobre, algo más de tres onzas por *deben*, unos 2,5 kilos de metal.

De todos modos, el comprador no se limitaba a ofrecer el cobre a cambio. Proponía un puerco valorado en 5 *deben*, dos cabras al mismo precio cada una, dos troncos de sicomoro por 2 *deben*, y dos medidas de su provisión de cobre que sumaban 13,5. En otra transacción,



Con las palmas de la mano vueltas hacia arriba, indicando reverencia, y un cuerpo entrado en carnes, indicando madurez y prosperidad, el arquitecto de Ramsés, May, personifica al servidor eficaz del estado. Siguiendo los pasos de su padre como jefe de obras, May erigió templos y edificios gubernamentales en todas las grandes ciudades egipcias.

un policía le había comprado un buey a un trabajador por 50 *deben*. Al tener sólo 5 *deben* en metal, equilibró la balanza con una jarra de grasa —equivalente a 30 *deben*—, dos túnicas de 10 *deben* y 5 *deben* de aceite vegetal.

El trabajo de los pobladores consistía en un turno de 8 horas durante diez días, tras los cuales recibían la paga y un día de reposo. Sin embargo, la larga duración del reinado de Ramsés durante el Imperio Nuevo produjo una cierta depresión al poblado, con la reducción en la demanda de tumbas reales. Hacia el año 40 de este mandato, algunos empleados trabajaban un día de cada cuatro, y podían dedicarse así al cuidado de su propia eternidad esculpiendo tumbas para sí mismos en la ladera de una colina cercana.

El poder del faraón presentaba ciertos límites, creados no por una oposición organizada sino por la misma complejidad del aparato estatal faraónico. En cierto modo, el único pilar de la sociedad egipcia que escapaba al control inmediato del faraón era la jerarquía sacerdotal y la red de templos que le servían. No obstante, a una distancia de 3.000 años, éstos pueden parecer más importantes de lo que realmente fueron, a tenor de los vestigios arqueológicos diseminados por Egipto.

Los palacios reales estaban contruidos principalmente con ladrillos, que el paso del tiempo acabó por desmenuzar. No fue hasta el Imperio Nuevo que se erigieron templos monumentales de piedra, que junto con las pirámides se convertirían en el legado arquitectónico más duradero. A su vez, en contraste con tiempos más remotos, es-

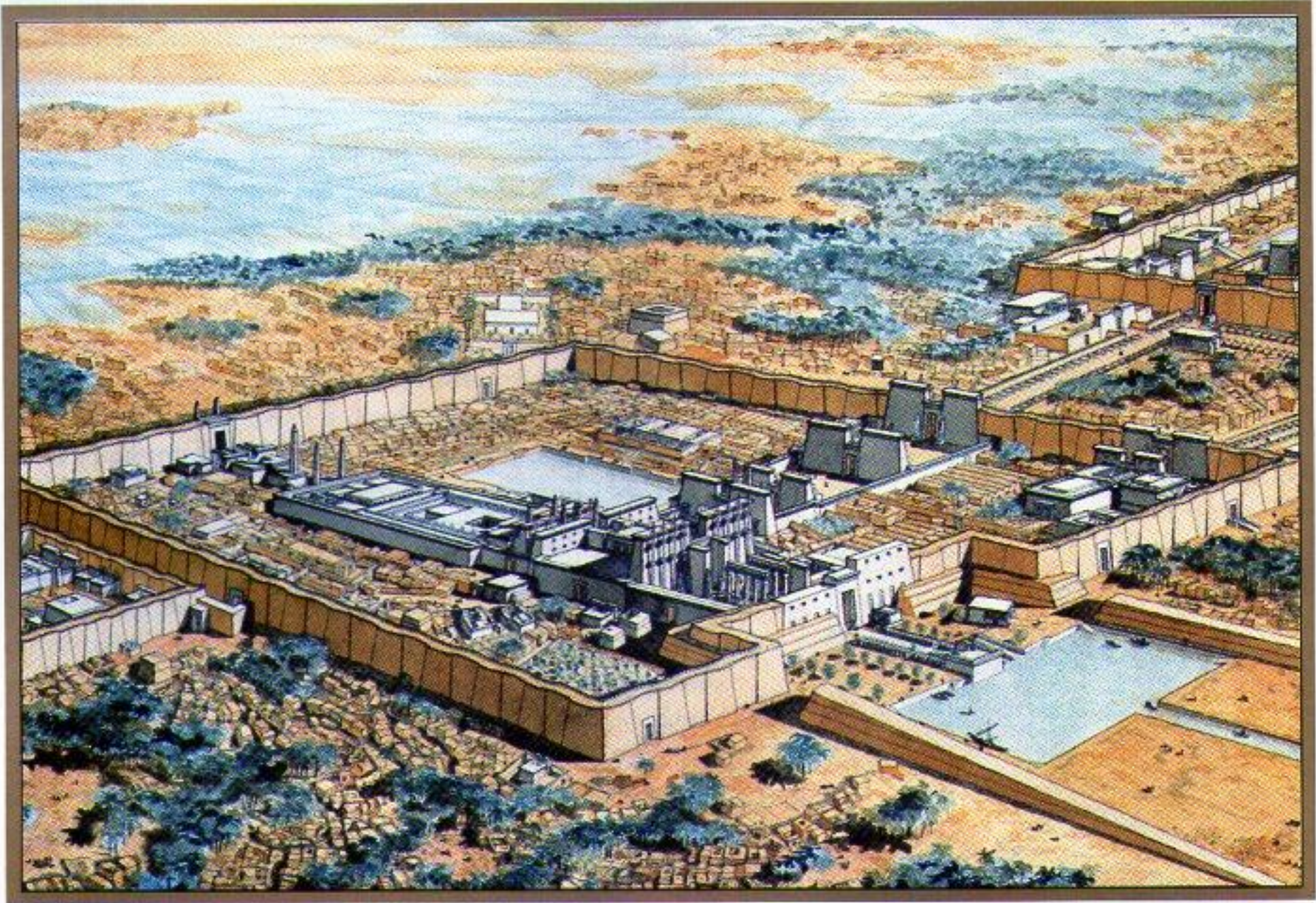
tos templos empezaron a aparecer también en el corazón de las comunidades urbanas del país, permitiendo a los egipcios vivir cotidianamente la experiencia de una tal monumentalidad.

Pero la proximidad visual de los grandes templos no acercó a la gente a su contenido. Ni la poderosa arquitectura interior, ni su exquisita decoración, debían ser contemplados por la plebe; salvo en días festivos, la religión no permitía la participación pública.

El Imperio Nuevo también dio mucha más importancia a los desfiles religiosos y festivales públicos, en los que las imágenes de los dioses eran tomadas de sus santuarios y transportadas bajo un velo en una barca sagrada de un templo a otro, o componiendo una procesión hasta la orilla del río (página 67). Algunas de estas celebraciones eran



La escuadra y el plomo eran herramientas del constructor egipcio tan útiles antaño como hoy día. Este utensilio, descubierto en el sepulcro de un supervisor cerca de Tebas, tiene inscrita una petición de larga vida y entierro digno a su patrón, Ptah.



La ciudad amurallada de Karnak evolucionó desde su condición original como modesto santuario hasta alcanzar una extensión monumental de 240 áreas. Los añadidos y alteraciones practicadas por faraones sucesivos, siempre tratando de superar a sus predecesores, se sumaron al poder paulatinamente creciente de la religión y el sacerdotado.

de temporada, en conmemoración de la llegada de la primavera o el año nuevo; otras estaban estrechamente ligadas a un dios en particular, como el festival de Opet dedicado a Amón, al que Ramsés asistió poco después de su coronación.

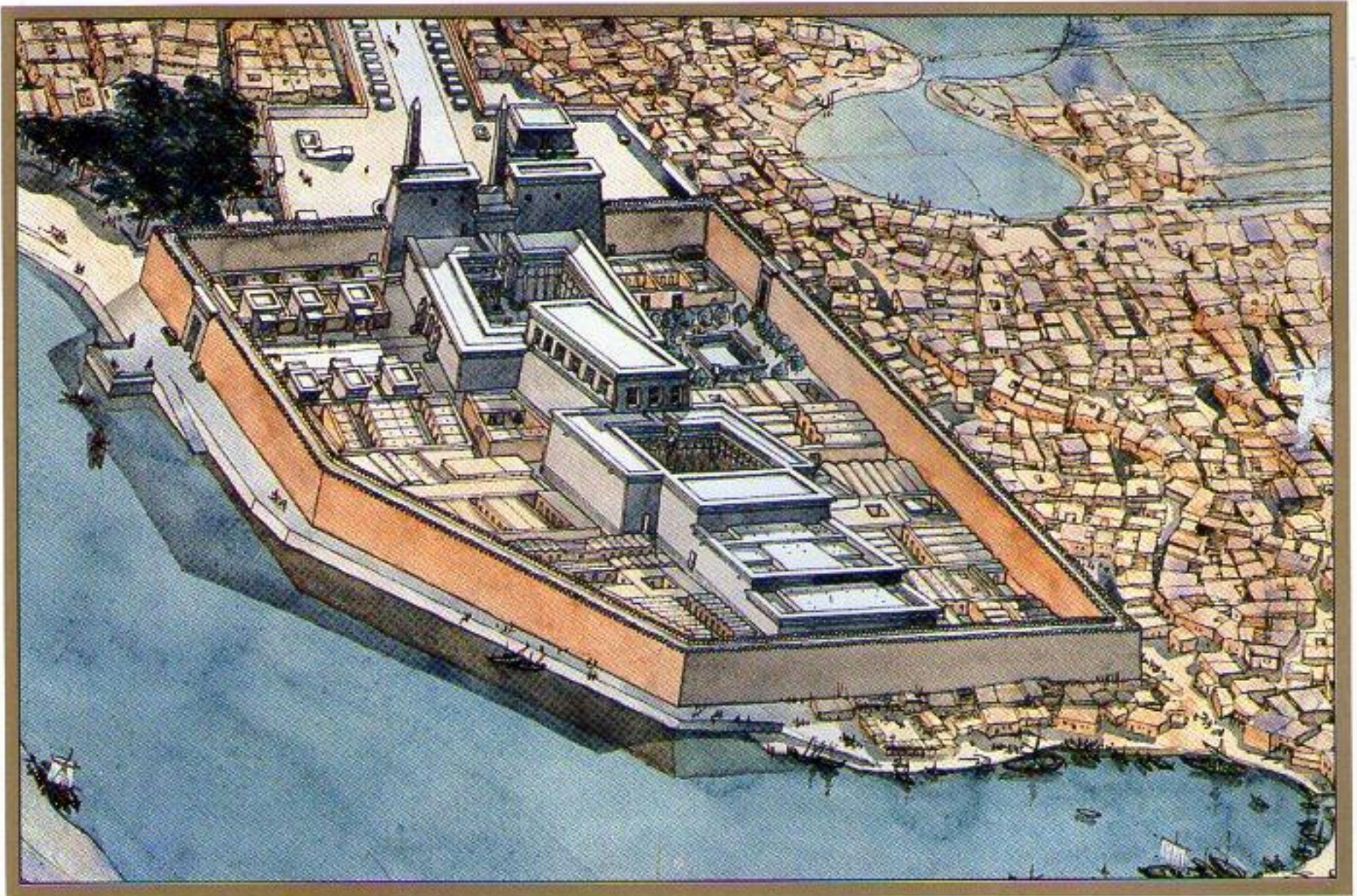
Las procesiones eran muy populares, y no sin razón. Durante las mismas se celebraban fiestas en las que se repartía abundante cerveza y comida de los almacenes reales. Estos días no sólo daban color a la triste existencia del campesinado, sino que mediante la generosidad real demostraban que la relación del país con los dioses estaba en buenas manos, de lo que una prueba evidente era la asistencia del faraón.

La supervivencia y el bienestar de la nación dependían de la buena voluntad de los dioses, que sólo podía asegurarse con la esmerada observancia del ritual. La seriedad que revestía la adoración de los dioses principales, como Amón, Ptah y Re, impedía que ese rito se prac-

ticase en público. Todo lo que los egipcios de a pie llegaron a ver de sus más respetables instituciones, fue la inescrutable solidez de unos muros tras los que se ocultaban los misterios de los templos. Muy raramente, algún individuo era admitido en el atrio. Cabe señalar una excepción sobresaliente, pues Ramsés ordenó abrir al público la sala hipóstila de Karnak. Consiguientemente, la llamó «el lugar donde la gente ensalza el nombre de Su Majestad». Los egipcios podían adorar aquí a sus dioses y, sobre todo, a «Su Majestad», Ramsés II.

De cualquier modo, los muros solían ser barreras infranqueables. Los vestigios de una muralla en Karnak perteneciente a la XVIII dinastía, permiten apreciar una importante estructura de fortaleza con torres. Resulta irónico, sin embargo, observar que los muros externos eran más frágiles que las piedras que debían proteger; de modo que, tras su erosión, los turistas de hoy día pueden contemplar los templos de Luxor y Karnak mucho mejor que los súbditos de Ramsés.

Una avenida de 3,5 kilómetros flanqueada por esfinges de piedra conducía desde Karnak hasta el templo de Luxor (abajo), que, comparado con el plano más intrincado de Karnak, presenta un modelo más integrado. El templo fue construido principalmente por dos faraones, Amenhotep III y Ramsés II.



UNA CARRERA CONTRA EL TIEMPO: EL AFÁN POR REGISTRAR UN LEGADO AMENAZADO

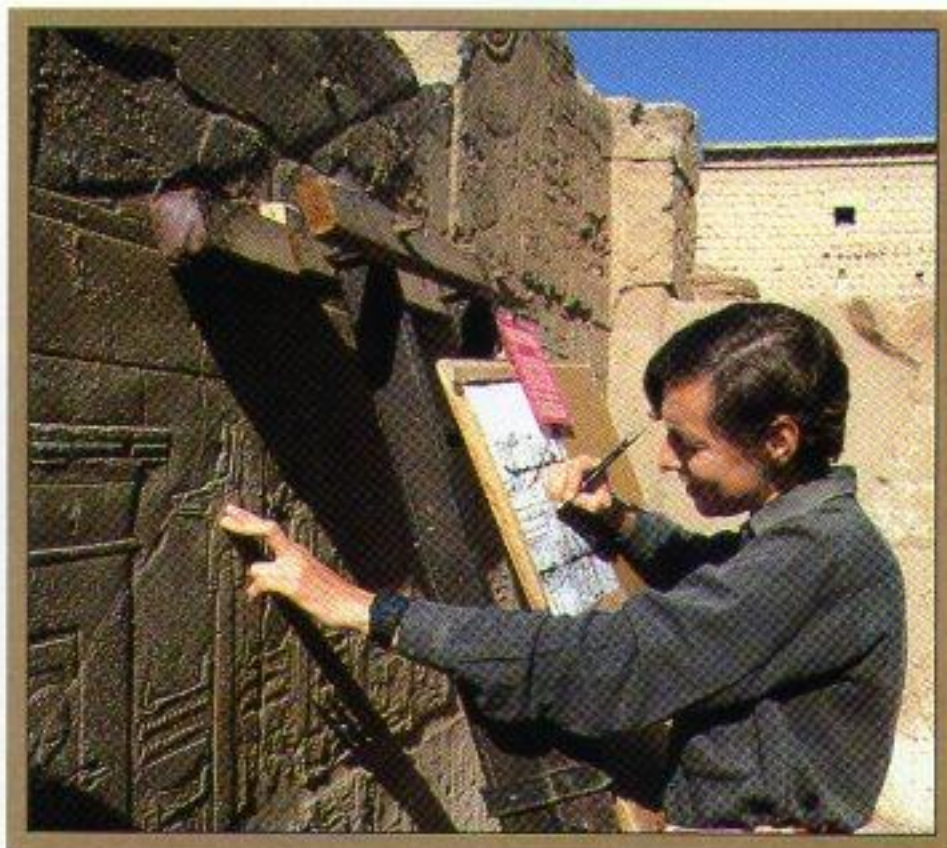
Los venerados monumentos de Egipto han sufrido sin tregua los achaques del tiempo, pero nunca se han visto sometidos a una amenaza tan inmediata como en la actualidad a causa de la marea de turistas, la contaminación, mayor humedad y el hacinamiento de la población.

El deterioro gradual de los monumentos se ha agravado durante el último siglo. En los años veinte, James H. Breasted, del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, habló de la obligación contraída por aquella generación de orientalistas con miras a salvar para la posteridad el gran cúmulo de documentos antiguos de Egipto. De este modo, y con notable

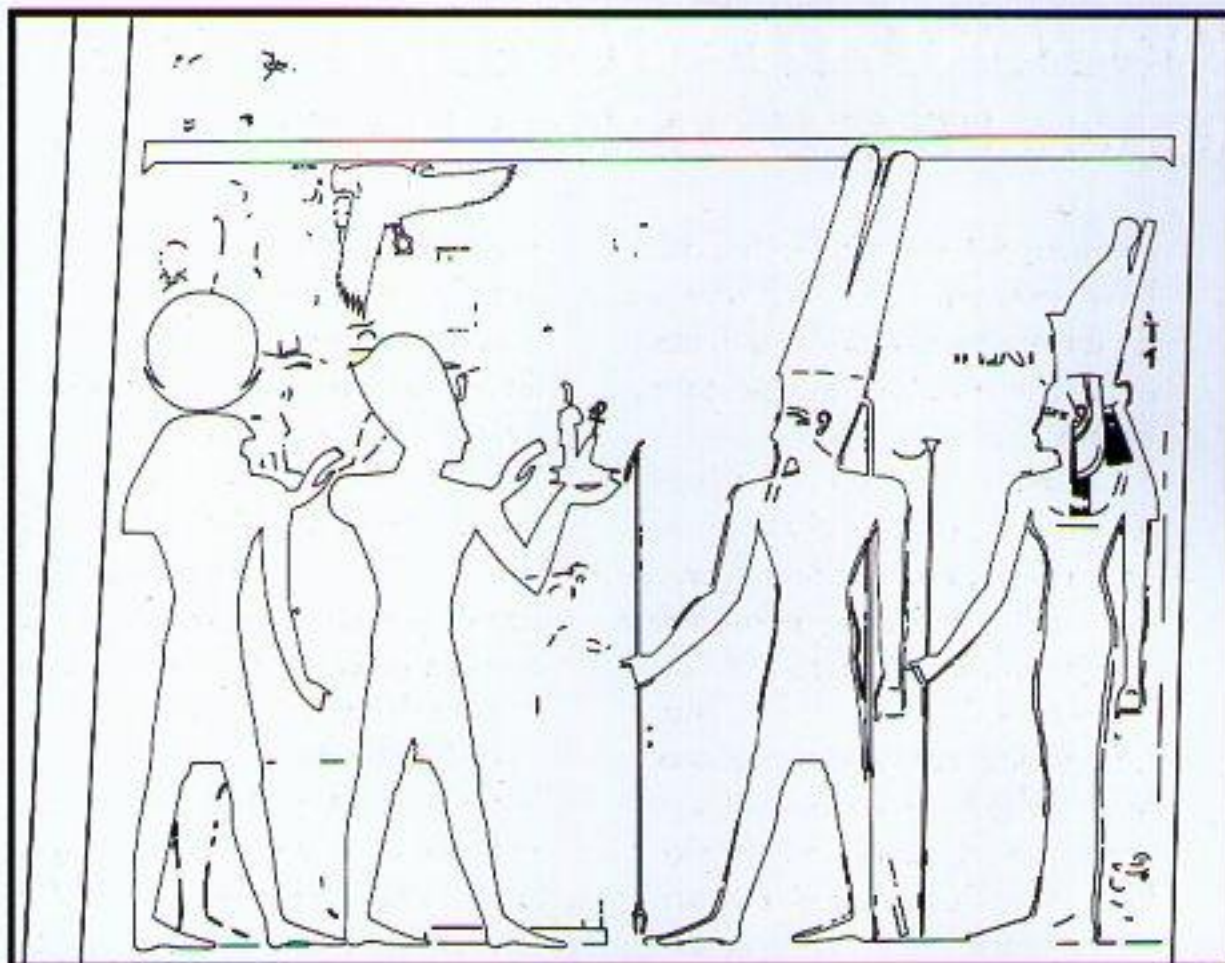
premura, el Archivo Epigráfico del Instituto se puso manos a la obra para documentar todas las inscripciones y decoraciones de los monumentos de Egipto.

El mayor de éstos es el templo de Luxor. El objeto del estudio es proveer «documentación tan exacta que pueda perfectamente sustituir a la original en caso de que ésta se malograra». De acuerdo con esto, los miembros del equipo pasaron incontables horas copiando los jeroglíficos y murales del templo. El Archivo Epigráfico emplea un método exacto para asegurar la precisión. Primero, se fotografía la sección de un relieve, luego se

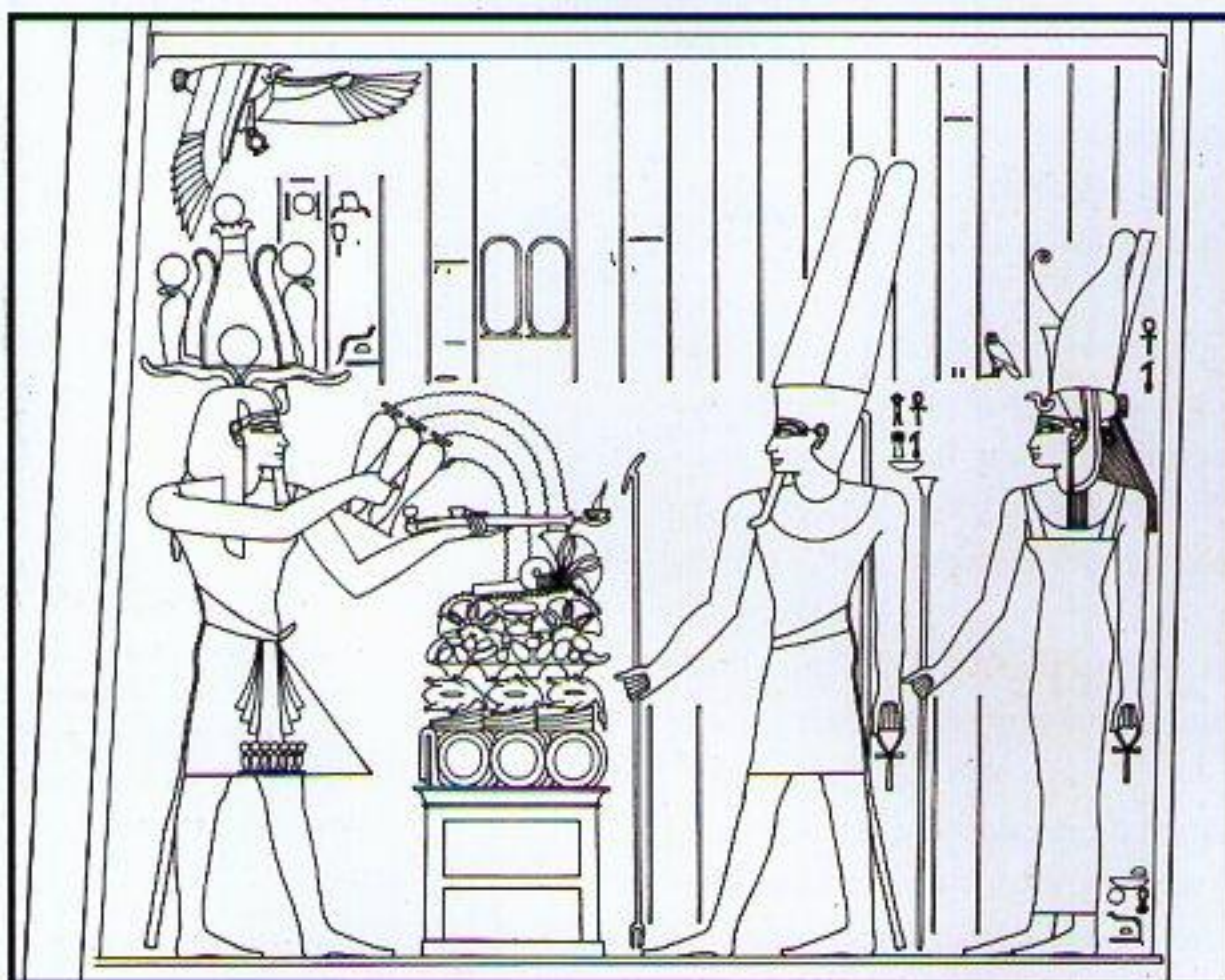
amplía la imagen y un artista completa todos los detalles de la obra original sobre la misma fotografía. Luego se pasan a tinta las líneas a lápiz y, tras el procedimiento adecuado, se dejan sólo las líneas del dibujante. Más tarde el dibujo es corregido en el templo por dos egiptólogos que trabajan independientemente, para asegurar la mayor fidelidad en la reproducción de escenas y jeroglíficos. Después de que el artista haya hecho todos los cambios necesarios, se publican los dibujos en un infolio —parte del creciente registro de la pasada gloria monumental de Egipto.



Sostenida por una escalera apoyada en un relieve de los tiempos de Tutankhamón, una artista del Archivo Epigráfico traza los detalles de la obra sobre una ampliación fotográfica. Este relieve forma parte de toda una serie en la sala de columnas de Luxor.



Estas cuatro figuras esbozadas en un esquema de un relieve en el templo de Luxor, fueron talladas durante el reinado de Ramsés II. Se pueden encontrar trazas de relieves que se remontan al reinado de Ay, que demuestran cómo Ramsés se aprovechaba del trabajo previo superponiendo el suyo propio.



De la confusión de desdibujadas líneas sobre un muro usurpado por Ramsés, el Archivo Epigráfico ha podido reconstruir la escena original, donde aparece Ay ofreciendo incienso y libaciones a Amón y su esposa, Mut.

Los egipcios practicaban sus ritos en santuarios locales —cada provincia tenía sus propios dioses, a menudo con cabeza de animal— o, en su defecto, tan cerca de los grandes templos como les estuviera permitido. «Alaba a los de la gran muralla —rezaba una inscripción en el templo de Ptah de Menfis—, es el lugar donde se oye la plegaria.» Para remarcar que éste era el enclave donde los dioses escuchaban, se emplazaron grandes orejas de piedra en la cima de cada torre.

Fuera de la vista de ojos profanos, el templo cumplía una función primordial que era, ante todo, su mera existencia. El templo era *hwt-ntr*, nada menos que «la Mansión de Dios». En el centro geométrico del mismo se erigía el santuario del dios, donde una estatua sagrada en la penumbra recibía el servicio ritual ofrecido diariamente por unos pocos y selectos iniciados.

En teoría, sólo el faraón podía representar a su pueblo frente a los dioses, debido a su propio estatus divino. Pero, en la práctica, no podía asistir a cada función litúrgica y, en su ausencia, le sustituía algún alto sacerdote.

La jerarquía eclesiástica egipcia presentaba distintos rangos: en la cúspide estaban los sumos sacerdotes, o «primeros profetas», quienes a menudo habían sido altos funcionarios del estado emparentados con la realeza, escogidos más por su probada lealtad que por su formación religiosa. El eslabón siguiente incluía a los segundos, terceros y cuartos profetas, «padres de Dios», estudiosos encargados de los aspectos más arcanos de la teología y el ritual.

Pero la mayoría de individuos registrados con títulos sacerdotales parecen haber sido empleados del templo que realizaban oficios tres veces al año, aunque en su categoría inferior les estaba incluso negado el acceso al santuario, la bendición de las bendiciones. Antes de regresar a sus ocupaciones regulares, estos sacerdotes tenían que ser especialmente purificados.

Aparte de los rituales y ceremonias, buena parte del trabajo en un templo era de tipo administrativo, gestionar y supervisar las haciendas de los dioses.

Más allá de la religión había multitud de asuntos de los que ocuparse, pues los templos desarrollaban una importante actividad económica. De hecho, eran inmensamente ricos, se habían convertido en grandes terratenientes gracias a las dotaciones reales, y no era raro ver barcas de los templos cruzando el Nilo en misión recaudadora. A su vez, administraban buena parte de las haciendas del rey y,

FESTIVALES PARA LOS DIOS QUE LLENABAN EL CORAZÓN Y EL ESTÓMAGO

Los egipcios amaban la vida y sus festivales religiosos así lo demostraban. Durante la Fiesta del Valle, el dios Amón era transportado desde Karnak —como una esfinge amortajada sobre una barca de oro, *abajo*— a través del Nilo hasta la orilla occidental, en la necrópolis de Tebas. Allí, en su visita anual de un día, Amón daba vida a los muertos y a lo largo de toda la procesión la gente le rendía honores. Por la tarde, las familias pudientes cruzaban el río y festejaban en las tumbas de sus antepasados hasta la madrugada, mientras los pobres de Tebas y los pobladores de los alrededores

celebraban la ocasión por su cuenta. Uno de los himnos a Amón cuenta que se mantenían despiertos en mitad de la noche repitiendo las plegarias y el nombre del dios, que resonaba sobre sus cabezas durante toda la velada. La ebriedad estaba bien vista, de hecho, se la veía como una manera de romper las barreras entre los vivos y los muertos.

El festival de Opet era otra ocasión de regocijo. Solía empezar en el momento en que las esfinges de Mut y Khons, esposa e hijo de Amón, se reunían con este último en Karnak. Después de subir a una barca dorada, navegaban hasta el

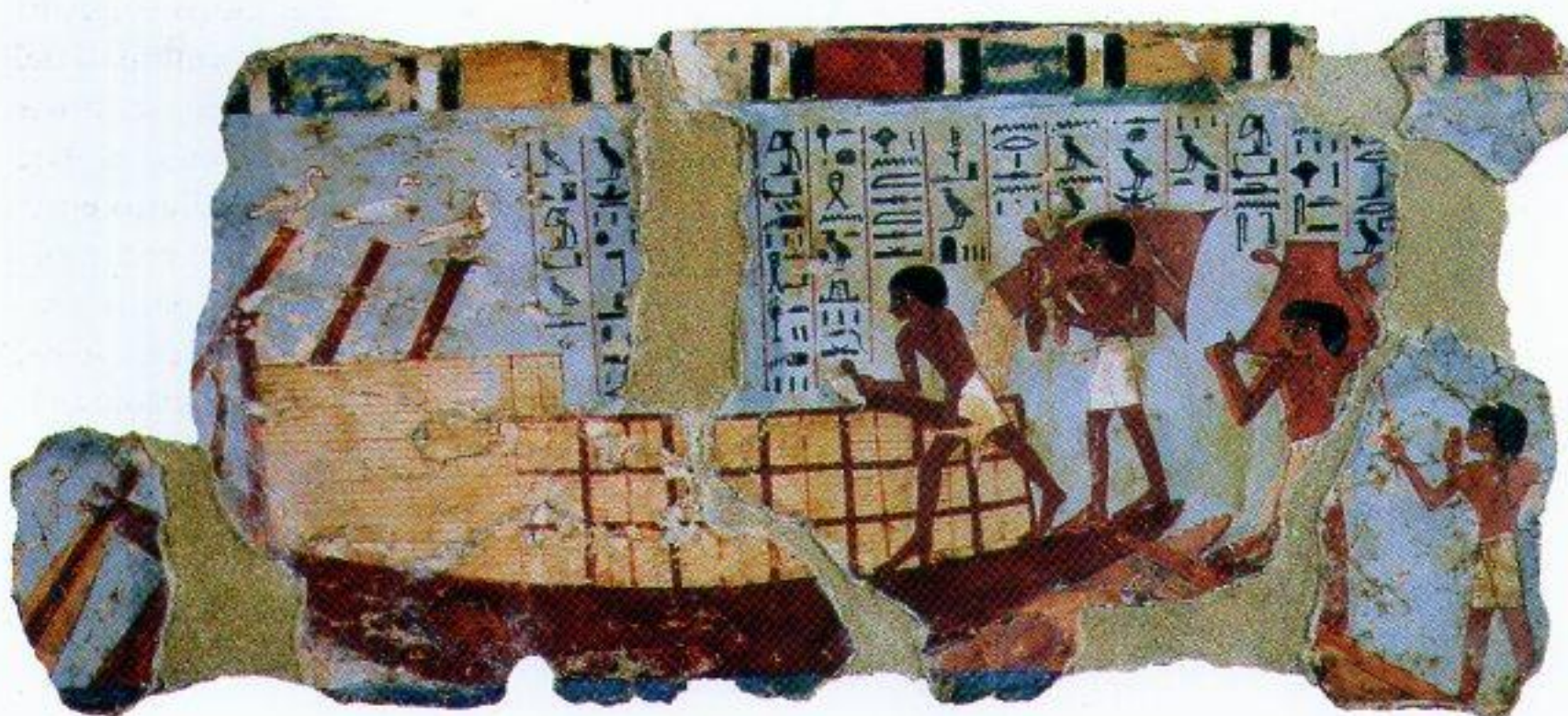
templo de Luxor. Allí residían tres semanas durante las cuales Amón oficiaba como oráculo y se sancionaba la divinidad de la realeza. Este bullicioso vaivén de los templos atraía a músicos y cantantes, así como gente común, que se emborrachaba alegremente. «La tierra entera está de fiesta», canta una composición del festival. El relajo del acontecimiento lo sugiere la generosidad de los sacerdotes en el templo mortuario de Ramsés, que llegaban a repartir hasta 385 ánforas de cerveza y 11.400 pasteles y hogazas de pan.



después de victoriosas campañas militares, recibían botín de guerra como ofrenda a los dioses por el triunfo.

La generosidad real iba, a menudo, más allá. Ramsés II cedió un barco con su tripulación al templo de su padre en Abydos. Es más, tanto Abydos como Karnak tenían trabajadores asignados y derechos sobre las minas de oro del desierto. Todos los templos principales tenían sus propios barcos de mercancías y sus mercaderes, que mantenían relaciones comerciales más allá de la frontera egipcia y cuyo trabajo consistía en intercambiar bienes excedentes por otros más necesarios para el templo.

Los templos no sólo administraban y creaban riqueza, también la almacenaban. Las despensas del Rameseum podían llegar a contener cereales para alimentar a más de 20.000 personas al año. Tales reservas suponían un seguro contra las hambrunas, pero representaban asimismo un capital que podía usarse para financiar grandes proyectos. De hecho, los templos eran las instituciones egipcias más cercanas al sistema bancario. Por otra parte, no eran una excepción al binomio que suele aunar riqueza con poder. Por más que estuvieran sometidos a la autoridad real, le eran igualmente indispensables. El sacerdocio y el alto funcionariado solían solaparse, y la cantidad de trabajo burocrático asumido por los primeros —como la paga a los obreros de la construcción— hace difícil, a veces, distinguirlos del aparato estatal.





Vista área del Rameseum que permite apreciar los alrededores del templo funerario donde se almacenaban cereales en construcciones abovedadas de ladrillo. Se habrían necesitado 350 barcazas, como la que aparece a la izquierda, cargadas con 650 sacos de cereal para colmar el granero del Rameseum.

La camarilla de sacerdotes de alto rango era el único colectivo con influencia suficiente como para poder desafiar la voluntad del faraón. Incluso Ramsés tuvo que ir más allá de Asuán y al norte del delta, fuera de la jurisdicción de la jerarquía sacerdotal del Alto Egipto, para poder presentarse no sólo como intermediario entre los dioses y los hombres, sino en igualdad de condiciones con aquéllos. En Abu Simbel y otras partes de Nubia, el faraón podía proclamar su estatus divino en vida y muerte sin provocar el enfado del estamento sacerdotal. Pero los proyectos de Ramsés, y su autodivinización Nilo arriba, tenían claros motivos políticos fundados en la pretensión de impresionar a la población nubia con sus asombrosos poderes.

PLANES PARA PREVENIR LA INUNDACIÓN DE LOS MAYORES MONUMENTOS DE RAMSÉS

Uno de los más extraordinarios logros de la ingeniería del siglo XX rivaliza con los propios proyectos del faraón para esculpir monumentos en la roca viva de las colinas del Nilo: el rescate de Abu Simbel de la crecida de las aguas provocada por el pantano de la presa de Asuán —el lago Nasser. El desafío era titánico. Se trataba de reubicar en una superficie más elevada los colosos sedentes de Ramsés, el templo y las estatuas de Ramsés y su esposa Nefertari, así como el propio templo de esta última, excavado

también en la misma roca.

La operación para salvar el monumento duró cuatro años y costó cerca de 40 millones de dólares. Empleó a un equipo internacional de expertos, así como a una legión de trabajadores egipcios. Alrededor de 3.000 personas estuvieron ocupadas en aquel lugar entre 1964 y 1968. Su presencia en el desierto requirió la construcción de viviendas, conducciones de agua, carreteras, pistas de aterrizaje, muelles y redes de comunicación, y constituyó

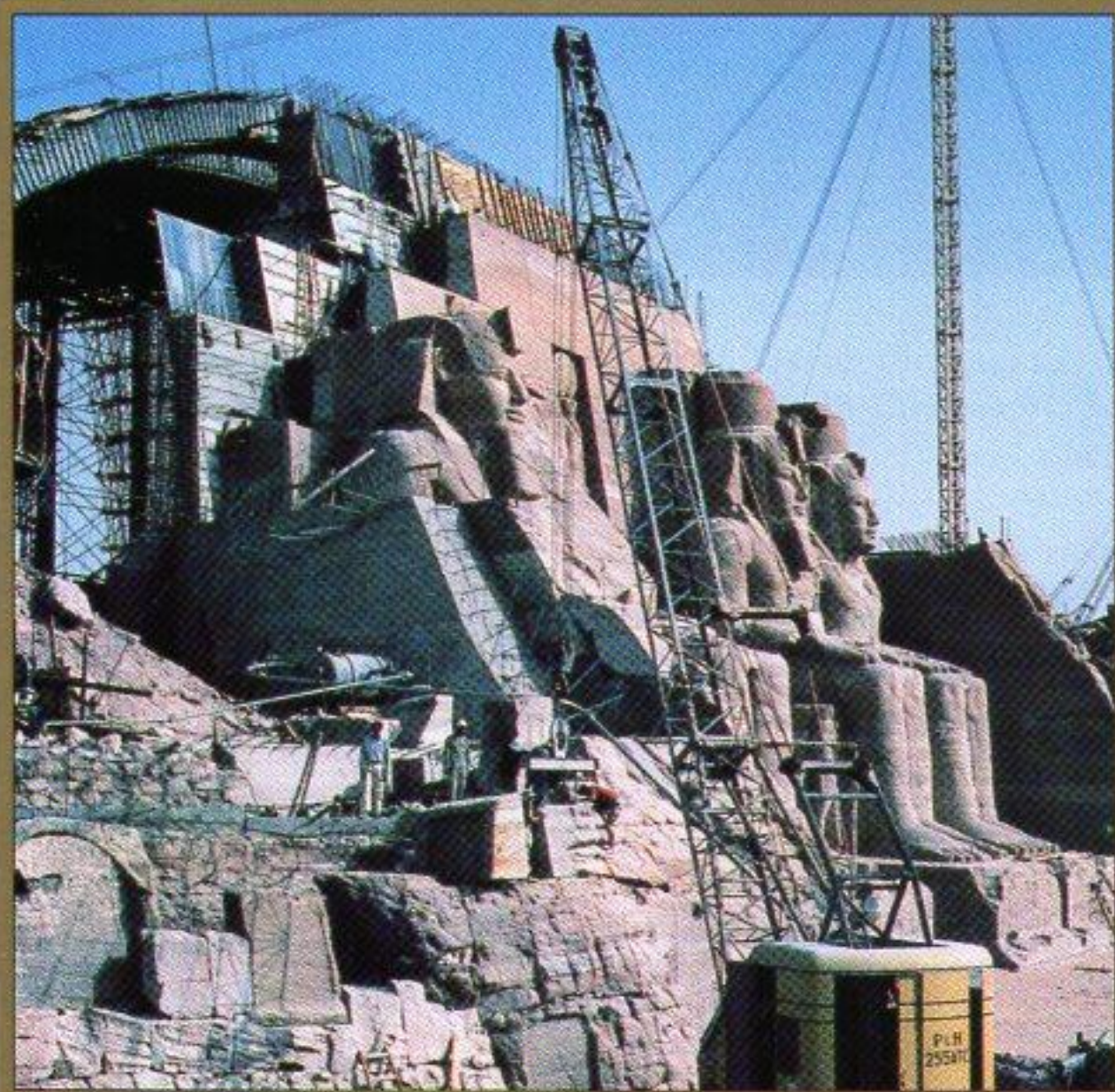
una verdadera proeza.

Los equipos de trabajo empezaron su tarea retirando los cientos de toneladas de roca sólida de la parte posterior de los templos, y cortando los colosos y los templos en 1.050 bloques de 33 toneladas cada uno. Para reensamblar los bloques utilizaron barras de acero y un envoltorio de granito (*abajo*). Para disimular las marcas del corte, se inyectó tierra rojiza en las juntas entre piedras.

Por momentos se creyó que la crecida de las aguas del pantano anegaría el conjunto. En una carrera contra el tiempo se construyó un muro protector contra «un diluvio propiciado por el hombre», tal como lo describió un cronista.

Posteriormente, los ingenieros de la presa decidieron elevar el nivel de las aguas alrededor de 1 m, obligando en este caso a los ingenieros de Abu Simbel a derribar su reconstrucción del templo de Nefertari y desplazarlo a un nivel superior. Así, el templo que antaño se hallaba a unos 4 m por debajo del monumento de Ramsés, actualmente sólo está a 2 m.

El proyecto llevado a cabo sólo era uno más entre los muchos presentados por distintos países. El plan propuesto por los italianos requería cortar el monumento de la colina, encerrarlo en una caja de granito, elevar la estructura entera sobre 650 gatos mecánicos sincronizados, y dejarlo reposar



provisionalmente sobre pilares de granito prefabricados, repitiendo la operación hasta que alcanzara un nivel suficiente. Los americanos sugirieron que el templo fuera extraído de la roca y dispuesto en pontones que se elevarían a medida que creciera el nivel de las aguas para trasladarlo hasta tierra firme. Los franceses, por su parte, plantearon la construcción de otra presa de unos 70 m de altura alrededor de Abu Simbel.

Llegó a presentarse un proyecto según el cual las aguas debían cubrir el conjunto para que fuera contemplado por los visitantes a través de pasillos de cristal con la ayuda de luces subacuáticas. Mediante una fina membrana se filtraría el barro y se igualaría la presión del agua, y mediante ciertos productos químicos se facilitaría el endurecimiento de la porosa piedra calcárea, evitando así su descomposición. En esta suerte de acuario arqueológico habría no sólo ascensores y restaurantes, sino también un sol artificial que amanecería y se pondría.

Al final, triunfó el proyecto presentado por la delegación sueca, escogido por el organismo promotor, la Unesco. Hoy día, los colosos de hace 3.200 años siguen con su misma presencia imponente ante el mundo. Debajo de éstos, oculta bajo la piedra, se halla una cúpula de granito de 25 m, con una envergadura de 60, que contiene un moderno sistema de iluminación y bombea aire fresco a los dos templos. Ramsés se hubiera quedado estupefacto.

La riqueza aurífera de Nubia había sido un objetivo de la monarquía egipcia desde los tiempos de la primera dinastía, en el 3000 a. C. Hacia fines del Imperio Medio, se habían erigido fortalezas y ciudades fortificadas a lo largo de unos 500 kilómetros, de la primera a la segunda catarata. En el Imperio Nuevo, los asentamientos del poder egipcio llegaron ya hasta la quinta catarata. Este área tan vasta, que se extendía unos 1.500 kilómetros Nilo arriba desde Asuán, constituyó el más rico yacimiento de oro y esclavos del faraón.

Pero Nubia no era en absoluto la más fiel de las provincias. Su población se había mantenido siempre inquieta bajo el dominio egipcio, y los alzamientos se reproducían con regularidad. En el 1294 a. C., cuatro años antes del coronamiento de Ramsés, un simple rumor de rebelión en el fértil distrito de Irem, más allá de la tercera catarata, indujo a Sethi I a un severo ataque preventivo. Tal como registró el virrey de Nubia: «Su Majestad dijo entonces a los altos oficiales, la corte y su séquito: «¿Hasta qué punto son despreciables en Irem que se permiten sublevarse contra Su Majestad?» Posteriormente, hizo avanzar a su infantería y sus carros que, según lo documentado, obtuvieron una victoria estrepitosa: «El brazo fuerte del faraón estaba allí ante ellos como un azote de fuego asolando las montañas.» En una semana todos los rebeldes fueron reducidos o ejecutados.

Una generación más tarde, el mismo Ramsés envió tropas para ayudar al virrey de Nubia en otra campaña contra las gentes de Irem. El faraón prefería intimidar a sus súbditos nubios mediante monumentales proyectos arquitectónicos, pero no vacilaba en tomar represalias más severas contra los insumisos. La intimidación era, de hecho, una de sus prácticas de poder preferidas.

De entre todos los monumentos de Ramsés, ninguno es tan ostentoso como el templo de Abu Simbel, en el interior del territorio nubio. El rey parece que se decantó por este proyecto tras contemplar dos colinas de piedra rosada presidiendo la orilla occidental del Nilo. En otro orden de cosas, nada sirvió mejor como amenaza contra elementos conflictivos que este complejo arquitectónico de Abu Simbel. A su vez, la lejanía de la jerarquía sacerdotal le otorgaba al faraón un poder sin ataduras de ningún tipo.

El templo principal, cuya función original era honrar a los grandes dioses de Egipto y Nubia, se convirtió en el centro del culto personal a Ramsés en Nubia. En su fachada se erigieron cuatro estatuas sedentes del faraón, de unos 20 m de altura, esculpidas en la roca

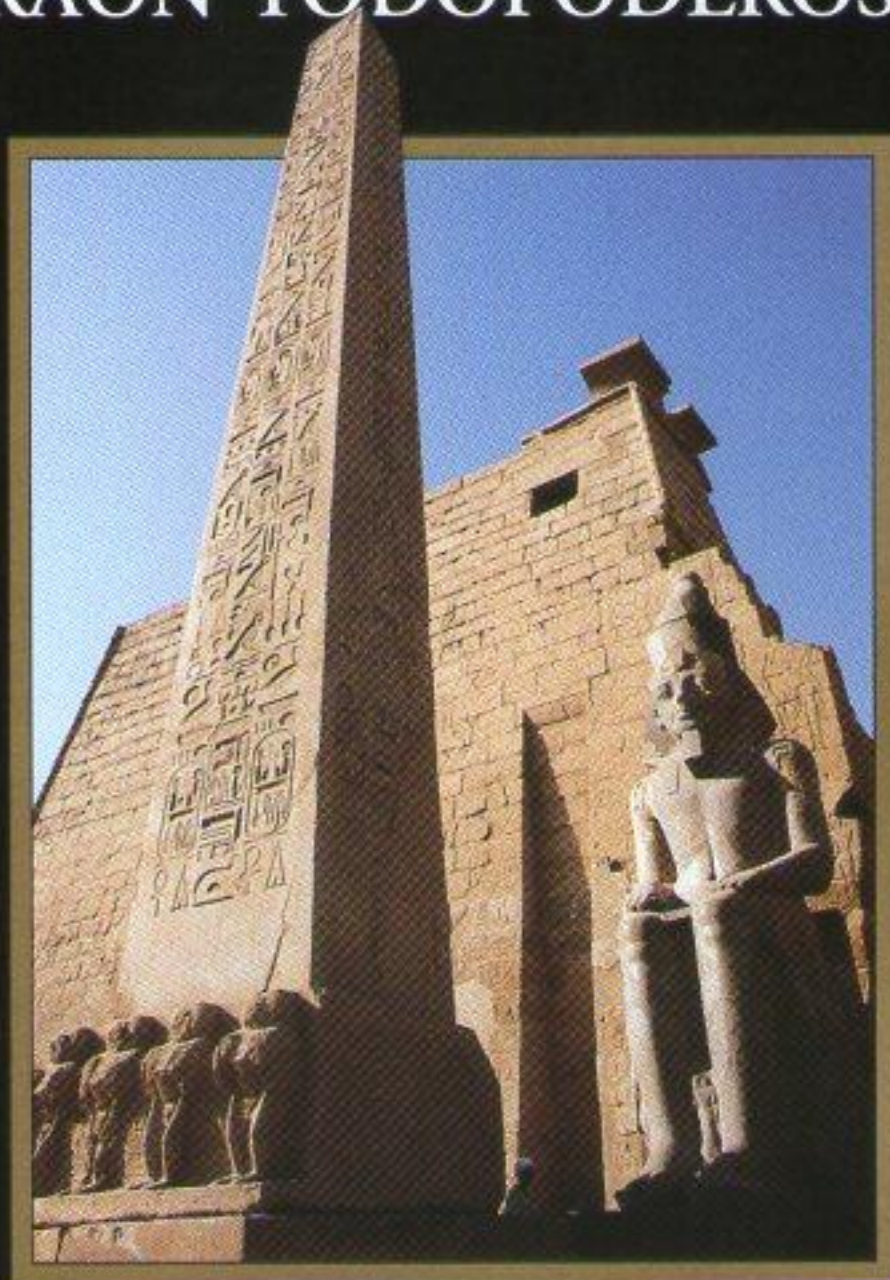
madre; detrás de los colosos, los salones y estancias del templo estaban perforados a 60 m bajo la roca. No lejos de allí, el segundo peñasco fue convertido en un templo subsidiario dedicado a la diosa Hathor. La fachada comprendía en este caso cuatro estatuas del faraón y dos de Nefertari, la reina de reinas, flanqueada por imágenes menores de príncipes y princesas. De acuerdo con la inscripción que las rodea, el templo había sido esculpido como homenaje a Nefertari, «por cuya bendición el sol brilla».

En caso de que Abu Simbel no fuera suficiente, el rey ordenó que otros templos fueran construidos en áreas estratégicas de Nubia para asegurarse que sería adorado como una deidad local en cada una de las poblaciones mayores; incluso las esfinges ornamentales que se alineaban a lo largo de grandes avenidas se esculpían con la apariencia de Ramsés. Esta campaña de saturación personalista y autoglorificación dio sus resultados, y durante el reinado de Ramsés los nubios no provocaron nuevos conflictos.

Con el paulatino declive del poder egipcio al final del Imperio Nuevo, los grandes monumentos de Abu Simbel quedaron sepultados bajo la arena del desierto. Cuando Belzoni y su equipo los desenterraron en 1817, eran las primeras personas en contemplar el templo en más de 1.000 años. Hoy día, millones de personas están familiarizadas con «el rostro jovial y expresivo» de Ramsés II y se preguntan qué clase de persona sería para mandar levantar tan titánico monumento a sí mismo.

La respuesta más inmediata es que el faraón tenía un egocentrismo monstruoso. Ramsés fue efectivamente un megalómano –tal como cualquier faraón, en calidad de mandatarios más poderosos de la tierra, era susceptible de serlo. Sin embargo, parece que el puro afán de construir movía a Ramsés más que la propia vanidad. Y al observar su deber con la eternidad, no hacía más que cumplir con el rango que tenía asignado.

FARAÓN TODOPODEROSO



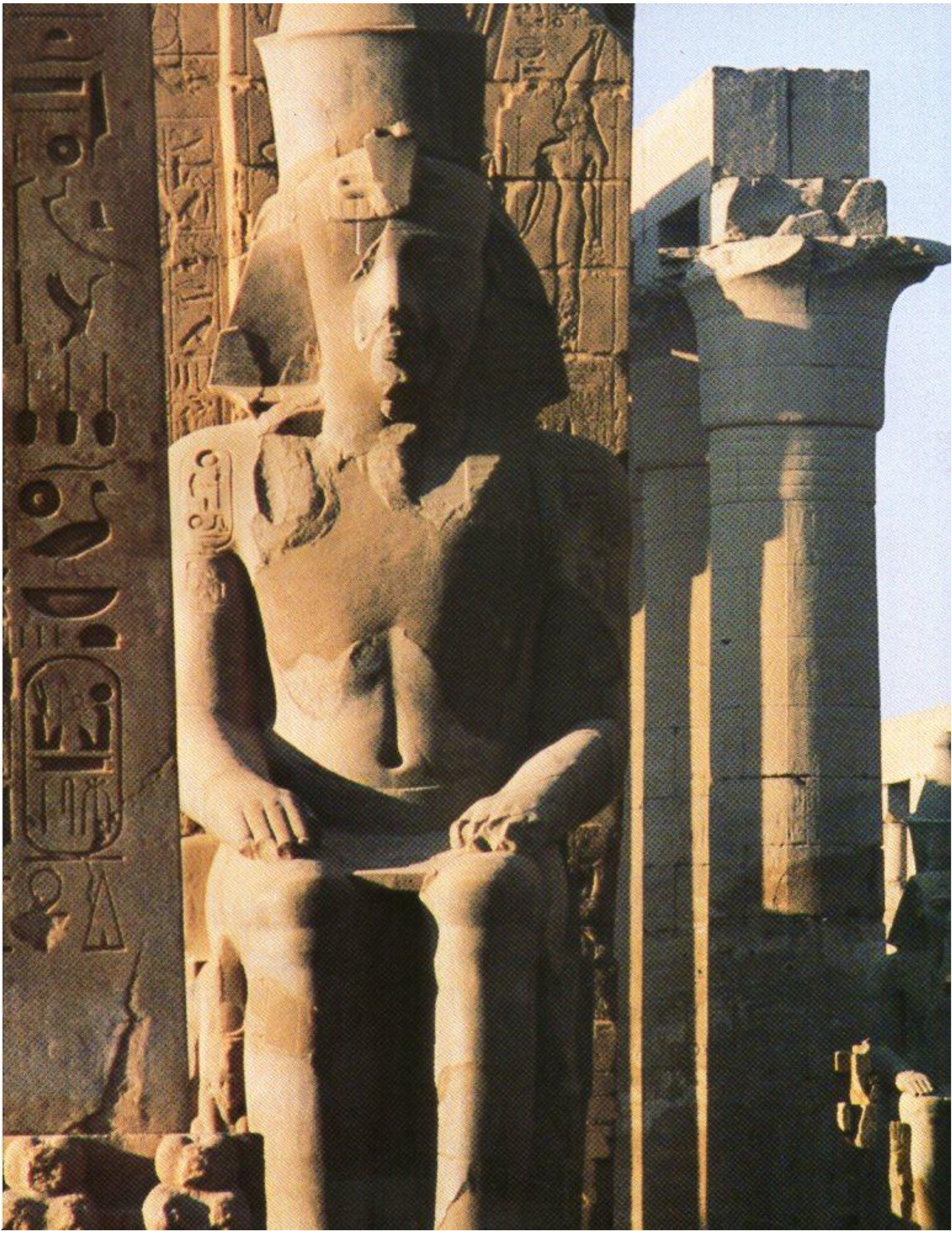
Más que cualquier otro líder en la historia de las naciones, Ramsés II lo era todo para su gente. Héroe, conquistador y pacificador en su función mundana de faraón, a la vez, cumplía con las necesidades espirituales del país en su función de intermediario entre dioses y hombres. De hecho, al cabo de sus casi 70 años de poder absoluto, cada vez se veía más a sí mismo como un igual entre los dioses.

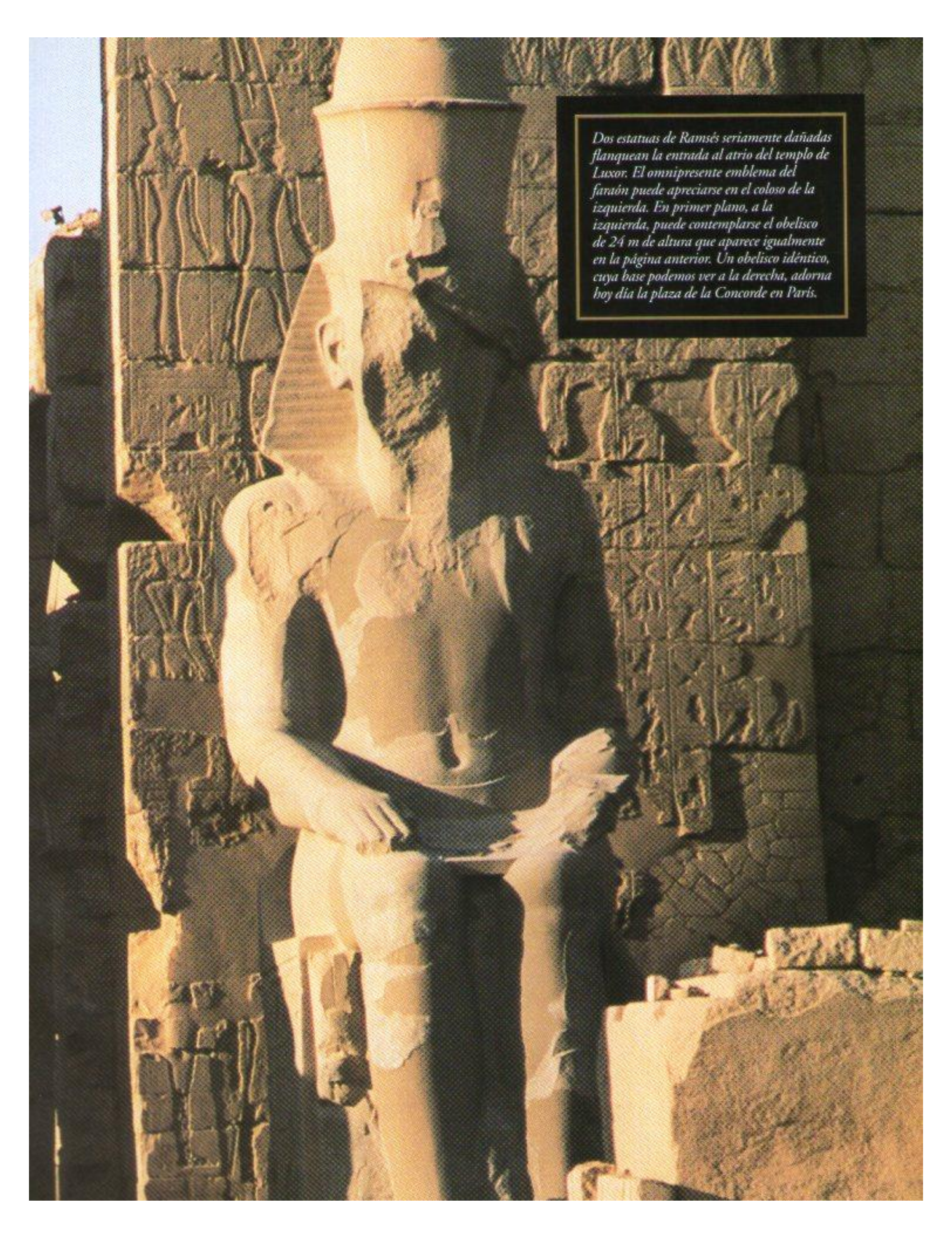
Ramsés incorporó todo este polifacetismo en el más duradero de sus legados: un prodigioso programa de construcción de templos, palacios y monumentos que proclamaban su nombre, su imagen y sus gestas por las cuatro esquinas de Egipto. A veces, el mensaje de Ramsés es descaradamente propagandístico, como en la mayoría de inscripciones y jeroglíficos conmemorativos de la «victoria» en Qadés. En otras ocasiones, el faraón se muestra humilde y piadoso. La dedicatoria de la Gran Corte de Ramsés II en el

templo de Luxor (*arriba*) dice así: «Monumento para su padre, Amón-Ra, rey de los dioses, de fina arenisca blanca, que el Hijo de Ra, Ramsés, hizo para él.»

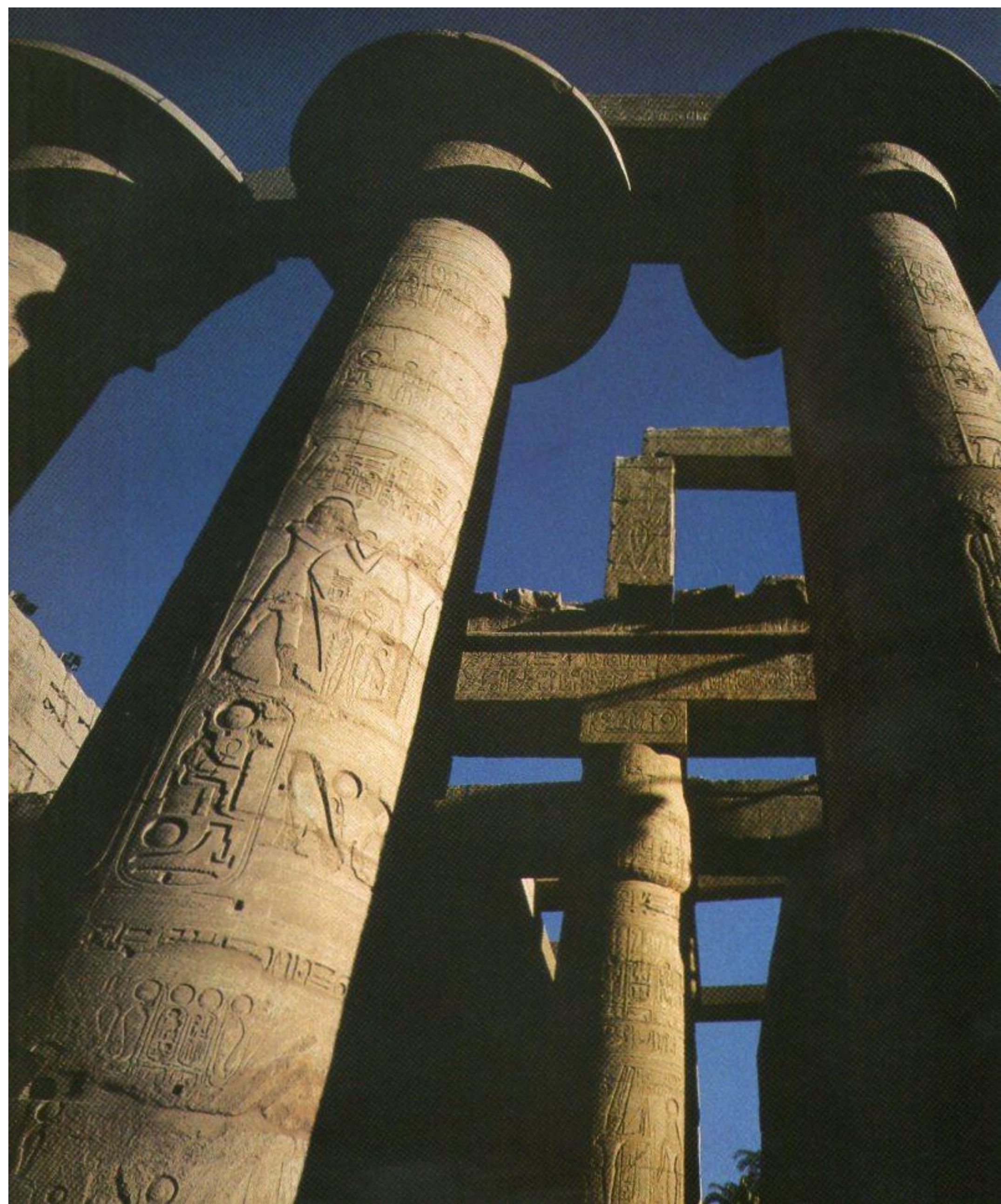
Otros enclaves, como Abu Simbel, obedecían a un doble propósito, político y espiritual a la vez: las cuatro figuras imponentes de Ramsés constituían un recordatorio del poder del faraón sobre la conflictiva región nubia. Y en su interior, en el santuario del templo, se veneraba una pequeña estatua del faraón junto a los dioses Ptah, Amón y Re.

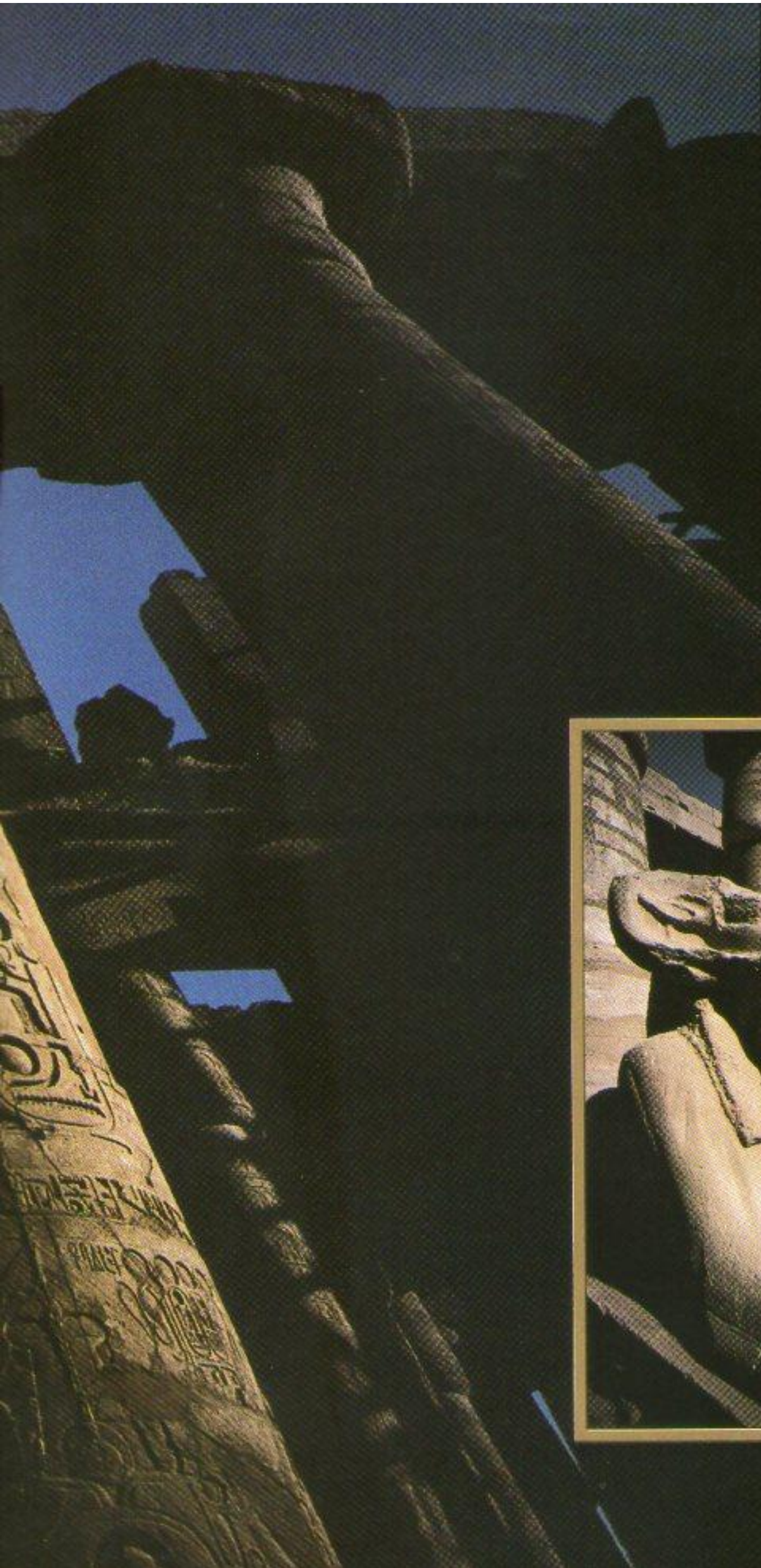
Como todo lo que los arqueólogos han aprendido sobre aquel monarca, sus proyectos monumentales proclamaban un vigor y poderío hercúleo. Incluso en condiciones ruinosas, los templos de piedra, las estatuas y los obeliscos —a falta de las residencias de ladrillo ya desaparecidas—, han provocado estupor desde que los primeros viajeros griegos y romanos cruzaran el Nilo. Para el mundo actual, Ramsés II es prácticamente sinónimo de las pasadas glorias de Egipto.





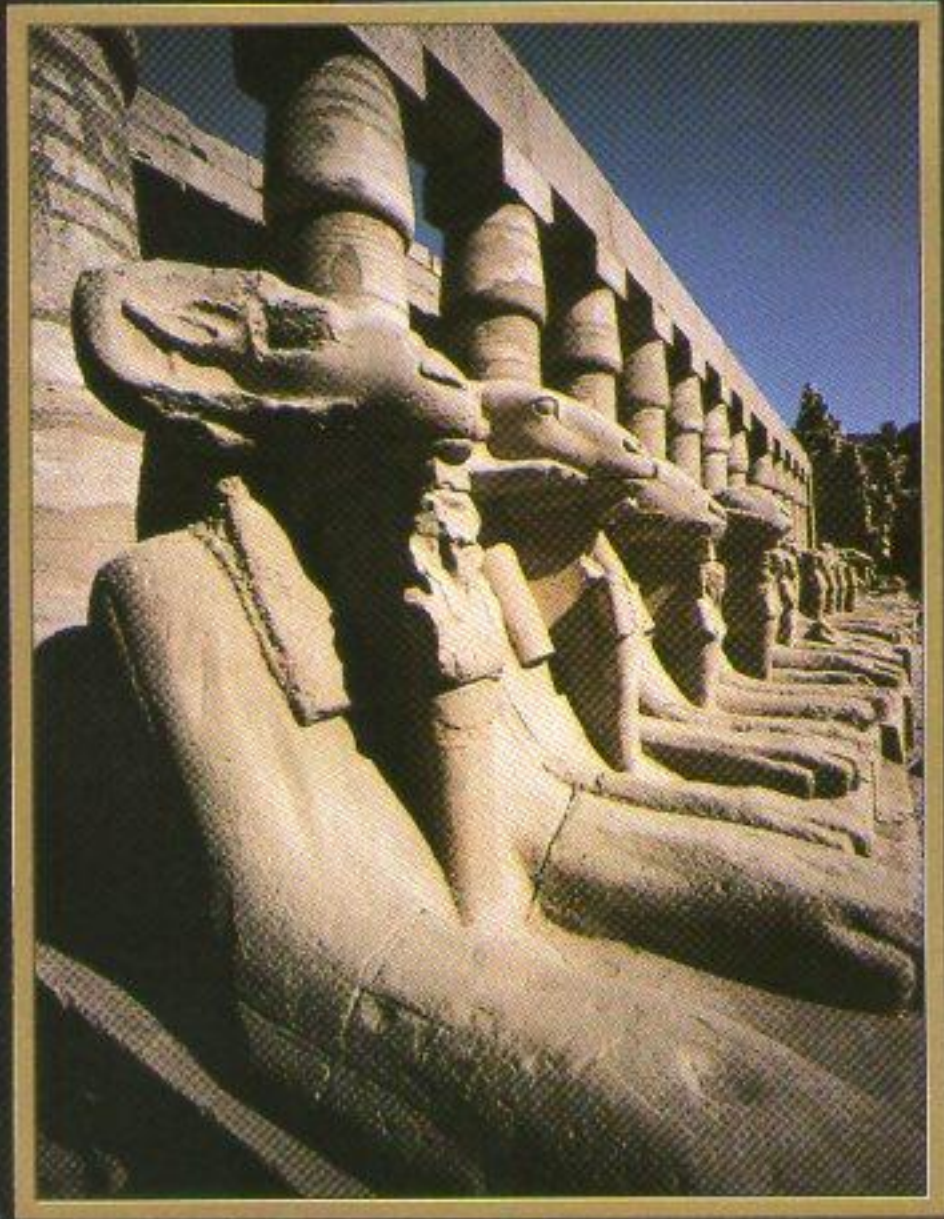
Dos estatuas de Ramsés seriamente dañadas flaquean la entrada al atrio del templo de Luxor. El omnipresente emblema del faraón puede apreciarse en el coloso de la izquierda. En primer plano, a la izquierda, puede contemplarse el obelisco de 24 m de altura que aparece igualmente en la página anterior. Un obelisco idéntico, cuya base podemos ver a la derecha, adorna hoy día la plaza de la Concorde en París.



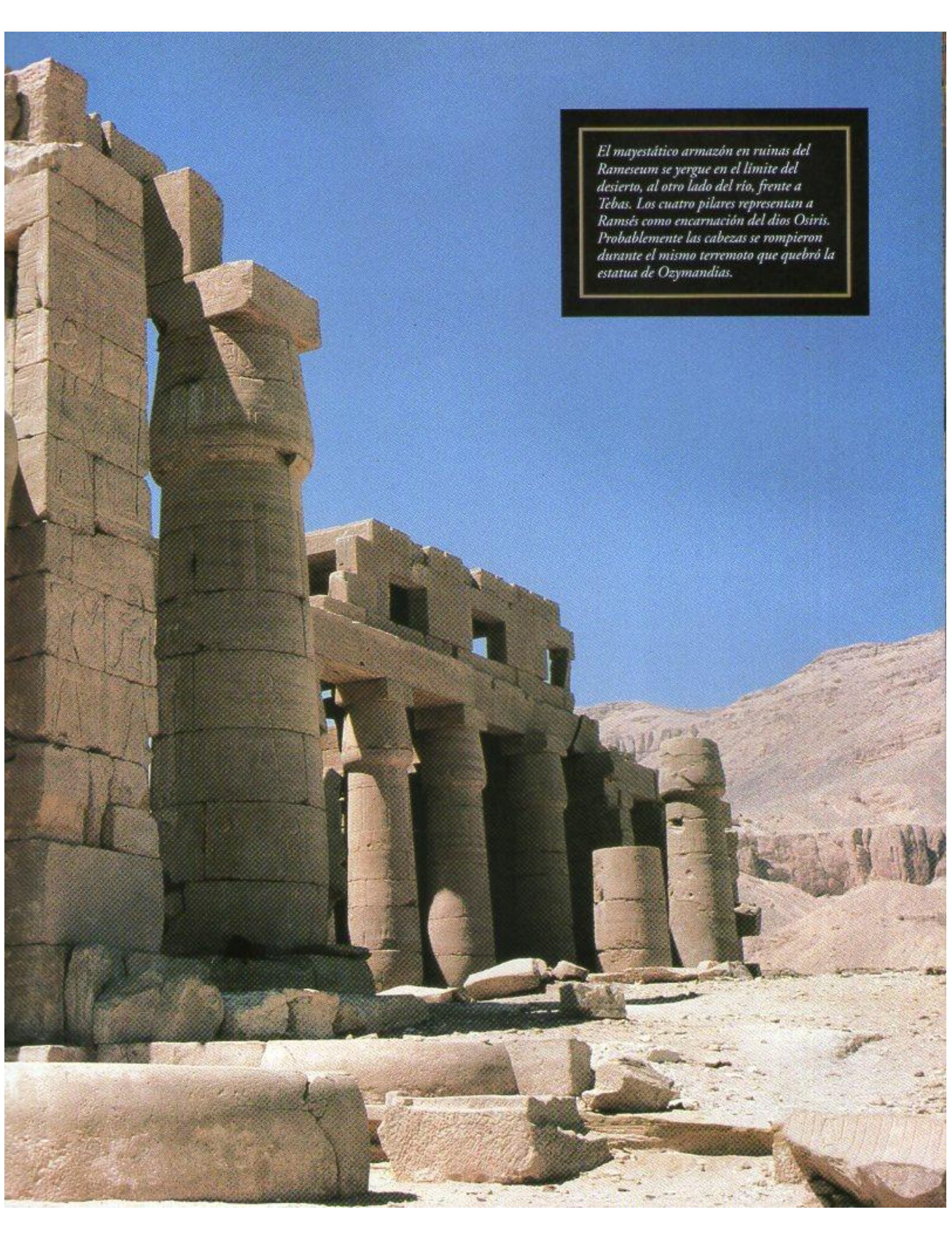


Las imponentes columnas de la sala hipóstila de Karnak –iniciada por el padre de Ramsés, Sethi– representa un campo de papiro que simboliza el paisaje acuático y primigenio donde tuvo lugar la creación. A Ramsés no le preocupó lo más mínimo usurpar los relieves que su padre había encargado y rehacerlos en su nombre.

Una hilera de esfinges con cabeza de carnero, símbolo del gran dios Amón, formaba parte de la avenida procesional que iba desde el Nilo hasta el templo de Karnak. Después de la muerte de Ramsés, fueron desplazadas a su localización actual en el primer atrio del templo. Cada esfinge de piedra calcárea sostiene una pequeña imagen del faraón entre sus patas.

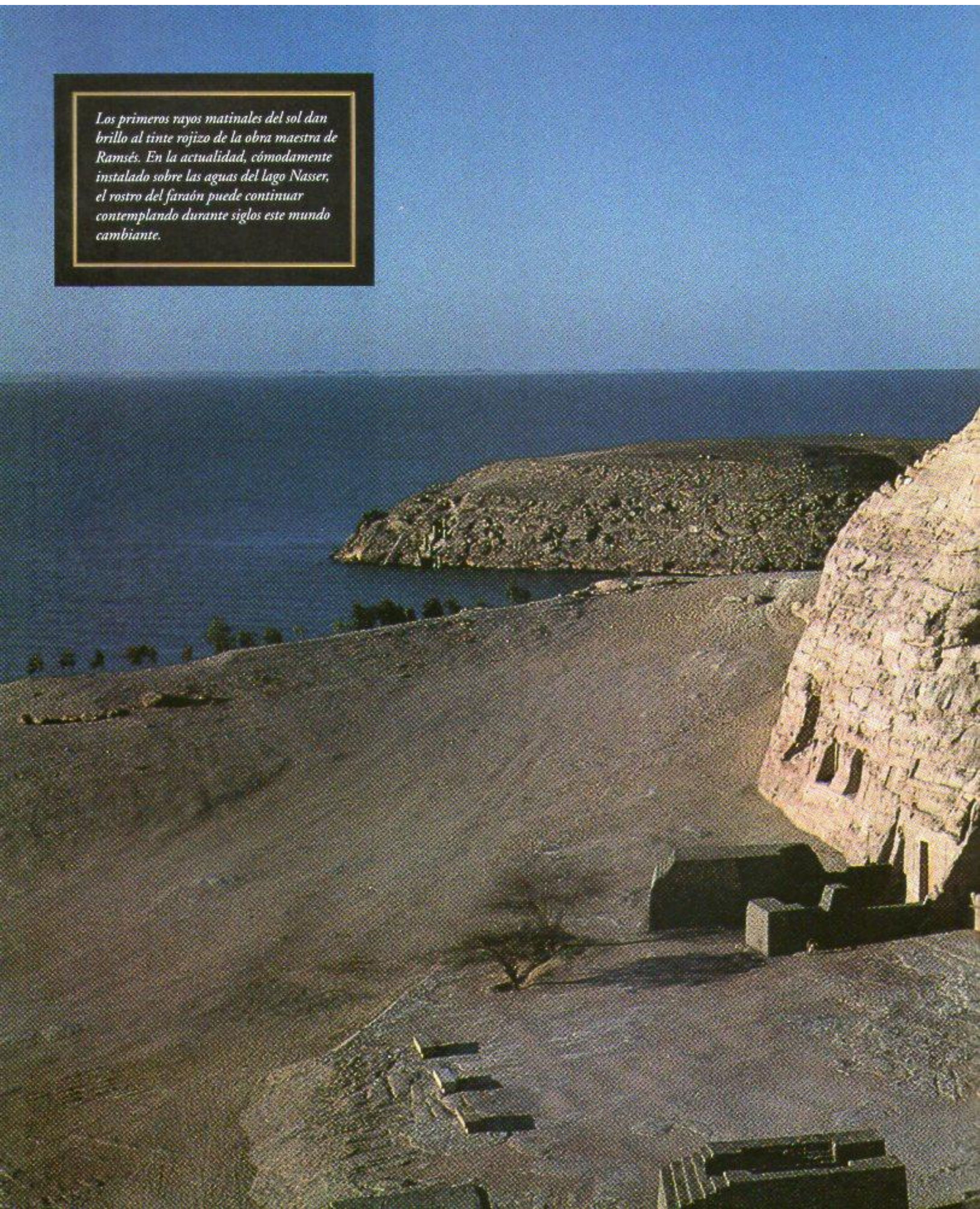


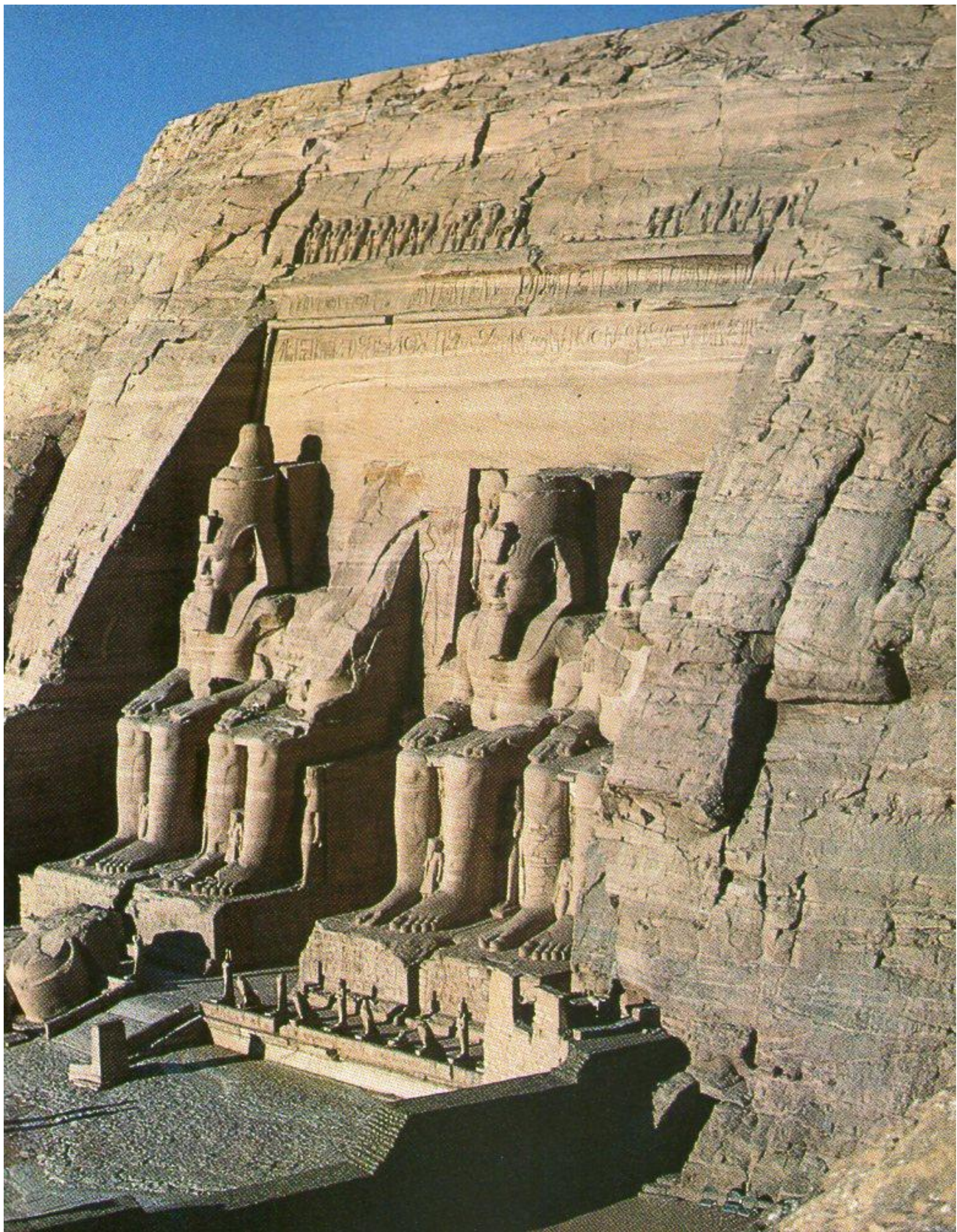


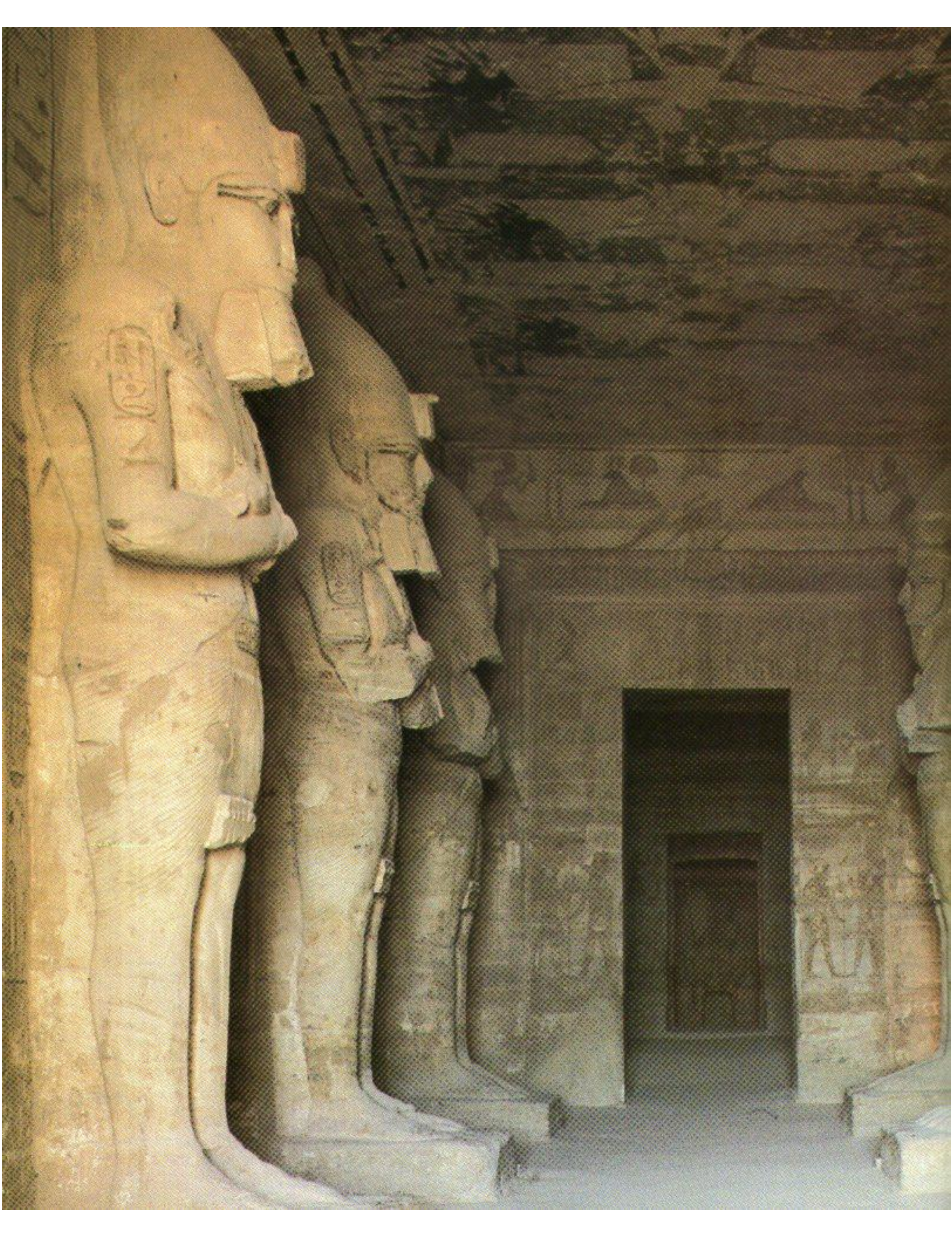
A photograph of the ruins of the Ramesseum in Thebes, Egypt. The image shows several large, weathered stone columns and walls made of massive blocks. The structure is partially collapsed, with debris scattered on the sandy ground in the foreground. In the background, there are more ruins and a hilly landscape under a clear blue sky. A text box in the upper right corner provides context about the site.

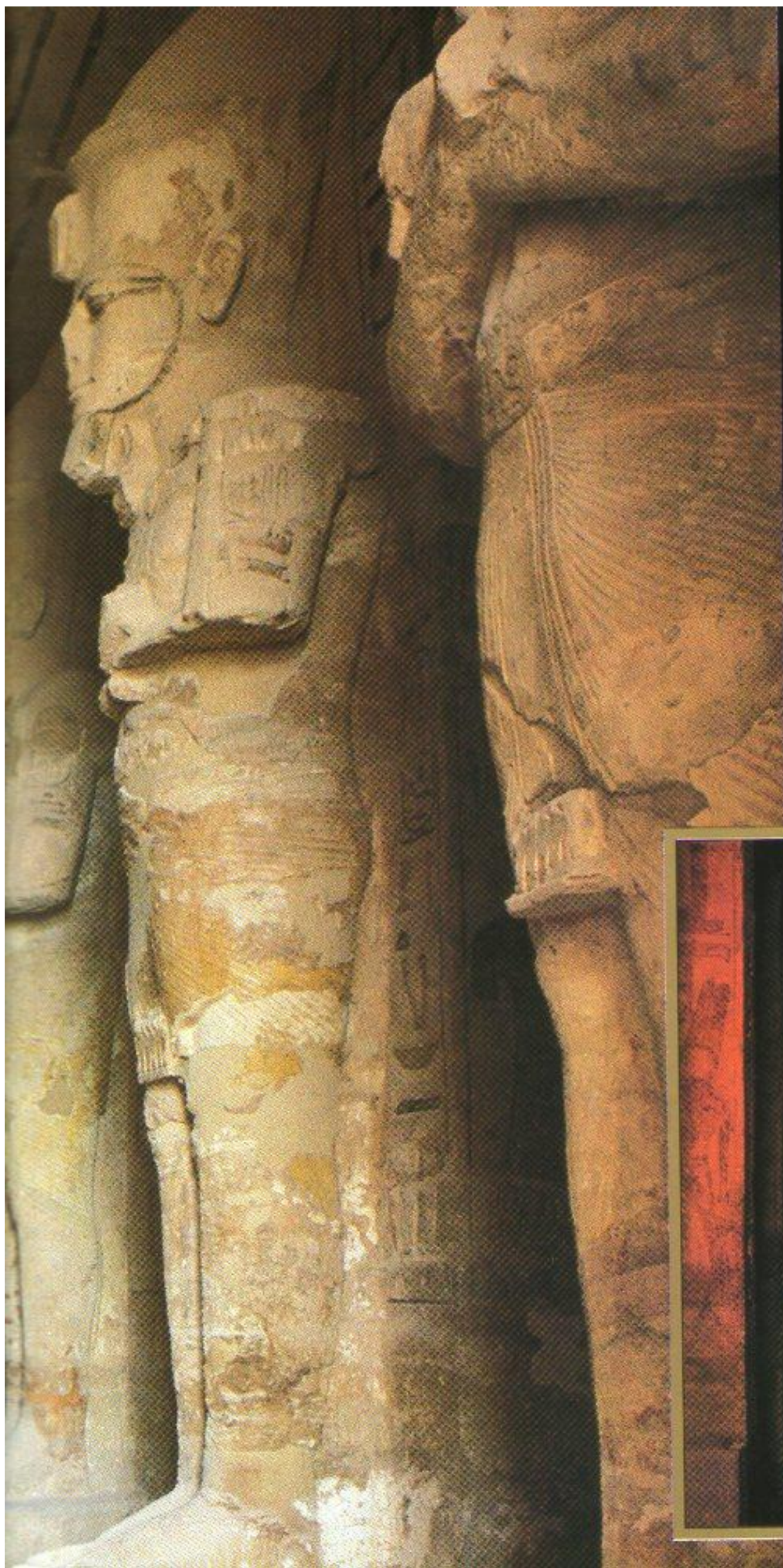
El mayestático almacén en ruinas del Rameseum se yergue en el límite del desierto, al otro lado del río, frente a Tebas. Los cuatro pilares representan a Ramsés como encarnación del dios Osiris. Probablemente las cabezas se rompieron durante el mismo terremoto que quebró la estatua de Ozymandias.

Los primeros rayos matinales del sol dan brillo al tinte rojizo de la obra maestra de Ramsés. En la actualidad, cómodamente instalado sobre las aguas del lago Nasser, el rostro del faraón puede continuar contemplando durante siglos este mundo cambiante.

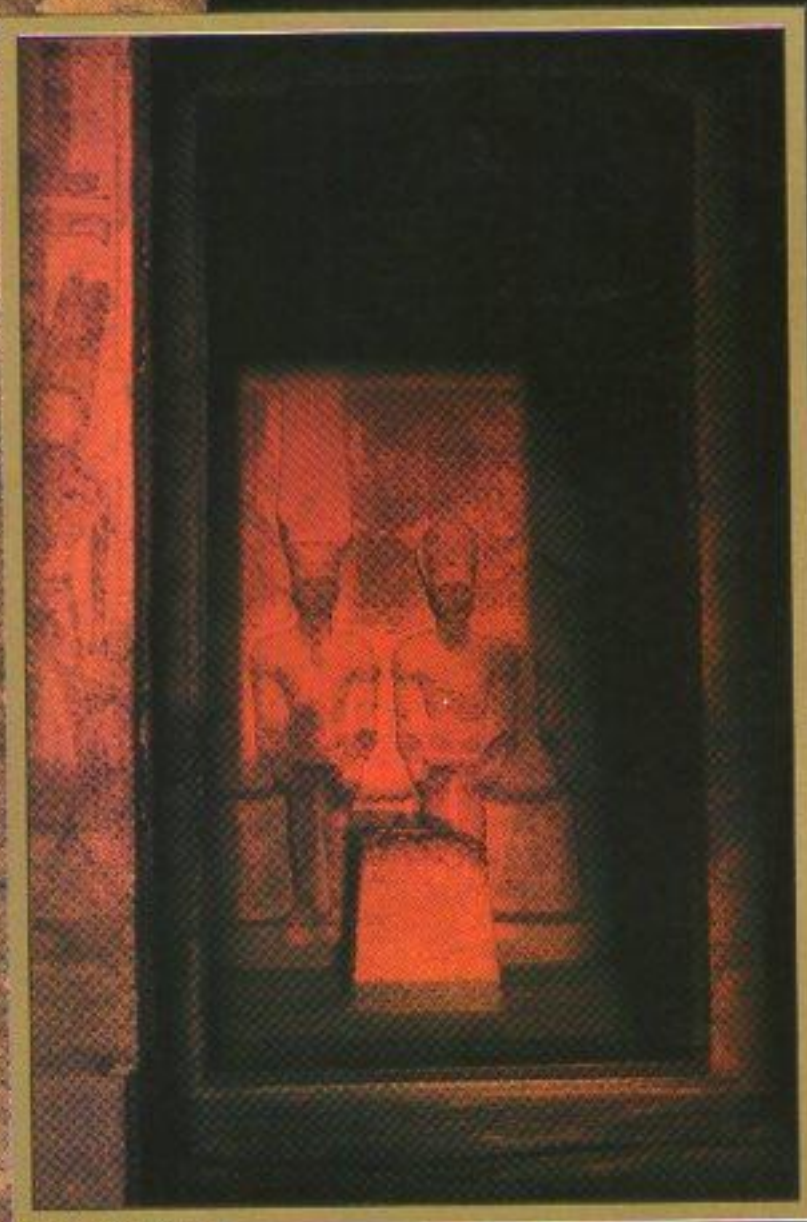


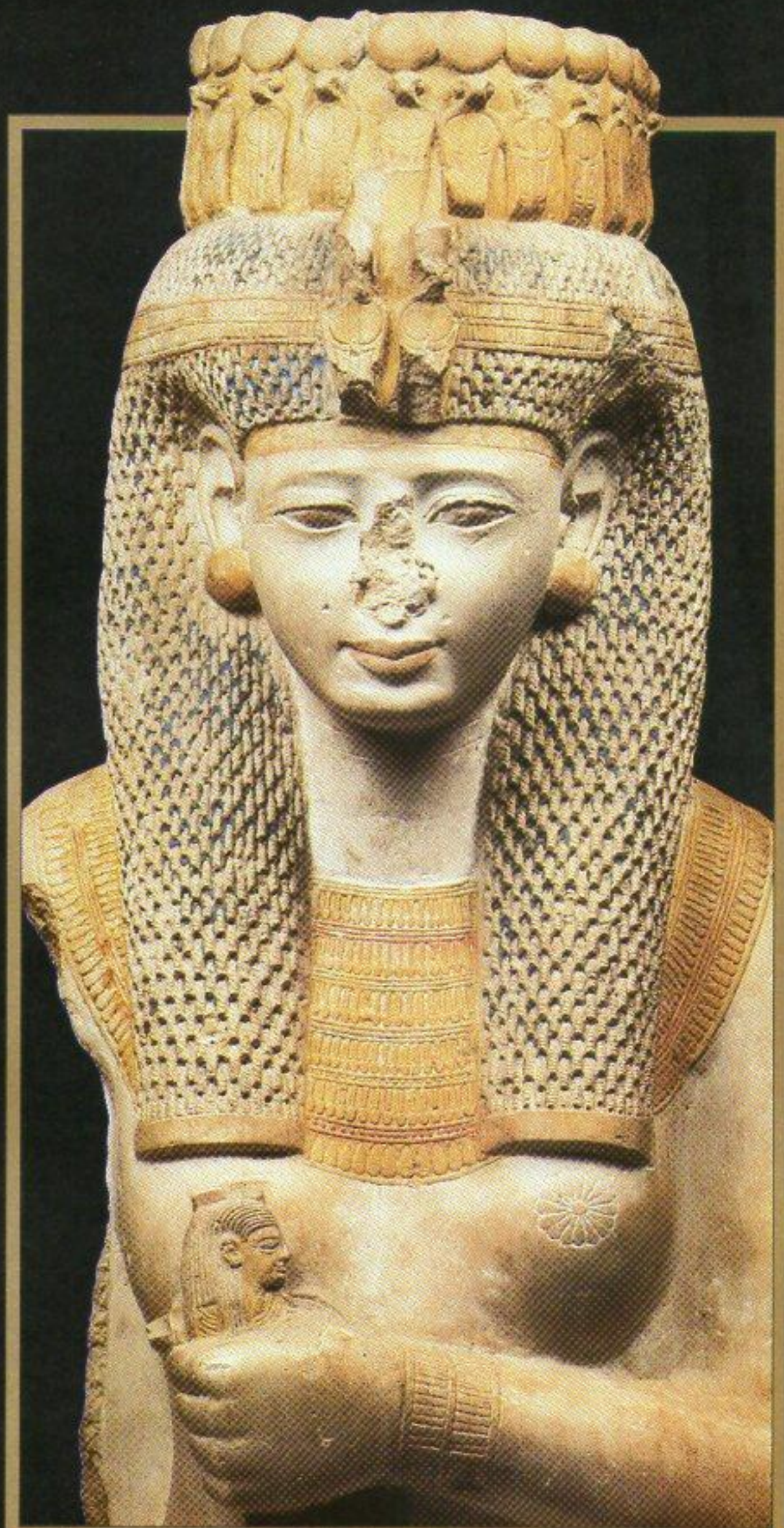






Ocho figuras de Ramsés representando a Osiris montan guardia en el pasillo que lleva hasta los rincones más apartados de Abu Simbel, donde sólo el faraón y los sacerdotes podían adentrarse. Dos veces al año el sol penetra por los 50 m de profundidad del templo para iluminar el rostro del monarca (abajo).





En el próximo volumen

Capítulo tercero

De reinas, consortes y plebeyos

Una tumba viviente

Capítulo cuarto

El declive hacia el caos

Ramsés en París